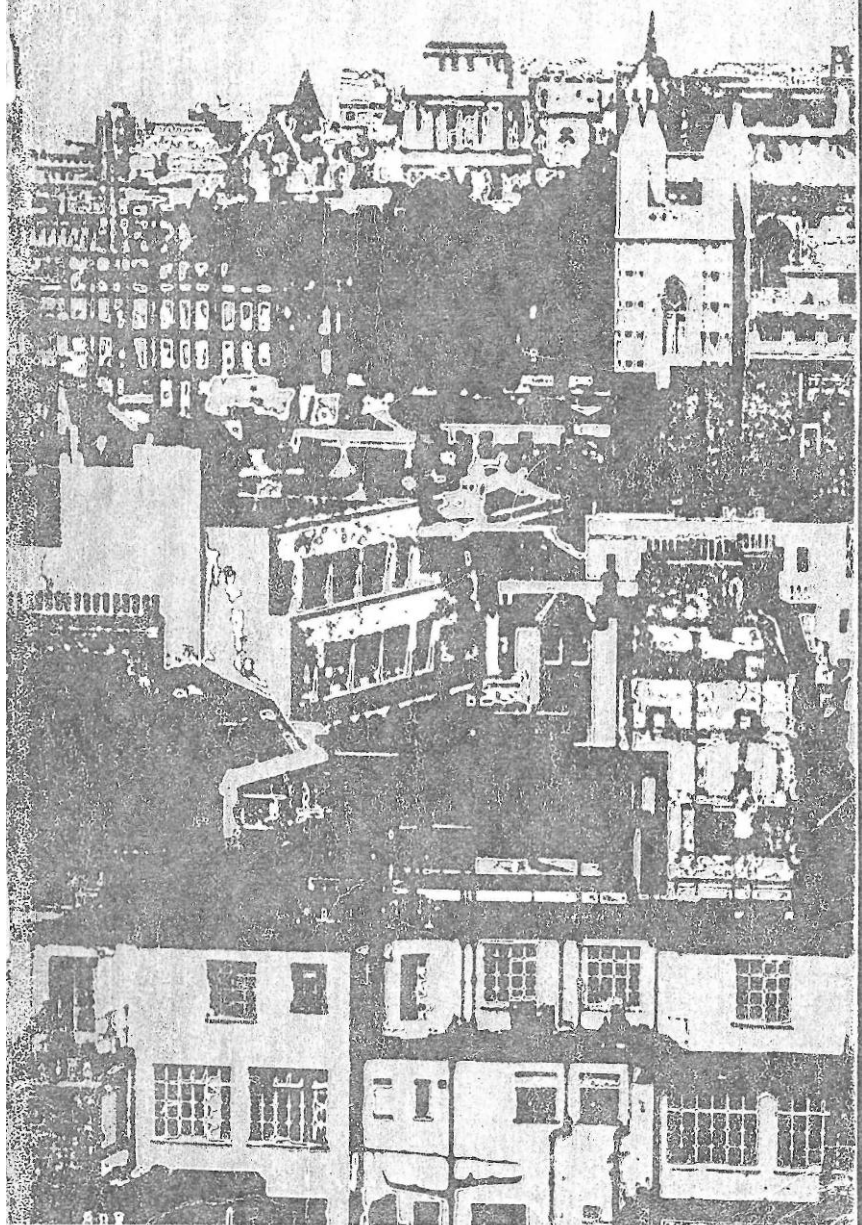


HENRI LÉVY
ALIANZA EDITORIAL

LA REVOLUCION URBANA

II



1. De la ciudad a la sociedad urbana.

Nuestro punto de partida será una hipótesis: *la urbanización completa de la sociedad*, hipótesis que habrá que defender con argumentos y apoyar con hechos. Ello implica una definición: llamaremos "sociedad urbana" a aquella que surge de la urbanización completa, hoy todavía virtual, pero pronto realidad.

Esta definición rompe con la ambigüedad de los conceptos utilizados. En efecto, frecuentemente se emplea el término "sociedad urbana" para caracterizar tipos muy diferentes de ciudad o "polis": la "polis" griega, la ciudad oriental o medieval, la ciudad comercial o industrial, la ciudad pequeña o la gran urbe. La confusión es tal, que se hace abstracción —o se ignoran— las relaciones sociales (relaciones de producción) que se hallan ligadas a cada modelo urbano. Se comparan entre sí "sociedades urbanas" entre las que no cabe comparación. Tras todo ello subyacen determinadas ideologías: el *organicismo* (según el cual cada sociedad urbana es, en sí misma, un "todo" orgánico), el *continuismo* (para el cual existiría continuidad histórica o permanencia de la "sociedad urbana"), el *evolucionismo* (tanto los periodos como las transformaciones de las relaciones sociales se paralizan o desaparecen).

Para nosotros, el término "sociedad urbana" lo aplicamos a la sociedad que surge de la industrialización. Es decir, la sociedad caracterizada por un proceso de dominación y asimilación de la producción agraria. Dicha sociedad urbana no puede concebirse sino como culminación de un proceso en el que, a través de

transformaciones *discontinuas*, las antiguas formas urbanas *estallan*. Un aspecto importante del problema teórico es el de situar las discontinuidades respecto de las continuidades, y viceversa. ¿Cómo podrían darse discontinuidades absolutas sin continuidades subyacentes, sin apoyatura ni proceso que le sea propio? Y, recíprocamente, ¿cómo podría darse continuidad sin crisis, sin la aparición de factores o relaciones inéditas?

Las ciencias especializadas (es decir, la sociología, la economía política, la historia, la geografía humana, *etc.*) han aportado numerosos conceptos para caracterizar "nuestra" sociedad, su realidad, sus tendencias fundamentales, su actualidad y su potencialidad. Así, se habla de sociedad industrial, de sociedad tecnificada, de sociedad de la abundancia, del ocio, de consumo, *etc.*, *etc.* En todas y cada una de estas definiciones puede hallarse parte de verdad empírica o conceptual y parte de exageración y extrapolación. Para definir la sociedad *posindustrial*, es decir, aquella que nace en la industrialización y sucede a ésta, proponemos el concepto de *sociedad urbana*, que hace referencia, más que a una realidad palpable, a una tendencia, una orientación, una virtualidad. De ahí que no quede excluida caracterización crítica alguna de la realidad contemporánea: tal, por ejemplo, su análisis de la "sociedad burocrática de consumo dirigido".

Se trata, pues, de una *hipótesis teórica* que el pensamiento científico puede plantearse, tomándola como punto de partida. Procedimiento no ya habitual, sino incluso necesario en las ciencias. Es más, no hay ciencia sin hipótesis científica. Debe quedar claro, desde un primer momento, que nuestra hipótesis, que se inserta en las llamadas "ciencias sociales", lleva implícita una concepción epistemológica y metodológica. El conocimiento no es necesariamente copia o reflejo, simulacro o imitación de un objeto con existencia real. Lo cual no significa, por otra parte, que la hipótesis defina su objeto obligatoriamente en función a una teoría previa del conocimiento, de una teoría del objeto o del "modelo". Para nosotros, en este caso, el objeto se inserta en la hipótesis, al mismo tiempo que la hipótesis incide sobre el objeto. Si dicho "objeto" se sitúa más allá de lo constatable (empírico), no por ello es ficticio. La sociedad urbana es para nosotros un *objeto virtual*, es decir, un *objeto posible*, cuyo nacimiento y desarrollo hemos de presentar ligado a un *proceso* y a una *praxis* (una acción práctica).

No cesaremos de repetir que nuestra hipótesis debe justificarse, y trataremos de hacerlo. En su favor no faltan pruebas y argumentos, desde los más simples hasta los más sutiles.

¿Será necesario recordar que la producción agraria ha perdido en los grandes países industriales, y a escala internacional, toda su autonomía?, ¿que ya no es el sector fundamental y que carece de características específicas, a no ser la del subdesarrollo? Ciertamente es que las particularidades locales y regionales, heredadas de una época en la que la agricultura era factor dominante, no han desaparecido, cabe incluso que las diferencias así surgidas lleguen a acentuarse en casos concretos; sin embargo, lo cierto es que la producción agrícola se transforma en un

sector de la producción industrial, subordinada a sus imperativos y sometida a sus exigencias. El crecimiento económico, la industrialización, al mismo tiempo causas y razones últimas, extienden su influencia sobre el conjunto de territorios, regiones, naciones y continentes. Resultado: la aglomeración tradicional propia de la vida campesina, es decir, la aldea, se transforma; unidades más amplias la absorben o la asimilan; se produce su integración en la industria y en el consumo de los productos de dicha industria. La concentración de la población se realiza al mismo tiempo que la de los medios de producción. El *tejido urbano* prolifera, se extiende, consumiendo los residuos de vida agraria. Por *tejido urbano* no se entiende, de manera estrecha, la parte construida de las ciudades, sino el conjunto de manifestaciones del predominio de la ciudad sobre el campo. Desde esa perspectiva, una residencia secundaria, una autopista, un supermercado en pleno campo forman parte del tejido urbano. Más o menos denso, más o menos compacto y activo, solamente escapan a su influencia las regiones estancadas o decadentes, limitadas a la "naturaleza". En el horizonte de los productores agrícolas, de los campesinos, se perfila la *agro-ciudad*, sustituyendo al antiguo pueblo. La agro-ciudad, prometida por N. Jruschov a los campesinos soviéticos, se hace realidad en todo el mundo. En los Estados Unidos, excepción hecha de algunas regiones del Sur, los agricultores han desaparecido prácticamente; persisten solamente islotes de pobreza rural junto a islotes de pobreza urbana. Mientras que este aspecto del proceso global (industrialización y/o urbanización) sigue su evolución, la gran ciudad ha estallado, provocando una serie de protuberancias ambiguas, tales como: conjuntos residenciales, complejos industriales, ciudades satélites, apenas diferentes de las zonas urbanizadas. La ciudad pequeña y mediana se transforma en dependencia, en una semicolonía de la metrópoli. Así, nuestra hipótesis se impone como conclusión de los conocimientos adquiridos y como punto de partida de un nuevo análisis y nuevas perspectivas: la urbanización realizada. La hipótesis se anticipa, prolongando la tendencia fundamental del momento actual. A través y en el seno de / la "sociedad burocrática de consumo dirigido" se está gestando la sociedad urbana.

He aquí un argumento negativo, una prueba que de ser rechazada desembocaría en lo absurdo, a saber: ninguna otra hipótesis es válida ni cubre el conjunto de los problemas planteados. ¿Acaso "sociedad posindustrial"? Pero ¿qué se produce después de la industrialización? ¿Una sociedad del ocio? Dicho planteamiento se limita a una parte del problema, al análisis de tendencias y potencialidades, al "equipamiento", actitud que, si bien es realista, no disminuye la demagogia de la anterior definición. ¿Sería una sociedad de consumo masivo, en constante aumento? Nos limitaríamos a adoptar los indicadores actuales ya *extrapolar*, con peligro de *reducir* la realidad y la potencialidad a uno solo de sus aspectos. Y así sucesivamente.

La expresión "sociedad urbana" responde a una necesidad teórica. No se trata solamente de una presentación literaria o pedagógica, ni de una adaptación del

saber adquirido, sino de una elaboración, de una investigación, y, también, de una creación de conceptos. Se perfila y se precisa una corriente del pensamiento en busca de un cierto *concreto* y quizá de *lo concreto*. Esta corriente, caso de confirmarse, tenderá a una práctica, la *-práctica urbana*, captada o reencontrada. Sin duda, será necesario dar un último paso antes de penetrar en lo concreto, es decir, en la práctica social captada teóricamente. No se trata, pues, de buscar una receta empírica para fabricar ese producto, que es la realidad urbana. ¿No es precisamente eso lo que se espera con demasiada frecuencia del "urbanismo" y lo que, con demasiada frecuencia, prometen los "urbanistas"? Contra el empirismo que constata, contra las extrapolaciones aventuristas, contra el saber despedazado en migajas que se intenta hacernos digerir, nos hallamos ante una *teoría* que se presenta a partir de una *hipótesis teórica*. A esta investigación y elaboración se asocian iniciativas de carácter *metódico*. Por ejemplo, la investigación sobre un *objeto -virtual* con vistas a definirlo y realizarlo a partir de un proyecto tiene ya una entidad. Junto a los pasos y operaciones clásicas, la *deducción* y la *inducción*, existe la *transducción* (reflexión sobre el objeto *posible*).

El concepto de "sociedad urbana", tal y como lo presentamos aquí, es, pues, al mismo tiempo una hipótesis y una definición.

Asimismo, llamaremos más adelante "revolución urbana" al conjunto de transformaciones que se producen en la sociedad contemporánea para marcar el paso desde el período en el que predominan los problemas de crecimiento y de industrialización (modelo, planificación, programación) a aquel otro en el que predominará ante todo la problemática urbana y donde la búsqueda de soluciones y modelos propios a la *sociedad urbana* pasará a un primer piano. Algunas de las transformaciones se realizarán bruscamente, mientras que otras tendrán carácter gradual, previsto, concertado. ¿Cuáles serán estas últimas? Habrá que intentar dar una respuesta a esta legítima pregunta. Sin embargo, no puede asegurarse *a priori* que la respuesta sea clara y científicamente satisfactoria, sin ambigüedades. El concepto "revolución urbana" no implica necesariamente acciones violentas. Pero tampoco las excluye. ¿Cómo discernir de antemano lo que se puede conseguir mediante una acción violenta y lo que se puede producir mediante una acción racional? ¿No es propio de la violencia el hecho de desencadenarse, mientras que lo propio del espíritu sería el reducir al mínimo la violencia, comenzando para ello por destruir los prejuicios que atenazan toda reflexión?

En lo que respecta al urbanismo, he aquí dos etapas en el camino que hemos de recorrer:

a) Desde hace algunos años, mucha gente ha concebido el urbanismo como una práctica social de carácter científico y técnico. En tal caso, la reflexión teórica podría, y debería, ejercerse sobre esta práctica, elevándola al nivel de los conceptos, y, más precisamente, al nivel *epistemológico*. Sin embargo, la ausencia de dicha epistemología urbanística es sorprendente: ¿Intentaremos aquí llenar el vacío? No. En efecto, dicha carencia puede explicarse. ¿Se debe quizá a que el

carácter *institucional* e *ideológico* de lo que se llama urbanismo predomina actualmente sobre el carácter científico? Suponiendo que este mecanismo pueda generalizarse y que el conocimiento dependa siempre de la epistemología, el urbanismo contemporáneo parece ignorar la tendencia. Habría que saber el porqué, y decirlo.

b) Tal y como se presenta, es decir, como *política* (con su doble aspecto *institucional* e *ideológico*), el urbanismo se halla sometido a una doble crítica, de derechas y de izquierdas.

La crítica de derechas, como nadie ignora, se apoya en el pasado, en un cierto humanismo. Alberga y justifica, directa o indirectamente, una ideología neoliberal, es decir, la "libre empresa". Abre el camino a todas las iniciativas "privadas" de los capitalistas y de sus capitales.

La crítica de izquierdas, y mucha gente todavía lo ignora, no es aquella que proclama tal o cual grupo, club, partido, aparato o ideólogo considerados "de izquierdas". Se trata de una crítica que intenta abrir el camino de lo posible, explorar y jalonar un ámbito que no sea solamente el de "lo real", lo realizado, ocupado por las fuerzas económicas, sociales y políticas existentes. Es, pues, una crítica *utópica*, puesto que se mantiene alejada de lo "real" sin por ello perderlo de vista.

Mas si trazamos un eje: 0 ----- 10 por 100, que abarca desde la ausencia de urbanización (la naturaleza¹ "virgen", la tierra poseída por los "elementos") hasta la culminación del proceso, es decir, *lo urbano* (la realidad urbana), este eje es, a la vez, espacial y temporal: espacial en la medida que el proceso se efectúa en el espacio, al cual modifica por otra parte; temporal, puesto que se desarrolla en el tiempo (este último aspecto carece de importancia en un principio, para luego ser predominante en la práctica y en la historia). Este esquema no presenta más que un aspecto de dicha historia, una división del tiempo hasta cierto punto abstracta y arbitraria y que da lugar a unas operaciones (periodizaciones) en lugar de otras. Ello no implica ningún privilegio absoluto, sino, más bien, una necesidad común (relativa) respecto de otras divisiones.

Destaquemos algunos hitos del transcurrir del "fenómeno urbano" (brevemente, lo urbano). ¿Qué había en un principio? Una serie de pueblos, objeto de la etnología y de la antropología. En las proximidades de ese cero inicial, los primeros grupos humanos (recolectores, pescadores, cazadores y, quizá, pastores) han marcado y caracterizado el espacio, lo han explorado y jalonado. Han indicado las aldeas, los enclaves geográficos estratégicos. Más tarde, los campesinos, enraizados en el suelo, han perfeccionado y precisado tal topología del espacio, sin alterarla. Lo que más nos interesa es el hecho de que en muchos lugares del mundo, y sin duda allí donde surge la historia, la ciudad ha acompañado o seguido de cerca a la aldea. La teoría según la cual han sido la tierra cultivada, la aldea y la civilización las que han segregado lentamente la realidad urbana es fruto de una ideología. Generaliza lo que ha ocurrido en Europa, ante la descomposición

de la romanidad (del Imperio Romano) y la reconstitución de ciudades en la Edad Media. Pero también lo contrario es perfectamente sostenible. La agricultura no ha superado la recolección, no se ha constituido como tal más que bajo el impulso (autoritario) de centros urbanos, ocupados, generalmente, por hábiles conquistadores, convertidos en protectores, explotadores y opresores, es decir, administradores, fundadores de un Estado o de un esbozo de Estado. La *ciudad política* acompaña o sigue inmediatamente la instauración de una vida social organizada de la agricultura y de la aldea.

Es evidente que esta tesis no tiene sentido cuando de lo que se trata es de espacios inmensos, donde han sobrevivido sin fin un seminomadismo y una agricultura ambulante miserables. No cabe duda que la tesis se fundamenta especialmente en los análisis y documentos sobre el "modo de producción asiático", sobre las antiguas civilizaciones que generaban al mismo tiempo vida urbana y vida agraria (Mesopotamia, Egipto, etc.*). El problema general de las relaciones entre la ciudad y el campo dista mucho de hallarse resuelto.

Así, pues, nosotros nos aventuraremos y situaremos la *ciudad política* cerca del origen, en el eje espacio-temporal. ¿Quiénes poblaron esta ciudad política? Sacerdotes y guerreros, príncipes y "nobles", jefes militares. Pero también administradores, escribas, etc. La ciudad política no se concibe sin la escritura: documentos, órdenes, inventarios, percepción de impuestos. La ciudad es todo orden, ordenanza y poder. No obstante, su existencia implica también un artesanado e intercambios, aunque sólo fuesen debidos a la necesidad de procurarse las materias indispensables para la guerra y el poder (muebles, cueros, etc.), con el fin de darles forma y cuidarlos. Con carácter subordinado, la ciudad incluye, pues, artesanos e incluso obreros. La ciudad política administra, protege y explota un territorio, con frecuencia amplio. Dirige los grandes trabajos agrícolas; drenaje, regadío, construcción de diques, roturaciones, etcétera. Domina cierto número de aldeas; la propiedad del suelo, símbolo del orden y de la acción, se convierte en propiedad eminente del monarca. Sin embargo, los campesinos y las comunidades guardan su posesión real mediante el pago de tributos.

El intercambio y el comercio, si bien nunca han estado ausentes, deben aumentar. En un principio, en manos de gentes sospechosas, "extranjeros", se fortalecen *funcional-mente*. Los lugares destinados al intercambio y el comercio son, en un primer momento, claramente estigmatizados por signos de heterotopía. Estos lugares, así como las gentes que los frecuentan y que los viven, son, en un principio, excluidos de la "polis" política: reservas para caravanas, terrenos para ferias, suburbios, etc. El proceso de integración del mercado y de la mercancía (gentes y cosas), en la ciudad se prolonga durante siglos. El intercambio y el comercio, indispensables tanto para sobrevivir como para vivir, aportan la riqueza y el movimiento. La ciudad política resiste con toda su energía, con toda su cohesión; se siente y se sabe amenazada, amenazada por el mercado, por la mercancía, por los comerciantes, por su tipo de propiedad (la propiedad mueble, y

móvil por definición: el dinero). Innumerables hechos testimonian tanto la existencia, junto a la Atenas política, de la ciudad comercial —el Pireo—, como las prohibiciones, vanamente repetidas, de instalar las mercancías en el agora, considerado espacio libre, destinado a encuentros políticos. Cuando Cristo expulsa a los mercaderes del templo, se trata de la misma prohibición y adquiere el mismo sentido. En China, en el Japón, los comerciantes siguen siendo durante mucho tiempo la clase urbana baja, confinada en un barrio "especializado" (marginación). En realidad, sólo es en el occidente europeo, al final de la Edad Media, donde la mercancía, el mercado y los mercaderes se introducen triunfalmente en la ciudad. Cabe pensar que los mercaderes ambulantes, en parte guerreros y saqueadores, eligieran deliberadamente las ruinas fortificadas de las antiguas ciudades (romanas) para llevar a cabo su lucha contra los señores territoriales. Según dicha hipótesis, la ciudad política renovada hubiera sido el marco de la acción que había de transformarla. A lo largo de esta lucha (de clases) contra los señores, poseedores y dominadores del territorio —lucha prodigiosamente fecunda en Occidente, creadora de una historia e incluso de historia "a secas"—, el emplazamiento del mercado se convierte en el centro. Sustituye y suplanta al lugar de reunión (agora, forum). En torno al mercado, convertido en algo fundamental, se agrupan la Iglesia y el Ayuntamiento (dominado por la oligarquía de mercaderes), con su torreta o su campanil, símbolo de libertad. Obsérvese cómo la *arquitectura* sigue y refleja la nueva concepción de la ciudad. El espacio urbano se convierte en el enclave donde se opera el contacto entre las cosas y las gentes, donde tiene lugar el intercambio. Dicho espacio se enriquece con la representación de esta libertad conquistada, que se asemeja a la Libertad. Se trata de un combate grandioso e irrisorio a la vez. En ese sentido, ha sido correcto el estudiar, atribuyéndoles un valor simbólico, las "ciudades fortaleza" ² del sudoeste francés, primeras villas que se constituían en torno a la plaza del mercado. ¡Qué ironía de la Historia! Así, el fetichismo de la mercancía surge junto al reinado de la mercancía, con su lógica y su ideología, con su lengua y su mundo. En el siglo XIV se piensa que para que acudan mercancías y compradores basta con establecer un mercado y construir comercios, pórticos y galerías en torno a la plaza central. Se construyen (los propios señores y los burgueses) ciudades mercantiles sobre terrenos incultos, casi desérticos, atravesados todavía por los rebaños y por seminómadas trashumantes. Estas ciudades del sudoeste fracasan, por más que lleven los nombres de otras grandes y ricas ciudades (Barcelona, Bolonia, Plasencia, Florencia, Granada, etc.). No obstante, la *ciudad, mercantil* se inserta en nuestro proceso después de la ciudad política. En esta época (siglo XIV, aproximadamente, en Europa occidental) el intercambio comercial se convierte en *función* urbana; dicha función ha hecho que surja una *forma* (o unas formas arquitectónicas y/o urbanísticas), y, a partir de ellas, una nueva *estructura* del espacio urbano.

Las transformaciones de París ilustran una compleja interacción entre los

tres aspectos y conceptos más esenciales: función, forma y estructura. Las hurgadas y las barriadas, primero comerciales y artesanales: Beaubourg, Saint-Antoine, Saint-Honoré, se convierten en cenfos, que rivalizan con los poderes propiamente políticos (las instituciones), en lo que a influencia, prestigio y espacio respecta; los obligan a compromisos, participando con ellos en la construcción de una poderosa unidad urbana.

En el Occidente europeo tiene lugar en un momento dado un "acontecimiento" enorme y, no obstante latente, por así decir, ya que pasa inadvertido. El peso de la ciudad en el conjunto social llega a ser tan grande que dicho conjunto bascula. En la relación entre la ciudad y el campo la primacía correspondía aún a este último: a sus riquezas inmobiliarias, a los productos de la tierra, a la población establecida territorialmente (poseedores de feudos o de títulos nobiliarios). La ciudad conservaba, con respecto al campo, un carácter heterotópico, caracterizado tanto por las murallas como por la separación de sus barriadas. En un momento dado, se invierten esas variadas relaciones; la situación cambia. Nuestro eje debe reflejar el momento capital en que se realiza ese cambio, ese derrumbamiento de la heterotopía. Desde entonces, la ciudad ya no se considera a sí misma, ni tampoco por los demás, como una isla urbana en el océano rural; ya no se considera como una paradoja, monstruo, infierno o paraíso, enfrentada a la naturaleza aldeana o campesina. Penetra en la conciencia y en el conocimiento como uno de los términos —igual al otro— de la oposición "ciudad-campo". ¿El campo?: ya no es más —nada más— que "los alrededores" de la ciudad, su horizonte, su límite. ¿Y las gentes de la aldea? Desde su punto de vista ya no trabajan para los señores terratenientes. Ahora producen para la ciudad, para el mercado urbano. Y si bien saben que los negociantes de trigo o de madera los explotan, no obstante, encuentran en el mercado el camino de la libertad.

¿Qué ocurre en torno a este momento crucial? Aquellos que reflexionan ya no se ven inmersos en la naturaleza, ese mundo tenebroso, dominado por fuerzas miseriosas. Entre ellos y la naturaleza, entre su centro y hogar (de pensamiento y de existencia) y el mundo, se sitúa un mediador esencial: la realidad urbana. Desde ese momento, la sociedad ya no coincide con el campo. Ya no coincide con la ciudad. El Estado, utilizando sus rivalidades, las domina, las reúne en su hegemonía. Sin embargo, la majestad que se anuncia se presenta velada a los ojos de los contemporáneos. ¿De quién será atributo la razón? ¿De la realeza? ¿Del Divino Señor? ¿Del individuo? Lo que resurgirá será la razón de la "Cité" después de la ruina de Atenas y de Roma, después del oscurecimiento de sus realizaciones fundamentales, la lógica y el derecho. Renace el logos, pero su victoria no se atribuye al renacimiento de lo urbano, sino a una razón trascendente. El racionalismo que culmina con Descartes va parejo con el trastrocamiento que supone la sustitución de la primacía rural por la prioridad urbana. Sin embargo, esto no se entiende así. Durante este período, no obstante, nace *la imagen de la ciudad*. Anteriormente, la ciudad detentaba ya la escritura, de la que poseía los

secretos y poderes. Oponía ya la urbanidad (lo cultivado) a la rusticidad (lo ingenuo y brutal). A partir de cierto momento, ostenta su propia escritura: *el plano*. Por tal entendemos, no la planificación —aunque ésta se inicia también—, sino la *planimetría*. En los siglos XVI y XVII, cuando precisamente tiene lugar esta inversión de orientación aparecen en Europa los planos de ciudades y, en especial, los primeros planos de París. No se trata aún de planos abstractos o proyección del espacio urbano en un espacio de coordenadas geométricas. Conjuntos de visión y concepción, obras de arte y de ciencia, los planos muestran la ciudad desde arriba y desde lejos, en perspectiva, pintada y retratada a k vez, descrita geoméricamente. Una intención, ideal y realista al mismo tiempo —producto del pensamiento y del poder— se sitúa en la dimensión vertical (propios al conocimiento y la razón) para dominar y constituir una totalidad: la ciudad. Esta inflexión de la realidad social hacia lo urbano, esta discontinuidad (relativa) puede marcarse perfectamente en el eje espacio-temporal, cuya continuidad permite situar y fechar correctamente unos períodos (relativos). Bastaría con trazar una línea media entre el cero inicial y el número terminal (por hipótesis, cien).

Esta inversión de orientación no puede ser disociada del crecimiento del capital comercial ni de la existencia del mercado. La demostración palpable es la propia ciudad comercial, injertada en la ciudad política, pero que prosigue su camino ascendente. La ciudad comercial precede en muy poco a la aparición del capital industrial y, en consecuencia, a la *ciudad industrial*. Tal concepto merece un comentario. ¿Es que la industria está ligada a la ciudad? Su conexión se establecería más bien con la *no-ciudad*, ausencia o ruptura de la realidad urbana. Sabido es que la industria se implanta —como suele decirse— en primer lugar cerca de las fuentes de energía (carbón, agua), de las materias primas (metales, textiles) y de las reservas de mano de obra. Si se aproxima a las ciudades es para acercarse a los capitales y a los capitalistas, a los mercados y a la mano de obra abundante, sostenida a bajo precio. Así, pues, puede instalarse en cualquier sitio, pero, más tarde o más temprano, llega a las ciudades preexistentes, o bien las crea ex profeso, aunque más tarde pueda volver a alejarse de ellas si dicho alejamiento le pudiera interesar. Así como la ciudad política resiste mucho tiempo ante la acción conquistadora —mitad pacífica, mitad violenta— de comerciantes, intercambio y dinero, en la misma medida se defendió la ciudad política y comercial contra el dominio de la naciente industria, contra el capital industrial, contra el capitalismo a secas. ¿De qué manera lo hizo? A través del corporativismo y del prefigurar las relaciones. Las consecuencias y rupturas a que nos referimos son escamoteadas por el continuismo histórico y el evolucionismo. El pensamiento dialéctico se renueva a través de un extraño y admirable movimiento: la no-ciudad y la anti-ciudad emprenden la conquista de la ciudad, para penetrar en ella y hacerla estallar, y con ello, la extienden desmesuradamente, para llegar finalmente a la urbanización de la sociedad, al tejido urbano que recubre los restos de la ciudad anterior a la industria. Si este extraordinario movimiento no llama la

atención, si no ha sido descrito más que fragmentariamente, es porque los ideólogos han querido eliminar el pensamiento dialéctico y el análisis de las contradicciones en aras del pensamiento lógico, es decir, de la constatación de las coherencias y solamente de las coherencias. La realidad urbana, amplificada y rota a la vez, pierde en dicho movimiento los rasgos que le atribuía la época anterior: totalidad orgánica, pertenencia, imagen exaltadora, espacio medido y dominado por los esplendores monumentales. Ahora se llena del carácter de lo urbano en la disolución de la urbanidad; se convierte en disposición, orden represivo, demarcación con señales, sumarios códigos de circulación (de recorrido) y de referencia. Su expresión escrita se lee ya sea como un borrador, ya sea como un mensaje autoritario. Se manifiesta más o menos imperiosamente.

Sin embargo, ninguno de estos términos descriptivos aclara completamente el proceso histórico: la implosión-explosión (metáfora tomada de la física nuclear), es decir, la enorme concentración (de agentes, de actividades, de riquezas, de cosas y de objetos, de instrumentos, de medios, de posibilidades y de pensamiento) en la realidad urbana, y el inmenso estallido, la proyección de múltiples y disociados fragmentos (periferia, extrarradios, residencias secundarias, satélites, etc.).

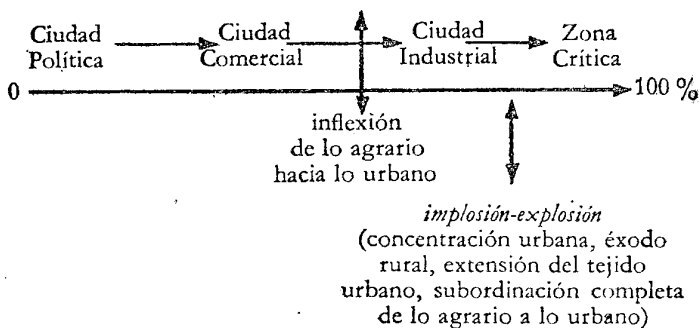
La ciudad industrial, frecuentemente sin forma, aglomeración apenas urbana, conglomerado o "conurbación" ³, como el Ruhr, precede y anuncia la inmediata *zona crítica*. La implosión-explosión produce en ese momento todos sus efectos. El aumento de la producción industrial se superpone al crecimiento de los intercambios comerciales, y los multiplica.

Este crecimiento va desde el trueque hasta el mercado mundial, desde el intercambio simple entre dos individuos hasta el intercambio de productos, realizaciones, pensamientos y seres humanos. Parece que la compra y la venta, la mercancía y el mercado, el dinero y el capital barren los obstáculos. Durante esta generalización, el efecto de dicho proceso —a saber, la realidad urbana— se convierte también en causa y razón. Lo inducido pasa a ser dominante (inductor). La *problemática urbana* sé impone a escala mundial. ¿Cabe definir la realidad urbana como "super- ■ estructura", que emerge de la estructura económica capitalista o socialista?, ¿o bien como simple resultado del crecimiento de las fuerzas productivas?, ¿o como modesta realidad marginal con respecto a la producción? ¡No! La realidad urbana modifica las relaciones de producción, sin, por otra parte, llegar a transformarlas. Se-convierte en fuerza productiva, como ocurre con la ciencia. El espacio y la política del espacio "expresan" las relaciones sociales, al tiempo que inciden sobre ellas. Ni qué decir tiene que únicamente a través de la *problemática urbana*, la realidad urbana se afirma y se confirma como dominante.

¿Qué hacer? ¿Cómo construir ciudades o "algo" que sustituya a lo que antaño fue la ciudad? ¿Cómo pensar el fenómeno urbano? ¿Cómo formular, clasificar y jerarquizar (para resolverlos) los innumerables problemas que plantea dicho fenómeno urbano y que difícilmente se colocan, no sin múltiples

resistencias, en un primer plano? ¿Cuáles habrían de ser los progresos decisivos que habría que lograr para que la conciencia llegue a la altura de lo real (que la desborda) y de lo posible (que se le escapa)?

El eje que describe el proceso se jalona así:



¿Qué ocurre en la *fase crítica*? Este trabajo intenta responder a dicha interrogante, que sitúa la problemática urbana en el proceso general.

¿Se puede aprehender lo que está ocurriendo a través de las hipótesis teóricas que permiten trazar un eje, presentar un periodo (reconstruido), franquear con el pensamiento la zona crítica (llegando más allá)? Quizá. En cualquier caso, podemos emitir algunas suposiciones.

Se da —salvo prueba de lo contrario— una segunda inflexión, una segunda inversión de orientación y de situación. La industrialización, potencia dominante y coactiva, se convierte en realidad dominada a través de una crisis profunda, al precio de una enorme confusión, en el curso de la cual se confunden lo pasado y lo presente, lo mejor y lo peor.

Esta hipótesis teórica que se refiere a lo posible y a su relación con lo actual (lo "real") no puede ignorar que la entrada en la sociedad urbana y las modalidades de la urbanización dependen de las características de la sociedad considerada durante la industrialización (neocapitalista o socialista, en pleno crecimiento económico o bien altamente tecnificada). Las diversas formas de acceso a la sociedad urbana, las implicaciones y consecuencias de dichas diferencias iniciales forman parte de la problemática que concierne al *fenómeno urbano* o a "lo urbano".

Estos términos son preferibles a la palabra "ciudad", que parece designar un *objeto* definido y definitivo, objeto para la ciencia y objetivo inmediato de acción, mientras que la iniciativa científica exige en primer lugar una crítica de ese *objeto* y la noción, más compleja, de un objeto virtual o posible.

Dicho en otros términos: en tal perspectiva no cabe una *ciencia de la ciudad* (sociología urbana, economía urbana, etcétera), sino un *conocimiento* en curso de elaboración del *proceso global*, así como de su término (objetivo y sentido).

Lo urbano (abreviación de "sociedad urbana") se define, pues, no como realidad consumada, situada en el tiempo con desfase respecto de la realidad actual, sino, por el contrario, como horizonte y como virtualidad clasificadora. Se trata de

lo *posible*, definido por una dirección, al término del recorrido que llega hasta él. Para alcanzar dicho posible, es decir, para realizarlo, es necesario primeramente evitar o abatir los obstáculos que actualmente lo hacen *inviable*. ¿El conocimiento teórico puede mantener en la abstracción dicho objeto virtual, objetivo de la acción? No. Desde este momento puede afirmarse que únicamente es abstracto en cuanto *abstracción científica*, es decir, legítima.

El conocimiento teórico puede y debe mostrar el terreno y las bases en las que se fundamenta: una práctica social en movimiento, la *práctica urbana* en vías de constituirse a pesar de los obstáculos que encuentra. El hecho de que dicha práctica se presente en la actualidad velada y dislocada, el hecho de que hoy día la realidad y la ciencia futuras apenas se vislumbren, son aspectos de la fase crítica. Lo que hay que poner de manifiesto es que esta orientación significa una salida y soluciones a la problemática actual. En suma, el *objeto virtual* no es otra cosa que la sociedad planetaria y la "ciudad mundial", más allá de una crisis mundial y planetaria de la realidad y del pensamiento, más allá de las viejas fronteras trazadas en tiempos del predominio agrícola y mantenidos a lo largo del crecimiento de los intercambios y de la producción industrial. No obstante, la problemática urbana no puede asimilar todos los problemas. Tanto la agricultura como la industria conservan los suyos propios, si bien se hallan modificados por la realidad urbana. Por otra parte, la problemática urbana no posibilita el que el pensamiento se lance imprudentemente a la exploración de lo posible. El propio analista es el que debe describir y caracterizar los tipos de urbanización. Su misión también consiste en enunciar la evolución de las formas, funciones y estructuras urbanas, transformadas por el estallido de la antigua ciudad y por la urbanización generalizada.

Hasta el momento, la fase crítica se comporta como una "caja negra": se sabe lo que entra, se vislumbra, a veces, lo que sale, pero no se sabe claramente lo que ocurre en el interior. Tal situación inhabilita los procedimientos habituales de la perspectiva o de la proyección, que extrapolan a partir de lo actual, es decir, de lo constatado. Tanto la proyección como la perspectiva presentan una base determinada en ciencias específicas únicamente: la demografía o la economía política, por ejemplo. Ahora bien, lo que "objetivamente" analizamos es un todo.

A fin de mostrar la magnitud de la crisis, la incertidumbre y la perplejidad que acompañan a la "fase crítica", cabe llevar a cabo una confrontación. ¿Se trata de un simple ejercicio de estilo? Sí, pero también es algo más. He aquí algunos argumentos en pro y en contra de la calle, en pro y en contra del monumento. Dejemos para más tarde otros argumentos (en pro y en contra de la naturaleza, del urbanismo, del centro urbano,

etc.). . . ■

A favor de la calle. No se trata "únicamente de un lugar de paso y de circulación; la invasión de automóviles y la presión de su industria, es decir, del *lobby* del auto, han convertido al coche en un objeto piloto, al aparcamiento en una obsesión, a la circulación en un objetivo prioritario, y todos ellos en su conjunto en destructores de toda la vida social y urbana. Muy pronto será necesario limitar, no sin dificultades y estragos, los derechos y poderes del auto.

¿Qué es la calle? Es el lugar (topo) del encuentro, sin el cual no caben otros posibles encuentros en lugares asignados a tal fin (cafés, teatros y salas diversas). Estos lugares privilegiados o bien animan la calle y utilizan asimismo la animación de ésta, o bien no existen.

En la escena espontánea de la calle yo soy a la vez espectáculo y espectador, y a veces, también, actor. Es en la calle donde tiene lugar el movimiento, de catálisis, sin los que no se da vida humana, sino separación y segregación, estipuladas e inmóviles. Cuando se han suprimido las calles (desde Le Corbusier, en los "barrios nuevos"), sus consecuencias no han tardado en manifestarse: desaparición de la vida, limitación de la "ciudad" al papel de dormitorio, aberrante funcionalización de la existencia. La calle cumple una serie de funciones que Le Corbusier desdeña: función informativa, función simbólica y función de esparcimiento. Se juega y se aprende. En la calle hay desorden, es cierto, pero todos los elementos de la vida humana, inmovilizados en otros lugares por una ordenación fija y redundante, se liberan y confluyen en las calles, y alcanzan el centro a través de ellos; todos se dan cita, alejados de sus habitáculos fijos. Es un desorden vivo, que informa y sorprende. Por otra parte, este desorden construye un orden superior: los trabajos de Jane Jacob han demostrado que la calle (de paso y preventiva) constituye en los Estados Unidos la única seguridad posible contra la violencia criminal (robo, violación, agresión). Allí donde desaparece la calle, la criminalidad aumenta y se organiza.

La calle y su espacio es el lugar donde un grupo (la propia ciudad) se manifiesta, se muestra, *se apodera* de los lugares y realiza un adecuado tiempo-espacio. Dicha apropiación muestra que el uso y el valor de uso pueden dominar el cambio y el valor de cambio. En cuanto al acontecimiento revolucionario, éste tiene lugar generalmente en la calle. ¿Acaso el desorden revolucionario no engendra también un nuevo orden?, ¿acaso el espacio urbano de la calle no es el lugar para la palabra, para el intercambio, tanto de términos y de signos como de cosas? ¿Acaso no constituye el lugar privilegiado en donde se escribe la palabra?, ¿el lugar

donde la palabra se ha hecho salvaje y se la encuentra, eludiendo prescripciones e instituciones, inscrita en las paredes?

En contra de la calle. ¿Un lugar de encuentros?, quizá, pero ¿qué encuentros? Aquellos que son más superficiales. En la calle se marcha unos junto a otros, pero no es lugar de encuentros. En la calle domina el "se" (impersonal), e imposibilita la constitución de un grupo, de un "sujeto", y lo que la puebla es un amasijo de seres en búsqueda... ¿De qué? El mundo de la mercancía se despliega en la calle. La mercancía, que no ha podido limitarse a los lugares especializados, los mercados (plazas, abastos), ha invadido toda la ciudad. En la antigüedad, las calles no eran más que los anexos de los lugares privilegiados: el templo, el estadio, el agora y el jardín. Más tarde, en la Edad Media, los artesanos, a la vez productores y vendedores, ocuparon las calles. Posteriormente han sido los comerciantes, cuya actividad es exclusivamente mercantil, los que se hicieron dueños y señores de la calle. ¿Qué es, pues, la calle? Un escaparate, un camino entre tiendas. La mercancía, convertida en espectáculo (provocante, incitante), hace de las gentes un espectáculo, unos de otros. Aquí, más que en cualquier sitio, el cambio y el valor de cambio dominan al uso hasta reducirlo a algo residual. Tan es así que debe realizarse una crítica de la calle de mayor alcance, a saber: la calle se convierte en lugar privilegiado de la represión, que puede realizarse merced al carácter "real" —es decir, a la vez débil y alienado-alienante— de las relaciones que tienen lugar en la calle. *El paso* por la calle es, en tanto que ámbito de las comunicaciones, es *obligatorio y reprimido* al mismo tiempo. En caso de amenaza, las primeras prohibiciones que se dictan son las de permanecer y reunirse en las calles. Si la calle ha tenido en su tiempo el papel de lugar de encuentros, ese papel lo ha perdido, como no podía por menos de ocurrir; limitándose mecánicamente al lugar de paso, se produce al mismo tiempo el paso de peatones (acorralados) y de automóviles (privilegiados). La calle se ha convertido en retículo, organizado por y para el consumo. La velocidad de circulación, todavía permitida, del peatón se halla determinada y calculada en función de la posibilidad de aperebir los escaparates y de comprar los objetos exhibidos.

El tiempo pasa a ser "tiempo-mercancía" (tiempo de compra y de venta, tiempo comprado y vendido). La calle reglamenta el tiempo más allá del tiempo de trabajo y lo somete al sistema, el del rendimiento y del beneficio. La calle ya no es más que la obligada, transición entre el trabajo forzado, los esparcimientos programados y la habitación, en cuanto lugar de consumo.

La organización neocapitalista del consumo muestra en la calle su fuerza, que no reside únicamente en el poder (político) ni en la represión (reconocida o disimulada). La calle, sucesión de escaparates, exposición de objetos en venta, muestra cómo la lógica de la mercancía va acompañada de una contemplación (pasiva) que toma el carácter y la importancia de una estética y de una ética. La acumulación de objetos es paralela a la de la población y sucede a la del capital; adopta la forma de una ideología escondida bajo la forma de lo legible y lo visible, y que, a partir de ese momento, parece la propia evidencia. Es por ello por lo que puede hablarse de una *colonización* del espacio urbano, colonización que se lleva a cabo en la calle a través de la imagen de la publicidad y el espectáculo de los objetos: a través del "sistema de los objetos" convertidos en símbolos y espectáculo. Perceptible a través de la modernización de las calles antiguas, la uniformización del marco circundante reserva para los objetos (mercancías) aquellos efectos de colores y de formas que los hacen atractivos. Así, cuando el poder permite que se realicen en la calle mascaradas, bailes, festivales folklóricos, etc., se trata de una apariencia caricaturesca de apropiación y de reapropiación del espacio. En cuanto a la verdadera apropiación, la "manifestación" efectiva, es combatida por las fuerzas represivas, las cuales imponen el silencio del olvido.

En contra del monumento. El monumento, sede de una institución (la Iglesia, el Estado, la Universidad), es esencialmente represivo. Cuando organiza un espacio en su entorno es para colonizarle y oprimirle. Los grandes monumentos han sido erigidos a la gloria de los conquistadores y los poderosos; con mucha menos frecuencia lo fueron a la gloria de los muertos y de la belleza muerta (el Tadj Mahall...). Se levantaron palacios y tumbas. La desgracia para la arquitectura ha sido la de querer levantar monumentos, mientras que "el habitar" o bien ha sido Concebido a imagen de los monumentos, o bien se desentendió. Extender el espacio monumental al "habitar" ha constituido siempre una catástrofe, si bien ignorada por aquellos que la soportan. En efecto, el esplendor monumental es formal, y si bien se halla siempre repleto de símbolos, el monumento los ofrece a la contemplación (pasiva) y a la conciencia social cuando dichos símbolos, ya caducos, han perdido significación. Tal es el caso de los símbolos de la revolución en el Arco del Triunfo napoleónico.

A favor del monumento. Es el único lugar donde se puede concebir e imaginar la vida social. Si el monumento ejerce un control es con el fin de congregar. Belleza y monumentalidad van parejas. Así, los grandes monumentos fueron transfuncionales (las catedrales) e incluso

transculturales (las tumbas); de ahí su poder ético y estético. Los monumentos proyectan sobre el terreno una concepción del mundo, mientras que la ciudad proyectaba, y proyecta todavía, la vida social (la globalidad). En el seno, a veces en el propio corazón de un espacio en el que se reconocen y se trivializan los rasgos de la sociedad, los monumentos enuncian una trascendencia, un "allá". Los monumentos han sido siempre utópicos, afirmando, ya fuera en altura ya fuera en profundidad (pero siempre en una dimensión diferente a la de los recorridos urbanos), tanto el deber como el poder, el saber como la alegría y la esperanza.

El método utilizado en este apartado no es histórico en el sentido que habitualmente se atribuye al término. Sólo en apariencia hemos adoptado el objeto "ciudad" para describir y analizar su génesis, sus modificaciones y sus transformaciones. En realidad, lo que hemos planteado en primer lugar es el objeto virtual, gracias al cual ha podido trazarse el eje espacio-temporal. Si el futuro ha arrojado luz sobre el pasado, lo virtual ha permitido examinar y situar lo realizado. Lo que permite comprender las condiciones y antecedentes (la ciudad comercial) de la ciudad industrial en su propia existencia, o más bien el estallido de la ciudad industrial y precapitalista ante la embestida de la industria y del capitalismo; por su parte, la ciudad comercial permite aprehender la ciudad política sobre la cual se superpone, Tal y como Marx pensaba, el adulto comprende en tanto que sujeto (conciencia) y posibilita el conocimiento en tanto que objeto real, de su punto de partida, de lo que es su esbozo (quizá más rico y complejo que él mismo), a saber: el niño. A pesar de su carácter complejo y opaco, es la propia sociedad burguesa la que permite la comprensión de sociedades más transparentes, la sociedad antigua y la sociedad medieval. Y no viceversa.

A partir del momento en que se dan el tiempo y la historicidad, el conocimiento queda sometido a un movimiento de doble sentido: *regresivo*

(de lo virtual a lo actual, de lo actual al pasado) y *progresivo* (de lo superado y lo *terminado*, al movimiento que determina dicha *conclusión* y que anuncia y hace surgir algo nuevo).

El tiempo histórico puede ser dividido (periodizado) en función de los *modos de producción*: asiático, esclavista, feudal, capitalista y socialista. Tal división tiene ventajas e inconvenientes. Cuando se va demasiado lejos, insistiendo en los cortes, en las características internas de cada modo de producción, en la cohesión de cada uno de ellos en cuanto totalidad, el paso de un modo a otro se convierte en algo ininteligible, precisamente cuando lo que se pone de manifiesto y se acentúa es la inteligibilidad de cada uno de ellos, considerado separadamente. No obstante, cada modo de producción ha "producido" (no como una cosa cualquiera, sino como algo fundamental) un tipo de ciudad que "lo refleja" de forma inmediata (visible y legible sobre el propio terreno) al dar forma a las relaciones sociales más abstractas, jurídicas, políticas e ideológicas. No debe insistirse en dicho aspecto discontinuo del tiempo hasta el punto de hacer ininteligible la continuidad. En la ciudad ha tenido lugar igualmente un proceso acumulativo relativamente continuo: acumulación de conocimientos, de técnicas, de cosas, de gentes, de riquezas, de dinero y, finalmente, de capital. La ciudad es el lugar donde se ha llevado a cabo la acumulación de este tipo, a pesar de que el capital tenga su origen en la tierra y que su inversión industrial haya podido volverse contra la propia ciudad.

La teoría marxista de la plusvalía distingue entre la formación, la realización y la participación de dicha plusvalía. Originariamente la plusvalía se ha constituido sobre la tierra. Dicha *formación* se ha desplazado hacia la ciudad cuando ésta se convirtió en el centro de la producción, artesana primero e industrial más tarde. El sistema comercial y bancario de las ciudades, por el contrario, ha sido siempre el instrumento a través del cual *se realizaba* la plusvalía.

En cuanto a su repartición, los amos de las ciudades han pretendido en toda ocasión embolsarse una gran parte (superior al beneficio medio de sus inversiones). En cada uno de los tres aspectos de la plusvalía el *centro urbano* adquiere una importancia creciente, que caracteriza una función esencial, y, sin embargo, ignorada (desapercibida), de la centralidad urbana en el modo de producción capitalista. De ahí la inexactitud que se comete al afirmar que tanto la ciudad en su tiempo como el centro urbano en la actualidad, no son sino superestructuras sin relación alguna con las fuerzas productivas y el modo de producción. .

El eje espacio-temporal nos permite situar ciertas relaciones y sus transformaciones entre la ciudad y el campo. No obstante, ni refleja ni contiene todas las que realmente se dan. Por ejemplo, no contiene ni las condiciones ni los elementos de los conceptos que se hallan' ligados a las siguientes relaciones: la naturaleza (la *physis*) y el "logos" (la razón). Tampoco pone de manifiesto la genealogía de la idea de naturaleza y sus vicisitudes. El esquema muestra que con el advenimiento de lo que se ha dado en llamar el Renacimiento tiene lugar una inversión en las situaciones durante esta fase crítica. ¿Qué ocurre con los conceptos y representaciones que se refieren a las palabras tales como naturaleza y razón? Al modificarse profundamente la relación "campo-ciudad", ¿se ha dado una correspondencia entre tales modificaciones y las operadas en los conceptos? o, por el contrario, ¿se han distorsionado? ¿Puede analizarse y dilucidarse en función de la historia que relatamos una polisemia tan singular como es la de estas palabras: naturaleza y razón? ¿Por qué surge el fetichismo de la naturaleza a finales del xvm y principios del XIX? ¿Qué es lo que se entendía por fetichismo? ¿Acaso no hubo una doble negación de la naturaleza en cuanto algo anterior al pensamiento y a la acción "humanos"? Doble negación fue realizada por la ciudad y por la industria, y que la obligó a salir a la luz y mostrarse. A partir de ese momento, la ciudad, piedra y metal, se presentaba como una segunda naturaleza, erigida sobre la naturaleza primera y fundamental, compuesta por los elementos tierra y aire, agua y fuego. Esta segunda naturalidad implica su propio paradigma, su propio sistema de contraposiciones: lo brillante y lo sombrío, el agua y la piedra, el árbol y el metal, lo monstruoso y lo paradisíaco, lo rugoso y lo pulido, lo salvaje y lo artificial. Esto se da en y por los poetas (Hugo, Baudelaire). Pero eso nos lleva a tratar de los mitos de la ciudad, tema que tocaremos más adelante. No obstante, ¿hasta dónde llegó el intento, inherente al espacio urbano, de reunir lo espontáneo y lo artificial, la naturaleza y la cultura? No cabe ciudad ni espacio urbano sin imitación de la naturaleza, sin laberintos, sin evocación del océano o del bosque, sin árboles atormentados hasta el extremo de adoptar extrañas formas, tanto humanas como inhumanas. ¿Dónde hay que insertar, pues, aquellos parques y jardines que configuran, tanto como las plazas y la red de calles, ciudades como París, Londres, Tokio o Nueva York? ¿Es que los espacios verdes constituyen el marco de una correspondencia término por término —o casi— entre la ciudad y el campo? ¿No son la re-presentación sensible de algo que se da *fuera*, la u-topía de la naturaleza? ¿Constituyen la referencia necesaria para poder situar y percibir la realidad urbana? O, más bien, ¿no

son sino el elemento *neutro* del conjunto urbano? ¿Qué ocurre con estas funciones (estas realidades multifuncionales o transfuncionales) en los "espacios verdes"? ¿Acaso el problema no ha sido resuelto arbitraria e irresponsablemente, con dicha *neutralización* del espacio no edificado, utópicamente condenado a convertirse en naturaleza ficticia, como es "el espacio verde"?

Estos aspectos de la problemática urbana (que no son secundarios y van más allá que las banales imágenes de lo "circundante", puesto que implican un análisis), no se hallan en el esquema. No obstante, pertenecen a la fase crítica, en la que se insertan. Si seguimos con la metáfora, diremos que dicha fase comporta un *blanco* (un vacío), o un momento oscuro (una *caja negra*), o incluso diremos que configura un *campo ciego*. Entre todos los problemas de la fase crítica, la naturaleza aparece en primer plano. La industrialización y la urbanización, asociadas y concurrentes, destrozan la naturaleza. El agua, la tierra, el aire, la luz, los *elementos*, en suma, están amenazados de destrucción. Los plazos se van a cumplir, y de manera precisa. Así, hacia el año 2000, haya o no guerra nuclear, el agua y el aire se hallarán tan polucionados que se hará difícil la vida sobre la tierra. Desde ahora se puede concebir un "socialismo" muy diferente de lo que se entiende por tal y de lo que Marx ha definido. Los bienes que antes eran escasos, son hoy muy abundantes: el pan y, más generalmente, el alimento (si bien son aún escasos en gran parte del planeta poco desarrollada, se dan en gran abundancia en la parte desarrollada). Por el contrario, una serie de bienes que anteriormente abundaban se rarifican: el espacio, el tiempo, el deseo. Y también el agua, la tierra, la luz. ¿Acaso no se impone la gestión colectiva de estas nuevas escaseces? A menos que lo socializable no sea la producción o re-producción de todo aquello que constituía la "naturaleza"...

La problemática parcial relativa a la "naturaleza" queda así determinada: teóricamente, la naturaleza se nos aleja, mientras que los signos de la naturaleza y de lo natural se multiplican, sustituyen y suplantán a la verdadera "naturaleza".

Dichos símbolos se producen masivamente y se venden. Un árbol, una flor, una rama, un perfume, una palabra, se convierten en símbolos de la naturaleza ausente, se convierten en su presencia ficticia e ilusoria. Al mismo tiempo, la naturalización ideológica se hace obsesiva. En toda publicidad, ya sea de productos alimenticios o textiles, ya sea de viviendas o de vacaciones, la referencia a la naturaleza es una constante. Todos los "significados flotantes" que utiliza la retórica se aferran a su representación con el fin de darles sentido y contenido. Aquello que ya carece

de sentido pretende volver a hallarlo utilizando el fetiche "naturaleza". Imposible de encontrar, evasiva, destrozada, residuo de la urbanización y de la industrialización, no obstante, la naturaleza nos es presentada en todo lugar, tanto en la feminidad como en cualquier objeto. En cuanto a los "espacios verdes", último hallazgo de la buena voluntad y de las malas representaciones urbanísticas, ¿qué cabe pensar sino que constituyen un débil sustituto de la naturaleza, un degradado simulacro de espacio libre, de lugar de encuentros y de juegos, de parques, de jardines y de plazas? El símbolo de este espacio neutralizado por una degradante democratización lo constituye el *square*¹. El urbanista cede pasivamente ante las presiones de la cantidad y del mínimo costo; la funcionalidad que cree estar realizando se reduce, por sí misma, a la ausencia de funciones "reales", a la simple función de algo que se mira.

Fase crítica. Caja negra. El arquitecto y el urbanista, a veces confundidos en ambiguo dúo, a veces hermanos gemelos, a veces hermanos enemistados y a veces colaboradores distanciados y rivales, observan la caja negra. También ellos saben lo que en ella penetra, se asombran de lo que sale, y no saben qué es lo que ha ocurrido en el interior. Nuestro esquema tampoco lo aclara. Fundamentalmente supone que la ciudad (la *cit  *) fue un ámbito de creaciones y no un simple resultado ni un simple efecto espacial de una creación que hubiera tenido lugar en otro sitio, en el Espíritu, en la Razón. Nuestro esquema estipula que lo *urbano* puede convertirse en "objetivo", es decir, en creador y creación, sentido y meta. Lo que hay que hacer es demostrarlo.

Tres estratos. Tres   pocas. Tres "campos", no solamente de "fenómenos sociales", sino también de sensaciones y percepciones, de espacios y de tiempos, de imágenes y de conceptos, de lenguaje y de racionalidad, de teorías y de principios sociales:

- lo rural (campesino),
- lo industrial,
- lo urbano,

con todas sus emergencias, interferencias, desfases, avances y retrocesos, desigualdades en el desarrollo. Y, sobre todo, con sus transiciones dolorosas, con sus fases críticas. He aquí, pues, lo que surge de los jalones del eje espacio-temporal: unas hipótesis teóricas en proceso de verificación.   Qu   es lo que se produce entre dos épocas, en el entreacto, en el corte o el pliegue (lo que en nuestros días sería entre lo industrial y lo urbano)? Una serie de nubes verbales, "significados flotantes" aislados, cuyo *significado* (la industria, racionalidad y práctica) ya no es suficiente, si bien sigue

siendo necesario. No es posible ligar dichas nubes verbales, errantes por encima de su tierra natal, ni a un "sujeto filosófico", ni a un "objeto privilegiado", ni tampoco a una "totalización histórica". Se les puede observar en la misma forma que se contemplan desde el avión las capas y manchas de nubes. He aquí, muy en lo alto, muy ligeros, los cirros de la filosofía antigua. He aquí también los nimbos de la racionalidad y los pesados cúmulos de los cientifismos. Todos son lenguajes o meta-lenguajes a mitad de camino entre lo real y lo ficticio, entre lo realizado y lo posible. Navegando a la deriva, escapándose de los sortilegios de los filósofos-brujos.

Los *campos ciegos* se producen entre los campos, los cuales, lejos de ser apacibles, son campos de guerra y de conflictos. No se trata únicamente de campos oscuros, inciertos y mal explorados, sino que son ciegos de igual forma que existe en la retina un punto ciego, centro de la visión, y, sin embargo, su propia negación. Paradojas. El ojo no se ve, tiene que recurrir a un espejo. El punto central de la visión no se ve y no sabe que está ciego. ¿Acaso estas paradojas no serían válidas igualmente para el pensamiento, la conciencia y el conocimiento? Así, pues, ¿no se produce un *campo* no visible, ayer entre lo rural y lo industrial, hoy entre lo industrial y lo urbano? ¿En qué consiste la ceguera? En que si bien se observa atentamente el campo nuevo, lo urbano, se le ve con ojos y con conceptos formados por la práctica y la teoría de la industrialización, con un pensamiento analítico parcial y especializado a lo largo del período industrial; pensamiento que *reduce*, pues, la realidad en formación. Por esta razón, esta realidad no se ve; choca con una oposición, se la desnaturaliza, se la combate; se la impide nacer y desarrollarse.

No se ve lo urbano (el espacio urbano, el paisaje urbano). *No le vemos* aún. ¿Acaso es que el ojo formado (o deformado) por el anterior paisaje es incapaz de ver un espacio nuevo? ¿O se trata simplemente de que la mirada se ha desarrollado en los espacios rurales, en los volúmenes de las fábricas y en los monumentos de las épocas pasadas? Algo hay de esto, pero también hay otras causas. No se trata únicamente de una ausencia de educación, sino de una ocultación. Lo que vemos, no lo vemos en realidad. ¡Cuántos son los que perciben "perspectivas", ángulos y contornos, volúmenes, líneas rectas o curvas, y, sin embargo, son incapaces de ver ni concebir unas trayectorias múltiples, unos espacios complejos! No pueden saltar de *lo cotidiano*, elaborado según las exigencias de la producción industrial y del consumo de los productos que ésta genera, a *lo urbano* que escaparía de dichos determinismos y exigencias. No saben construir un

paisaje proponiendo y componiendo una concepción específicamente urbana de la fealdad y de la belleza. Antes de nacer y de afirmarse, la realidad urbana se ve *limitada* por lo *rural*, de una parte (los barrios residenciales, los espacios llamados verdes), y, de otra parte, por lo industrial *cotidiano* (unidades de viviendas de carácter funcional, los vecindarios, las relaciones, los monótonos y obligatorios trayectos), *cotidianidad* que está sometida a las exigencias de las empresas y tratada según la racionalidad de la empresa. Se trata de una limitación a la vez social y mental, en la trivialidad, por una parte, y en la especialidad por otra. En resumen, lo urbano se reduce así a lo industrial. Tanto la ceguera como el no-ver y el no-saber implican una ideología. Los campos ciegos se instalan en la re-presentación. En primer lugar, se da la *-presentación* de los hechos y de los conjuntos de hechos, la forma de percibirlos y de agruparlos. A continuación tiene lugar la *re-presentación*, la interpretación de los hechos. Entre esos dos momentos, y en cada uno de ellos, se producen ignorancias y mal entendidos. Aquello que ciega (los conocimientos dogmáticamente aceptados) y lo cegado (lo desconocido) se complementan entre sí en el seno de la ceguera.

¿Campos ciegos? No se trata ni de una imagen literaria ni de una metáfora, a pesar de la paradoja que se da al ligar un término subjetivo "ciego", con un término objetivo, "el campo" (el cual, además, solamente se le concibe iluminado). Se trata de una noción que puede ser hallada, o recobrada, por varios conductos, que emerge *filosófica* y *científicamente* a la vez, es decir, que surge en el llamado análisis filosófico y en el conocimiento². De lo que ya no se trata es de aquella trivial distinción entre lo que queda en la sombra y lo iluminado, incluso si se añade que "la iluminación" intelectual tiene límites, que aporta o desdeña esto o aquello, que se proyectan aquí y no allá, o que ponga esto en entredicho y aquello en evidencia. Finalmente, todo se reduce a lo que no se sabe, por una parte, y lo que no se puede dilucidar, por otra.

Lo que se da en el campo ciego, y a lo que la investigación va a buscarle un sentido, es *lo insignificante*. Antes de Freud, ¿el sexo tenía algún significado? Sí, de pecado, de vergüenza, al menos en la cultura occidental (judeo-cristiana). O bien para ciertos poetas tenía un valor de sistematización ideal en la poesía. Buscarle un sentido constituía un acto. Antes de Freud, el sexo se hallaba a la vez descartado, descuartizado, reducido, rechazado (reprimido). Se presentaba en un campo ciego, poblado de sombras y de fantasmas, expulsado de lo concreto por una implacable presión, por una alienación fundamental. Y nada era más propicio para un

"claroscuro místico".

¿Acaso lo *inconsciente* no sería la sustancia o la esencia de los campos ciegos? No obstante, estos campos no son sino campos, abiertos a la exploración. La esperan. Son virtualidad para el conocimiento y posibilidad para la acción. ¿Por qué y cómo permanecen ciegos? Tanto la mala fe y el malentendido, como la *ignorancia* (falso conocimiento y quizá falsa conciencia) juegan un papel. Sería, pues, más exacto hablar de lo *desconocido* que hablar de lo inconsciente. Sin embargo, esos términos no son satisfactorios. ¿Por qué "*me*" ("nos" o "se") niego a ver, a percibir, a concebir esto o aquello? ¿Por qué queremos hacer creer que nos vemos? ¿Cómo lo conseguimos? En el propio cuerpo humano hay zonas "descuidadas" (no apropiadas), incluido el sexo. Sin embargo, los campos ciegos son a la vez mentales y sociales. A fin de comprender su existencia, hay que referirse en primer lugar al poder de las ideologías (que iluminan otros campos o hacen surgir campos ficticios), así como al poder del lenguaje. ¿Acaso no se produce un "campo ciego" cuando falta el lenguaje o cuando, por el contrario, se produce una abundancia y redundancia de metalenguaje (discursos tras discursos, significantes que flotan lejos de los significados)?

Volvemos al contraste entre lo que ciega y lo cegado. Lo que ciega es la fuente luminosa (conocimiento y/o ideología) que proyecta el haz de luz, que ilumina *en otro lugar*. Lo cegado es la mirada deslumbrada y también la zona que ha quedado en sombras. Por un lado se abre una vía a la exploración; por otra parte nos hallamos ante un muro que romper, ante algo sagrado que hay que trasgredir.

Nosotros hablamos de tres campos o terrenos. También podríamos decir que se ha dado sucesivamente el descubrimiento, la emergencia y la constitución, o creación histórica, de tres *continentes*: lo agrario, lo industrial y lo urbano. Establecemos así una analogía en el proceso del conocimiento con el descubrimiento de las matemáticas, de la física, de la historia y de la sociedad, sucesión aceptada por la epistemología. No obstante, no puede tratarse de "cortes", en el sentido que dicho concepto tiene para la epistemología contemporánea. Las simultaneidades, interacciones y desigualdades en el desarrollo, a través de las cuales coexisten dichos *momentos* (estos "continentes"), no solamente tienen lugar, sino que la noción de "corte" a que antes aludíamos dejaría al margen tanto las relaciones de producción y de clase como, más ampliamente, los llamados países subdesarrollados, los cuales se caracterizan actualmente por el hecho de vivir simultáneamente la era rural, la era industrial y la era

urbana. Países que acumulan los problemas, pero no las riquezas. Se puede decir, igualmente, que dichos momentos corresponden a la triplicidad inherente —con intensidad variable— a toda práctica social: necesidad-trabajo-disfrute.

El período agrario correspondería a la *necesidad*: producción limitada, sometida a la "naturaleza" e interrumpida por catástrofes y hambres, dominio de la escasez. El período industrial correspondería al *trabajo*: período productivo, hasta el extremo de fetichizar la productividad, destructor de la naturaleza, incluida aquella que vive, o sobrevive, en el "ser humano". ¿Será el *disfrute* lo que corresponde a la sociedad urbana? No es suficiente que lo afirmemos así: hay que demostrarlo.

Tres campos. No se enfoca desde perspectivas históricas, económicas o sociológicas, sino desde una perspectiva global en un doble sentido: en la medida que concierne a la sucesión de períodos y en la medida que atañe a cada uno de dichos períodos. El término "campo" hace referencia no solamente a capas sucesivas, o superpuestas, de hechos y fenómenos, sino también a modos de pensar, de actuar y de vivir.

El campo "paisano-rural" implica una re-presentación del espacio o, si así se prefiere, una red de espacio en la que se dan la orientación, el proceso, la capacidad de apoderarse de los parajes y de nombrar los lugares (las aldeas, referencias de ámbitos definidos y ligados a las particularidades de la "naturaleza"). El campo "paisano-rural" supone que la espontaneidad se halla muy controlada por la continua actividad de la comunidad, lo que va acompañado de sus particularidades, tanto mentales como sociales, de originalidades debidas al *origen* de los grupos (razas, climas, marcos geográficos, producciones "naturales" sometidas al trabajo agrícola, *etc.*). Donde mejor se manifiestan las particularidades de tales grupos es en la amalgama de dos actividades que, sin embargo, han sido diferenciadas tendencialmente e incluso enfrentadas: la magia y la religión. Para ambas son necesarios curas y brujos. Ritmos y ciclos simples (días, estaciones, años) ocupan un lugar en los grandes ciclos cósmicos a través de su doble operación. Un pensamiento inmediato, que es también pensamiento de lo inmediato (de lo que ocurre aquí y ahora, de lo que debe hacerse hoy o mañana), se integra en una idea más vasta y más amplia, que abarca toda una vida y sus acontecimientos —nacimientos, matrimonios, desapariciones y funerales— e incluso la sucesión de las generaciones. Los brujos se ocupan de lo inmediato y los curas se ocupan del mundo. ¿Es necesario insistir en el hecho de que si bien lo "rural-campesino" era

primordial y dominaba ampliamente, las formas que ha adoptado las debe, sin duda alguna, a la acción de conquistadores y de administradores instalados en la ciudad política? Dicha ciudad tiene una función exclusivamente política, de dominación sobre los campesinos, cuya masa la inunda, la alimenta y, a veces, la ahoga. La ciudad política no es aún "lo urbano". Apenas si lo intuye. No obstante, aunque la ciudad política se halle tan enraizada como las comunidades rurales y muy marcada por su proximidad, la división (básica) del trabajo entre los dos estamentos de la sociedad ya ha tomado forma. Una serie de contraposiciones llamadas a desarrollarse, tales como trabajo material y trabajo intelectual, producción y comercio, agricultura e industria, se unen a la distinción entre ciudad y campo. Si bien en un primer momento eran complementarias, esas contraposiciones evolucionan, hasta hacerse virtualmente contradictorias y llegar, finalmente, a ser conflictivas. En el campo se dan formas de propiedad rústica (inmobiliarias), primero de tipo tribal y más tarde feudal. En la ciudad son otras las formas de propiedad que dominan: primero mobiliaria (poco diferenciada de la inmobiliaria en sus primeros momentos), cooperativa después y más tarde capitalista. A lo largo de esta prehistoria se acumulan los elementos y las formas, que constituirán, al separarse y al combatirse, la propia historia. El campo industrial sustituye las naturales, o supuestas, particularidades por una homogeneidad metódica y sistemáticamente impuesta. ¿En nombre de qué lo hace? En nombre de la razón, de la ley, de la autoridad, de la técnica, del Estado y de la clase que ostenta la hegemonía. Todo es válido a la hora de legitimar y entronizar un orden general que corresponde a la lógica de la mercancía, a "su mundo", construido por el capitalismo y la burguesía a escala verdaderamente mundial. Nos preguntamos a veces si el socialismo puede escapar de ese reinado de la economía política. Un tal proyecto de racionalidad generalizada provoca literalmente el vacío ante sí. Causa estragos con el pensamiento antes de hacerlo con la eficacia. Y, además, crea el campo ciego (en la medida que se halla desierto). ¿En qué consiste el *proyecto* de una racionalidad universal? En que la experiencia de la división manufacturera del trabajo se hace extensiva a todas las actividades. En la empresa los trabajos se dividen y se organizan de tal forma que se complementan entre sí, sin que los productos y dichos trabajos pasen por el mercado. El gran objetivo, siempre reanudado pero nunca alcanzado, de la era industrial es el de hacer extensiva a la división social del trabajo la eficacia de la división manufacturera del trabajo. La división social del trabajo se acentúa (sin que por ello se organice racionalmente) hasta

convertirse en un enjambre de actividades separadas, tanto en los trabajos materialmente productivos como en los trabajos improductivos, pero, no obstante, necesarios socialmente (intelectual y científico). La fragmentación analítica alcanza tal envergadura, que la unidad (síntesis) que pretende haber apotado la religión, la filosofía, el Estado o cualquier ciencia dominante se superpone de modo ficticio al enjambre de "disciplinas", de leyes y de hechos. La organización general (es decir, espacio-temporal) de la práctica social se presenta como una racionalidad completa en la medida que está hecha de orden y de coacciones. El espacio-tiempo homogéneo que la práctica intenta realizar y concluir se cubre de gran cantidad de objetos, de actividades parciales, de situaciones y de gentes en situación. La coherencia de dicha masa no es sino aparente, aunque dicha apariencia se vea fortalecida por sistematizaciones imperiosas. Hemos mostrado los aspectos sospechosos de la "ciudad industrial". Pero ¿es que esta ciudad existe? En ese sentido sí; pero no en otro. Se trata de una ciudad fantasma, una sombra de realidad urbana, un análisis fantasmal de elementos dispersos y exógenos aglutinados por la coacción. Varias *lógicas* que se confrontan y a veces chocan, la lógica de la mercancía (obligada a intentar organizar la producción en función del consumo); la del Estado y la ley; la de la organización espacial (ordenación del territorio y urbanismo); la del objeto; la de la vida cotidiana; aquella que se pretende deducir del lenguaje, de la información y de la comunicación, etc. Cada una de las lógicas pretende ser restrictiva y completa al mismo tiempo. Eliminando aquello que no le conviene y afirmando que quiere y tiene que gobernar el resto del mundo, se convierte en una tautología vacía. Así la comunicación no transmite más que lo comunicable, etc. Sin embargo, todas las lógicas y todas las tautologías se encuentran. Cuentan, por una parte, con un factor común: la lógica de la plusvalía. La ciudad (lo que de ella queda o en lo que se convierte) es más que nunca un instrumento útil para la formación de capital, es decir, para la formación, la realización y la repartición de la plusvalía. Por otra parte, tanto las lógicas como las tautologías niegan la naturaleza. Y no lo hacen de manera abstracta ni especulativa. La racionalidad industrial, al rechazar las particularidades, destroza pura y simplemente la naturaleza y todo lo que tiene relación con la "naturalidad". Lo cual se traduce en una obsesión, en un segundo estadio de las conciencias, del pensamiento y del lenguaje. El pensamiento analítico, que quiere y cree ser una racionalidad integral (integrante-integrada) no funciona eficazmente más que a través de *intermediarios*. El reino de la finalidad racional se convierte así en una

serie de intermediarios de todo tipo. En efecto, dicha racionalidad tiene su origen en una abusiva generalización de las prácticas organizativas y de las operaciones propias de la empresa. Confía las tareas parciales a una serie de auxiliares sociales, los cuales se esfuerzan por afirmarse y lograr una autonomía propia: burócratas, comerciantes, publicistas y propagandistas. Al ser regla común el desarraigo generalizado y las separaciones, un malestar general corre parejo con la satisfacción producida por la ideología, el consumo y el predominio de lo racional. Todo se hace calculable y previsible, cuantificable y asignable. Todo debe desarrollarse en el orden (aparente y ficticio) fortalecido por las coacciones. Todo, excepto un residuo de desorden y libertad, ya tolerado, ya perseguido con terrible encarnizamiento represivo. Es en tales momentos cuando "la historia" se precipita, proporciona nuevo brillo a las particularidades y decapita lo que de privilegio o eminencia hubiera, tanto obras como individuos. Es una época de guerras y de revoluciones, que cuando parece que han de culminar en algo, abortan en el culto del Estado, en el fetichismo de la producción, el cual - no es sino la culminación del fetichismo del dinero y de la mercancía.

Finalmente adviene la era de *lo urbano*. Vamos a limitarnos ahora a mostrar de modo general que se produce un nuevo campo, todavía desconocido e ignorado. En este nuevo período, lo que antes era considerado absoluto adquiere ahora valor relativo: la razón, la historia, el Estado, el hombre. De ahí que se afirme que tales entidades y fetiches sucumben. Hay algo de cierto en esa afirmación, pero, sin embargo, no mueren del mismo modo. La muerte del "Hombre" no afecta más que a los filósofos. En cambio, la muerte del Estado no puede tener lugar sin dramas. Igualmente ocurre en el caso de la moral y la familia. Muy frecuentemente, el pensamiento reflexivo se deja deslumbrar por dichos dramas, desviando su atención del campo que se abre ante sí, el cual permanece ciego. A fin de explorarlo y de verle es necesario una conversión que abandone la óptica y la perspectiva anteriores. En esta nueva época *las diferencias* son conocidas y reconocidas, tomadas en consideración, concebidas y dadas a conocer. Tales diferencias mentales y sociales, espaciales y temporales, desligadas de la naturaleza, son recogidas en un nivel más elevado, el que corresponde a un pensamiento que considera todos *los elementos*. El pensamiento urbanístico (y obsérvese que no decimos el urbanismo), es decir, la reflexión sobre la sociedad urbana, agrupa los elementos establecidos separados por la historia. Su impulso, su origen y su punto fuerte ya no está constituido por la empresa. La reflexión urbanística no puede evitar situarse en la óptica del encuentro, de la simultaneidad y de la aglomeración, es

decir, en la óptica de los aspectos más específicos de la *forma urbana*. Así, pues, la reflexión urbana vuelve a encontrarse, a nivel superior y a distinta escala, con la comunidad y la ciudad, las cuales habían estallado (habían sido rechazadas) anteriormente. La reflexión urbana recupera los conceptos fundamentales de la realidad anterior a fin de reincorporarlos en un contexto más amplio: formas, funciones y estructuras urbanas. Lo que se constituye es un espacio-tiempo renovado, con una topología diferente tanto del espacio-tiempo agrario (de carácter cíclico y que yuxtapone las particularidades locales) como del espacio-tiempo industrial (el cual tiende a la homogeneidad y a la unidad nacional y planificada de las coacciones). A partir del momento en que ya no se le define como la racionalidad industrial —como su intento de homogeneización— el espacio-tiempo urbano se presenta como *diferencial*, ya que cada lugar y cada momento carecen de existencia fuera de un conjunto a través de los contrastes y las oposiciones que le ligán, diferenciándole, al tiempo, a los demás lugares y momentos. Dicho espacio-tiempo se caracteriza por sus propiedades *unitarias* (globales, es decir, que constituyen conjuntos, grupos en torno a un *centro* y centralidades diversas y específicas) y por sus propiedades *duales*.

La calle, por ejemplo, es una *herida-sutura*. O bien, es necesario distinguir, sin por ello separarlos, localización e intercambio, transferencia de informaciones y transmisión de los bienes materiales. Para definir dichas propiedades del espacio diferencial urbano (del tiempo-espacio) se introducen una serie de nuevos conceptos, tales como *isotopía* y *heterotopía*, a los que viene a añadirse el de *utopía*. Llamamos *isotopía* a un lugar (topos) y aquello que le rodea (vecindad, alrededores más inmediatos)³; es decir, lo que constituye un mismo *lugar*. Si en otra parte existe un lugar homólogo o análogo, dicho lugar pertenece a la isotopía. Sin embargo, junto al "lugar mismo" se da el lugar otro o el otro lugar. ¿Qué es lo que provoca su carácter de alteridad? Una diferencia que le marca situándole (y situándose) con respecto al lugar considerado inicialmente. Se trata de la *heterotopía*. Si se estiman los ocupantes de los lugares, la diferencia puede convertirse en un contraste muy diferenciado, e incluso en un conflicto. En el conjunto urbano, dichos lugares son relativos los unos respecto de los otros, lo cual supone la existencia de un elemento neutro, definido aquí o allá, que pueda constituirse en el corte-nexo de unión de una serie de lugares yuxtapuestos: calle, plaza, encrucijada (cruce de caminos y de recorridos), o bien jardín y parque. Pero tenemos también lo de fuera, el no-lugar, que no tiene lugar y, sin embargo, busca su lugar. La

verticalidad, es decir, la altura erigida en cualquier punto del plano horizontal, puede convertirse en la dimensión de lo de afuera, en el lugar de la ausencia-presencia, de lo divino, de la potencia, de lo semificticio y semirreal, del pensamiento sublime. La profundidad subterránea (verticalidad invertida) se halla en el mismo caso. Es evidente que enfocado así, *lo u-tópico* no tiene nada en común con lo imaginario abstracto. Se trata de algo real y se halla en el seno de una realidad como es la urbana, la cual tampoco carece de esa levadura. En el espacio urbano lo de afuera se halla presente en todos los sitios y en ninguno. Así ha ocurrido desde que existen las ciudades, desde que junto con los objetos y los actos surgieron las situaciones, en particular las compuestas por personas (individuos y grupos) preocupadas por la divinidad, por el poder y por lo imaginario. ¡Qué espacio paradójico es aquel en el que la paradoja se convierte en lo contrario de lo cotidiano! La *monumentalidad* se difunde, se desarrolla, se condensa y se concentra por doquier. Un monumento va más allá de sí mismo, de su fachada —si la hubiera—, de su espacio interior. Lo propio de la monumentalidad es, generalmente, la altura y la profundidad, la amplitud de un espacio que desborda sus límites materiales. En las antiguas ciudades nada era ajeno a la monumentalidad, ya que ésta tenía un carácter plural (pluralidad: edificios sagrados, edificios políticos, palacios, lugares de contacto tea-tralizados, estadios, *etc.*). De tal forma que lo que carece de lugar —la divinidad, la majestad, la realeza, la justicia, la libertad, el pensamiento— encuentra su sitio en cualquiera de ellos. Lo cual no se lleva a cabo sin generar contradicciones.

Dicho espacio urbano *es* contradicción concreta. El estudio de su lógica y de sus propiedades formales nos conduce al análisis dialéctico de sus contradicciones. El centro urbano se llena hasta la saturación, hasta pudrirse o estallar. A veces, invirtiendo su sentido, organiza a su alrededor el vacío y la escasez. En la mayoría de los casos el centro urbano implica y propone la concentración de *todo* lo que se da en el mundo, en la naturaleza y en el cosmos: productos de la tierra, productos industriales, obras humanas, objetos e instrumentos, actos y situaciones, signos y símbolos. ¿Dónde? Cualquier lugar *puede* convertirse en el enclave, en la convergencia, en el lugar privilegiado. De tal forma que todo espacio urbano lleva consigo ese posible-imposible, que constituye su propia negación. De tal forma también que todo espacio urbano ha estado, está y estará *concentrado y poiï(multi) céntrico*. La forma del espacio urbano evoca y provoca tanto la concentración como la dispersión: masas gigantescas, concentraciones, evacuaciones, súbitas eyecciones. Lo urbano

se define como el lugar donde las gentes se pisotean, se encuentran ante y en montones de objetos, se interfieren hasta no poder reconocer el sentido de sus actividades, complican sus situaciones hasta provocar situaciones imprevistas. Nuestro espacio comporta en su definición un sector nulo (virtualmente); la anulación de la distancia obsesiona a los ocupantes del espacio urbano. Se ha convertido en su sueño, en su imaginario simbolizado, representado de múltiples formas: en los proyectos, en el frenesí de los encuentros y acercamientos, en el placer de la velocidad "incluso en el seno de la ciudad". Nos hallamos ante la utopía (real y concreta). Es así como tiene lugar la superación de lo cerrado y lo abierto, de lo inmediato y lo mediato, del orden cercano y del orden lejano, para lograr una *realidad diferencial* en la que los términos ya no se separan, sino que se convierten en diferencias inmanentes. Una reflexión dinámica en busca de la unidad concreta precede a la readaptación (selectiva) de las particularidades elevadas a la categoría de diferencias: locales, regionales, nacionales-étnicas, lingüísticas-éticas, estéticas, etc. Ningún lugar urbano, a pesar de los esfuerzos de homogeneización realizados con la ayuda de la técnica, a pesar de la configuración de arbitrarias isotopías (es decir, de separaciones y segregaciones), es idéntico a otro. Tal análisis puede parecer formal. En efecto, hace referencia a Nueva York, a Tokio y también a París. Pretende arrojar luz sobre la sociedad urbana, con su dialéctica inmanente, que prolonga, en un plano inédito, el pasado y el porvenir. Es posible que ahora, con este pensamiento unitario y diferencial, iniciemos un período que ya no corresponda a aquella historia en la que se afrontaban las diferentes particularidades y en que lo homogéneo luchaba contra lo heterogéneo. La lucha entre elementos separados y convertidos en antinómicos sería sustituida por agrupaciones, encuentros y reuniones (no sin que tengan lugar conflictos específicos). Analizada desde dicho punto de vista se trataría de una *poshistoria*.

Así, pues, lo urbano, considerado como "campo", no se concibe simplemente como un espacio vacío cubierto de objetos. Si se da la ceguera, ésta no es debida únicamente al hecho de que los objetos no se perciban y que el espacio parezca hallarse vacío. ¿Lo urbano? Es un campo de tensiones muy complejo; se trata de una virtualidad, un posible-imposible que busca lo realizado, una presencia-ausencia siempre renovada, siempre exigente. La ceguera consiste en que no se ve ni la forma de lo urbano, ni los vectores y tensiones inherentes al campo, su lógica y su movimiento dialéctico, ni la exigencia inmanente; únicamente se ven cosas, operaciones, objetos (funcionales y/o significantes de algo plenamente

realizado). En lo que respecta a lo urbano se da una doble ceguera. El relleno esconde su vacío y su virtualidad. Lo que se confunde más cruelmente al ciego es el hecho de que dicho relleno lleve el nombre de *urbanismo*. Además, el relleno corresponde a una época que concluye, a la industrialización, a los objetos y productos y a las operaciones y técnicas de la industria. Lo urbano, que aparece velado, huye del pensamiento que se ciega y que solamente se centra sobre claridades desfasadas con respecto a lo actual.

Es así como las discontinuidades (relativas) entre lo industrial y lo urbano quedan ocultas y aparentemente desvanecidas (como también lo han sido, y lo son todavía frecuentemente, entre lo rural y lo industrial). En lo que respecta a la industria, sus posibilidades y sus exigencias, si no hubiese habido ceguera, ¿acaso se la hubiera permitido invadir el mundo, destrozar la naturaleza, sembrar el planeta de horrores y de fealdades a lo largo de una historia sangrienta? ¿Acaso habría habido una confianza ciega en su racionalidad? Estas consideraciones podrían parecer utópicas. ¡Y lo son realmente! Sin embargo, ¿qué fue sino *dominar y orientar* el proceso de industrialización lo que pensaron y proyectaron Saint-Simón primero, y luego Marx? Para ambos, no se trataba de asimilar un proceso ciego, manteniéndole en la ceguera, ni se trataba tampoco de limitarse a aportar solamente algo de luz. Hoy en día se oculta la propia realidad urbana, con su problemática y su práctica, y se la reemplaza por una serie de representaciones (ideológicas e institucionales) que llevan el nombre de *urbanismo*. Dicho urbanismo taponar el agujero y llena el vacío. Sobre este tema nos ocuparemos más adelante ⁴.

La confusión existente entre lo industrial (en la práctica y en la teoría, tanto de carácter capitalista como socialista) y lo urbano conduce a subordinar el segundo al primero en la jerarquía de las acciones, considerando lo urbano como efecto, resultado o medio; tal confusión provoca graves consecuencias: conduce a un pseudoconcepto de lo urbano, a saber, *el urbanismo*, a la aplicación de la racionalidad industrial y a la renuncia de la racionalidad urbana.

La transición (que es difícil) tiene, pues, carácter metodológico y teórico, en igual o mayor medida que empírico.

Cada era histórica comporta una forma específica de autoritarismo, de reformismo y de revolución. Asimismo, podría decirse que cada período, cada era o "esfera" incluye sus propias alienaciones y desalienaciones, las cuales se enfrentan en sus respectivos procesos. En lo que respecta al primer campo, la esfera de la agricultura, vimos históricamente crecer y

florecer la familia y la sociedad patriarcales (en la que el esclavismo puede ser considerado como uno de sus aspectos) al que siguió la familia y las relaciones sociales feudales (al menos en Europa, donde el feudalismo tuvo bases territoriales y donde el señor era al mismo tiempo señor "eminente" de un feudo y jefe de una o varias aldeas). Con la transformación de la estructura agraria, generalmente en el sentido de concentrar la propiedad, la historia ha conservado el recuerdo de numerosos movimientos revolucionarios: sublevaciones (locales o generalizadas), motines, bandidaje, cuadrillas de "justicieros" animados por las más diversas ideologías, místicas en la mayoría de los casos. Finalmente, la concentración de la propiedad entre las manos de los señores feudales, ya aliados, ya rivalizando entre sí, y más adelante entre las manos de una burguesía también aliada o rivalizando con los señores feudales, ha dado lugar a los proyectos de *reforma agraria*. El "hambre de tierra", unido a un programa que pretendía una amplia transferencia de la propiedad, ha dado impulso a una serie de movimientos revolucionarios que han transformado toda la sociedad: revolución francesa de 1789, revolución rusa de 1917 y las revoluciones china y cubana.

En lo que respecta al período de la industrialización, ésta ha provocado un *paternalismo* por parte del director de empresa (patrón), tan sobradamente conocido que no insistiremos en ello. Se ha dado, y se da aún, el caso de que el patriarcalismo (campesino) y el paternalismo (industrial) se superponen y se apoyan mutuamente, a fin de lograr la figura del perfecto Jefe de Estado. Como la industrialización plantea importantes exigencias (acumulación de capital, aprovechamiento de todas las riquezas de la nación, organización planificada que extienda a todo el país la racionalización propia de la empresa), ello conduce a unas consecuencias políticas de carácter contradictorio: revoluciones por una parte y autoritarismo por otra, llegando ambos fenómenos a incidir en los llamados países socialistas. Reformas y revoluciones provocadas por los procesos de industrialización y que, ligadas y confundidas, caracterizan el período que actualmente concluye.

Hoy día comienzan a manifestarse con ímpetu los síntomas del paso al período urbano. Un tipo de paternalismo urbano, todavía escondido tras las imágenes de tiempos precedentes, causa estragos; los "notables" urbanos que detentan la autoridad se adornan con el doble prestigio de Padre y de Capitán de la industria. La reforma urbana, que liberaría el suelo de las servidumbres de la propiedad privada (y en consecuencia de la *especulación*) tiene' ya un alcance revolucionario. Continentes enteros

sustituyen las anteriores formas de acción revolucionaria por la guerrilla urbana, cuyos objetivos políticos conciernen a la vida y la organización urbanas (sin poder omitir ni resolver, no obstante, los problemas de la organización industrial y de la agricultura, que se superponen). Lo que ahora se inicia es el período de las revoluciones urbanas.

Es así como queda confirmada la validez de la concepción de los tres campos sucesivos en el tiempo histórico.

Puede añadirse que el último campo que nace, que emerge, actúa simultáneamente como *catalizador y analizador* del campo, o mejor, de los campos preexistentes (el agrario y el industrial). El campo de lo urbano precisa y concreta unos rasgos que permanecían difusos y confusos. A través de una notable *reactivación* (por ejemplo, en los países de América del Sur) arroja luz sobre los conflictos sin resolver, sobre las contradicciones. En la misma medida la ascensión de la industrialización, con sus nuevas relaciones de producción (capitalistas), puso al descubierto el carácter de la sociedad rural (y feudal), cuyas relaciones aparecían, para los que las "vivían" sin conocerlas, enmascaradas por una turbia transparencia.

La jerarquía de dicha sociedad (considerada entonces como relaciones de parentesco y de vecindad) y la explotación (considerada entonces como relación de protección, como subordinación de la comunidad al señor "justiciero") se mostraron como lo que realmente eran. Igualmente hoy día *lo urbano pone en evidencia lo industrial* y lo presenta como una jerarquía acompañada de una refinada explotación. *Los centros (urbanos) de decisión* iluminan en la práctica estas complejas relaciones. Las proyectan en el suelo, diferenciando claramente la actividad organizadora de "aquellos que toman decisiones", apoyados por los que poseen y controlan los medios de producción, de la pasividad de los "sujetos" que aceptan dicha dominación. Podría añadirse (si bien ello nos obligaría a estudiarlo a fondo) que las sociedades que han realizado su proceso de industrialización sin padecer una crisis, padecerán dicha crisis durante el proceso de urbanización; tanto la industrialización como la urbanización podrían, en tanto que causas de conmociones sociales, confundirse, sucederse o bien desfasarse. Sería interesante analizar desde dicha perspectiva la actual situación que atraviesan los Estados Unidos, Sudamérica, Asia "no socialista", etc.

A lo largo de este vasto proceso de transformación, el espacio muestra cuál es su verdadero carácter (que, por otra parte, nunca ha perdido): a) un espacio político, ámbito y objeto de diversas estrategias; b)

una proyección del tiempo, que a su vez actúa sobre él, lo cual hace posible su dominación y, en consecuencia, la terrible explotación a que se le somete actualmente. Lo cual es anuncio de la ruptura del eje tiempo-espacio.

3. El fenómeno urbano

Después de haber presentado *lo urbano* (ya no decimos la ciudad) y ante unas imágenes y unos conceptos que van perfilándose, vamos a analizar el fenómeno tal y como se ofrece al conocimiento de aquel que estudia lo "real". (Las comillas de la palabra real indican una reserva y una precisión: lo posible forma parte de lo real y le da sentido, es decir, la dirección y la orientación, la vía abierta hacia el horizonte.)

El fenómeno urbano, hoy día, llama la atención por su enormidad; su complejidad rebasa los medios normales del conocimiento y los instrumentos de la acción práctica. Hace casi evidente la teoría de la *complejificación*, según la cual los fenómenos sociales van de una cierta complejidad (relativa) a una complejidad mayor. Teoría que nace de las ciencias llamadas "de la naturaleza" y de la teoría general de la información, pero que se desplaza hacia la realidad social y su conocimiento.

Las relaciones sociales no son nunca simples, ni siquiera en una sociedad arcaica. El esquema cartesiano de la simplicidad originaria y de la complicación obtenida combinando elementos más simples debe ser abandonado. La teoría de la complejificación puede parecer filosófica e incluso idealista (ideológica). De hecho está apoyada en numerosos argumentos científicos. Los "elementos" que el análisis descubre tal y como

son y que constituyen su orden interno (su consistencia, su coherencia) se presentan frecuentemente en un desorden que proporciona una información relacionada con la redundancia (repetición del orden, de la agrupación ya constituida y constatada de una serie de unidades discretas o elementos inventariados). Quien dice *información* dice sorpresa, variedad creciente, *desorden* del que surge una nueva inteligibilidad, una nueva redundancia, otro orden nuevo y más complejo¹.

El fenómeno urbano utiliza en primer lugar unos métodos descriptivos de gran variedad. La ecología describe "el habitat", las unidades de vecindad, las formas de relaciones (primarias entre vecinos, secundarias o ampliadas, en un contexto más amplio). La descripción fenomenológica, más sutil, se ocupa fundamentalmente de las relaciones entre los ciudadanos y el medio; estudia el entorno, las disparidades del espacio, los monumentos, las tendencias y los horizontes de la vida urbana. La descripción empírica insiste sobre la morfología; se interesa con exactitud por lo que contemplan y lo que hacen las gentes en un marco urbano determinado, ya sea en alguna ciudad pequeña o en el panorama de una megalópolis (ciudad en explosión y que constituye, sin embargo, un conjunto administrativo y político con funciones urbanas, aunque hayan desaparecido las antiguas formas y estructuras).

Estos métodos evidencian ciertos aspectos y rasgos característicos del fenómeno urbano, sobre todo su importancia y complejidad, de las que ya hablamos anteriormente.

Podemos preguntarnos si la utilización de estos métodos nos permitirá conocer dicho fenómeno urbano más exacta y profundamente. A partir de un determinado punto, la descripción, incluso muy meticulosa, no es suficiente. Nos hallamos en los límites de la morfología y de la ecología.

La descripción no alcanza ciertas *relaciones sociales*, aparentemente abstractas con respecto a lo dado y lo "vivido", que parecen concretas, pero que son solamente inmediatas, por ejemplo, las relaciones de producción y de cambio, el mercado o, mejor, los mercados. Estas relaciones son a la vez legibles y no legibles; visibles-y no visibles. Se proyectan sobre el terreno en diversos lugares: la plaza del mercado, las Bolsas de comercio, de valores o de trabajo, etc. Esta proyección permite señalar las relaciones, pero no permite asimilarlas. Una vez aprehendida a este nivel, la realidad urbana aparece diferente: como sede de múltiples mercados; por ejemplo, el de productos agrícolas (locales, regionales o nacionales) o el mercado de productos industriales (almacenados, manufacturados y distribuidos en la misma ciudad o en su zona de

influencia), el de capitales o el de trabajo, sin olvidar el de viviendas y el de solares para la construcción. Sin omitir el de obras de arte y el de pensamiento, el de los signos y símbolos.

Sin embargo, ello no basta para definir por sí solo lo urbano, ya que no es solamente un lugar de paso y/o de transacciones. La realidad urbana no está ligada únicamente al consumo, o al sector "terciario", o a los canales de distribución. Interviene en la producción y en las relaciones de producción. Los límites de la descripción bloquean en este punto concreto nuestro pensamiento, ya que eludimos la verdadera dimensión del problema, evitando preguntas cruciales; por ejemplo, la del centro y la centralidad, con el consiguiente riesgo de justificar, ya sea la degradación de los centros, ya sea su fortalecimiento "elitista" y autoritario. Con lo que sustituimos, sin advertirlo, la descripción por una ideología. Es necesario pasar de la fenomenología al análisis, de la lógica a la dialéctica. Para darnos una idea de las dificultades que un análisis a este nivel lleva consigo, citemos un estudio del Instituto de Sociología Urbana. Este estudio ha intentado descomponer el fenómeno urbano en factores, en indicadores y en índices, basándose en los datos más elementales: el número de habitantes por hectárea, la antigüedad de los edificios, *etc.*, para llegar poco a poco a otros más sutiles: tasa de natalidad, formación de la mano de obra especializada, *etc.* El número de índices así elaborados ha sido de trescientos treinta y tres, cifra arbitraria en la que se ha detenido un análisis que habría podido continuar cada vez más detallado. Después de reducir los índices a los más característicos (unos cuarenta), el conjunto resultaba todavía de difícil manejo, incluso para un ordenador. El fenómeno urbano se presenta, pues, como una realidad global (o, mejor dicho, *total*), que afecta al conjunto de la práctica social.

Esta globalidad no puede ser apprehendida inmediatamente. Conviene ir avanzando por niveles, paso a paso, en busca de la totalidad. El trabajo es penoso. En cada momento es necesario tomar precauciones para evitar obstáculos, tanto más cuanto que cada avance va acompañado de una interpretación ideológica que inmediatamente se convierte en una *práctica limitadora y parcial*. Tomemos como ejemplo de lo dicho el hábito, muy extendido, de subordinar la realidad urbana a la planificación general y confundir desarrollo industrial con progreso social, haciendo desaparecer el espacio urbano específico.

No concebir el espacio sino como un vacío homogéneo en el que se colocan objetos, individuos, máquinas, locales industriales, canales y redes de distribución, *etc.*, puede que sea muy lógico y racional, pero lleva a una

política que destruye los *espacios diferenciales* de lo urbano, impidiendo su habitabilidad.

Cada ciencia especializada selecciona en el fenómeno global un cierto "campo" o "ámbito", su propio campo. Ámbito que enfoca a su manera. Lo que no tenemos por qué hacer es elegir entre la tesis que preconiza la fragmentación y aquella que preconiza la visión global. Además, cada ciencia se fragmenta en disciplinas especializadas en segundo grado. En la sociología se incluyen la sociología política, la económica, la rural, la urbana, etc. Las ciencias especializadas operan, pues, analíticamente; son consecuencia de un análisis y a su vez dan lugar a análisis nuevos. En lo que concierne al fenómeno urbano considerado globalmente, la geografía, la demografía, la historia, la psicología, sin olvidar la sociología, aportan los resultados de un procedimiento analítico. Sería injusto omitir los descubrimientos del biólogo, del médico y del psiquiatra, así como los del novelista y del poeta. La geografía estudia en particular el lugar de la aglomeración y su situación en un territorio regional, nacional o continental; asociados con él aparecen el climatólogo, el geólogo y el especialista de la flora y de la fauna que aportan también informaciones indispensables. El demógrafo estudia la población, su origen, la "sex ratio", la tasa de natalidad, las curvas de crecimiento, etc. ¿Qué estudia el economista interesado por la realidad urbana o por los fenómenos generales del crecimiento? Objetivos no le faltan: producción y consumo en el marco urbano, distribución de las rentas, sectores y clases sociales, tipos de crecimiento, estructura de la población (activa o pasiva, "secundaria" o "terciaria", etc.). El historiador se preocupa de la génesis de tal aglomeración, de los acontecimientos y de las instituciones que la han marcado. Y así sucesivamente. Sin los planteamientos progresivos y regresivos (en el tiempo y en el espacio) del análisis, sin esos múltiples cortes y fragmentaciones, es imposible concebir la *ciencia del fenómeno urbano*. Sin embargo, los fragmentos no constituyen un conocimiento total.

Cada descubrimiento en estas ciencias parciales permite un análisis nuevo del fenómeno total. Aparecen y se revelan aspectos nuevos o elementos de la totalidad. Es posible que a partir de la teoría de las interacciones jerarquizadas (homeóstasis) se definan ciertas realidades urbanas, sustituyendo así el viejo organicismo y su finalidad ingenua por conceptos más racionales. A partir de la teoría formalizada de los "grafos" es posible elaborar modelos de espacio urbano (por ejemplo, los trabajos de Christopher Alexander: *Ar chite dure, Mouvement, Continuité*, 1967, núm. 1). Desde el punto de vista metodológico, es posible abordar el fenómeno

urbano por las propiedades *formales* del espacio antes de estudiar las contradicciones entre el espacio y los contenidos, es decir, emplear el método dialéctico.

La lingüística ha hecho recientemente grandes avances, lo cual ha permitido deducir una noción importante, la del *sistema de signos* (y de significaciones). Nada impide considerar el fenómeno urbano con este método y a partir de este enfoque. El hecho de que la ciudad y el fenómeno urbano sean ricos (o pobres) de signos, de significaciones y de sentidos no deja de ser interesante. La idea de que la ciudad y el fenómeno urbano constituyen *un sistema* (definible por signos, comprensible a partir de un modelo lingüístico, como el de Jakobson, el de Hjelmslev o bien el de Chomsky) es una tesis dogmática. El concepto de "sistema de signos" no incluye al fenómeno urbano; si hay lenguaje de la ciudad (o lenguaje en la ciudad), si hay palabra y "escritura urbanas", es decir, posibilidad de estudios semiológicos, la ciudad y el fenómeno urbano no se reducen ni a un solo sistema de signos (verbales o no) ni a una semiología. La *'práctica urbana* desborda estos conceptos parciales y en consecuencia su teoría. Esta práctica nos enseña, entre otras cosas, que se producen signos y significaciones para venderlos, para consumirlos (por ejemplo, la retórica publicitaria del agente inmobiliario). Por otra parte, no hay en la ciudad y en el fenómeno urbano un (único) sistema de signos y de significaciones, sino que hay *varios*, a diferentes *niveles*: 1) El sistema de las modalidades de la vida cotidiana (objetos y productos, signos de cambio, de uso, de desplazamiento de la mercancía y del mercado. Signos y significaciones del *habitar* y del *habitat*). 2) El sistema de la sociedad urbana en su conjunto (semiología del poder, de opulencia, de la cultura considerada globalmente o en su fragmentación). 3) El sistema del espacio-tiempo urbano particularizado (semiología de los rasgos propios a tal ciudad, a su paisaje y a su imagen, a sus habitantes). Si en el espacio urbano no hubiera, unido a los objetos o a los actos, nada más que un solo sistema de signos, este sistema dirigiría todo, y no podríamos desembarazarnos de él. Pero ¿cómo habríamos entrado en él? Sean cualesquiera los límites de la semiología aplicada a la realidad urbana, es digno de destacar que los últimos avances de una ciencia revelan aspectos nuevos de esta realidad. Enfocada desde dicha perspectiva, la investigación no ha hecho más que comenzar. Sin embargo, plantea cuestiones que no se pueden separar de la "problemática urbana", pero que se las debe caracterizar.

Consideremos al estilo "clásico" y ya conocido el acto de la palabra, el acontecimiento. El análisis (después de Saussure) distingue en tal acto a

la palabra como manifestación de la lengua, y a la propia lengua como un *sistema*. La manifestación actual (el acontecimiento: yo dirijo la palabra a alguien) tiene como condición la existencia del sistema, su existencia *virtual*. Lo que permite la comunicación, o sea, el acto de la comunicación, en tanto que conjunto de operaciones (código, interpretación) son una serie de reglas: fonológicas, morfológicas, gramaticales, semánticas, léxicas, etc. Estas reglas permiten construir —producir— unos conjuntos (frases) comprensibles. Este conjunto es colectivo, mientras que el acto (acontecimiento) es individual. Tiene una forma coherente (sistemizada, inteligible). Ahora bien, este conjunto sistemático, explorado desde Saussure a Chomsky, dirige el nivel del acto (del acontecimiento) sin manifestarse nunca totalmente. Lo mismo da que haya una sucesión banal de palabras que un encadenamiento sutil, el sistema es el mismo. Los locutores lo emplean sin saberlo, pero tampoco lo ignoran. Las frases producidas tienen cualidades muy diferentes (expresiones, encadenamientos, relación a las referencias lógicas o práctico-sensibles). Cada interlocutor conoce su lengua; no tiene necesidad de explicar las reglas y las emplea a su aire. La eficacia del conjunto sistemático tiene como condición la *ausencia* del sistema al nivel de los efectos, del acto, del acontecimiento. Sin embargo, su *presencia* se manifiesta, tiene distintos grados. La acción del sistema se ejerce a través de una *presencia-ausencia*. La comunicación no es posible más que cuando el "sujeto" parlante, el locutor cotidiano, queda *ciego* en relación con aquello que determina y estructura su discurso: la lengua, sus paradigmas, sus estructuras sintácticas. Si reflexiona, entra de lleno en el metalenguaje. Y, por tanto, la lucidez determina la calidad del discurso. El sistema se desarrolla en la conciencia y la ilumina más o menos, mejor o peor. La ocultación necesaria no puede ser total y el conocimiento acaba con ella. En la *música* y en el *lenguaje* se produce el mismo fenómeno. El efecto, impresión y/o emoción, no implica en absoluto el conocimiento de las leyes (de la armonía o de la composición).

¿Se puede proponer que lo urbano se conciba sobre este modelo? ¿No será en este sentido virtualidad, presencia-ausencia? Desde esta perspectiva, la lingüística contribuiría al análisis del fenómeno. Y no porque lo urbano sea una lengua o un sistema de signos, sino porque es un conjunto y un orden en el sentido definido por el estudio lingüístico.

Nos hallamos, pues, ante una perspectiva seductora, que no hay que precipitarse a adoptar ligándola a la teoría de los "campos ciegos" y del análisis diferencial. En efecto, no podemos olvidar los límites (descubiertos

por estudios anteriores) de la concepción de la lengua como sistema de elementos *diferenciales* (estrictamente determinados y definidos por sus diferencias). Esta teoría admite que toda *significación* surge de un proceso de diferenciaciones, en el que los elementos (las unidades discretas constitutivas) reciben una determinada significación oponiéndose o combinándose, pero no significan nada por sí mismos, excepto en hallarse dispuestos a entrar en este sistema de oposiciones y combinaciones. Así ocurre con los fonemas (sonidos marcados en las lenguas occidentales por letras) y los demás signos en tanto que arbitrarios. Y también con las "palabras". Aquí surge una dificultad considerable. La teoría surgida por los trabajos de Saussure, de Troubetskoi" y de sus discípulos, ¿acaso puede ser mantenida cuando los *sentidos* se constituyen a partir de *relaciones entre unidades y anteriormente significantes*²? El postulado de Saussure propone una regla según la cual el análisis establece *distancias diferenciales* en el interior del objeto, recortándolo y reconstruyéndolo de manera inteligible. ¿Es posible establecer esto en el caso de las unidades *ya* significantes? ¿Se puede borrar la distancia (casi institucional) entre los datos de lo "vivido", es decir, de la práctica social, y su propio relato? ¿Entre la realidad y su descripción, o "transcripción"? Quizás, en la medida en que los elementos que ya tienen un significado se reagrupan en nuevas oposiciones, formando encadenamientos bien determinados. ¿Es éste el caso de lo urbano? En él se reagrupan los elementos que provienen del campo y de la industria. Sin embargo, es necesario preguntarse, ¿es lo urbano en sí un aglutinante de estos elementos dispersos?

Las conocidas oposiciones: el centro y la periferia, lo abierto y lo cerrado, lo alto y lo bajo, etc., ¿constituirían paradigmas y/o sintagmas de lo urbano? Es posible. Solamente un estudio profundo podría decir si la relación que existe entre *decurso* y *discurso* tiene validez y cuál es la importancia y los límites de una puesta en forma semejante. Sin duda, es necesario volver a adoptar y a matizar la noción de la *diferencia*, tal y como los lingüistas y la lingüística la han elaborado, a fin de comprender lo urbano como *campo diferencial* (tiempo-espacio).

Esta complejidad hace necesario una cooperación interdisciplinaria. El fenómeno urbano, tomado en toda su extensión, no es objeto de ninguna ciencia especializada. Incluso si aceptamos como principio metodológico que ninguna ciencia renuncie a sí misma y que, por el contrario, cada ciencia, cada especialidad, debe llevar hasta el límite la utilización de sus propios recursos para comprender el fenómeno globalmente, ninguna de dichas ciencias podría abarcar el problema ni tampoco dominarlo. Sin

embargo, nada más plantear esta cuestión comienzan las dificultades. ¿Quién puede ignorar las decepciones que provocan las reuniones llamadas "interdisciplinarias" o "pluridisciplinarias"? Las ilusiones y mitología de la investigación así denominada han sido denunciadas en numerosas ocasiones. A veces, diálogos sordos; otras veces, pseudoencuentros sin terreno de diálogo. El primer problema de tales reuniones es el de la terminología; dicho de otra manera, el del lenguaje. Raramente los participantes se ponen de acuerdo sobre los términos y palabras de sus discursos y, más raramente todavía, sobre los conceptos. En cuanto a las tesis y teorías, lo que se descubre en general son sus incompatibilidades. Confrontaciones y enfrentamientos se les quiere hacer pasar por éxitos, y, sin embargo, las discusiones se sitúan la mayoría de las veces al margen de las controversias. Supongamos que se llega a definir "objetos"; pues bien, casi nunca se emplea la conocida regla de sustituir lo definido por la definición, sin por ello perder la lógica. La dificultad metodológica y teórica aumenta cuando en el curso de tales reuniones se constata que cada uno busca la síntesis, considerándose a sí mismo "hombre de síntesis". En ocasiones la investigación llamada interdisciplinaria queda abierta, o, mejor dicho, vacía, y sin conclusión. Otras veces concluye pero en una pretendida síntesis. Es verdad que el fenómeno urbano, como *realidad global*, exige urgente y apremiante-mente que se aglutinen los conocimientos fragmentados, pero esta síntesis es difícil o casi imposible. Los especialistas no conciben esta síntesis si no es en su propio terreno, a partir de sus supuestos, utilizando su terminología, sus conceptos y tesis. Sin darse cuenta dogmatizan y tanto más cuanto mayor es su competencia. Asistimos regularmente a la reaparición del imperialismo científico, el de la economía, el de la historia, la sociología, la demografía, *etc.* Cada sabio concibe las otras "disciplinas" como sus auxiliares, sus vasallos, sus siervos. Pasamos, pues, del provincianismo científico a la confusión y al "babelismo". A lo largo de los llamados encuentros interdisciplinarios, pronto resulta imposible mantener las especialidades sin separación, o la unidad sin mezclas. Se llega a compromisos mediocres por fatiga, porque las jornadas de seminarios y coloquios, y también los créditos, son limitados. La posible convergencia se aleja, pues, hasta perderse de vista...

El fenómeno urbano manifiesta su *universalidad*. Lo cual sería suficiente para justificar la creación de una *universidad* encargada de su estudio analítico. Hagamos constar que no se trata de reclamar para estos estudios una prioridad absoluta sobre las otras investigaciones y disciplinas ya institucionalizadas: letras y artes, ciencias diversas. Es suficiente con

concebir una facultad que reagrupe en torno al fenómeno urbano todas las disciplinas existentes, tales como las matemáticas (estadística, teoría de los conjuntos, teoría de la información, cibernética), historia, lingüística, así como la psicología y la sociología. Esta concepción exige una modificación de las ideas tradicionalmente aceptadas sobre la enseñanza. Una facultad semejante trabajaría no a partir de un saber adquirido (o supuestamente adquirido), sino en torno a una *problemática*. Paradójicamente, una cierta unidad de conocimiento no puede darse hoy día si no es alrededor de un conjunto coordinado de problemas. El saber que se considera adquirido se fragmenta, cae hecho pedazos a pesar de los piadosos esfuerzos de los epistemólogos (que se limitan a estereotipar los resultados provisionales de la división del trabajo profesional). No obstante, el estatuto de tal institución —universidad o facultad— no se discierne con claridad. El proyecto es seductor, pero esta seducción no puede ocultar sus muchos obstáculos. Se corre el peligro de reproducir en dicha facultad lo que ocurre en los ocasionales encuentros ya descritos más arriba. ¿Cómo conseguir, por ejemplo, que los especialistas superen sus terminologías, su léxico y su sintaxis, su jerga y sus deformaciones profesionales, su tendencia al esoterismo y su arrogancia de propietarios de un terreno intelectual? El imperialismo sigue siendo la regla general. Esto está planteado hoy día en el terreno de la lingüística y de la etnología, como ayer en el de la economía política. ¿Cómo lograr que los especialistas no quieran obtener para sus especialidades —es decir, para ellos— los puestos de mando? Es de todos conocido que quien no actúa con táctica hábil se ve reducido a un papel secundario o al silencio. La creación de una facultad de urbanismo (o de "urbanología" o "politología", espantosos neologismos) no resolvería como podríamos suponer ingenuamente ni el problema interdisciplinario ni el problema de la síntesis final, ni tampoco podría realizar un análisis exhaustivo del fenómeno urbano. Además, ¿cabe acaso un análisis exhaustivo de dicho fenómeno, o bien de cualquier realidad?

Podemos afirmar que cuanto más se penetra en una ciencia más evidente se hace en ella un residuo, que escapa al análisis, pero que aparece como esencial y hace surgir nuevos métodos. Así el economista se encuentra delante de "algunas cosas" que se le escapan. Para él esto es lo "residual". Pero estas "cosas" implican psicología, historia, etcétera. Con gran frecuencia, los nombres y los no-nombres revelan dramas que no les pertenecen. El especialista se lava las manos. Ni la psicología, ni la sociología, ni la historia, que posan sus miradas sobre estos dramas, logran agotarlos o reducirlos a un saber definido y definitivo. No hacen de ellos

conceptos conocidos y clasificados. Esto sería válido para el trabajo social, la actividad productora en la industria, la racionalidad e irracionalidad política. Y, en mayor medida si cabe, sería válido para el fenómeno urbano, "número y drama". La ciencia de este fenómeno sería, por tanto, fruto de la convergencia de todas las ciencias. Así es. Pero si cada disciplina pone de manifiesto un residuo, pronto se proclama irreductible en relación con las otras ciencias. La diferencia va a coincidir con la irreductibilidad. Y esto, a su vez, plantea la cuestión misma de la convergencia. O bien se afirmará la irreductibilidad del fenómeno urbano en relación con el conjunto de las ciencias fragmentarias, incluida la del "hombre" o la de la "sociedad", lo que encierra evidentemente muchos riesgos, o bien se identificará al hombre (en general), a la sociedad (en general) o al fenómeno urbano con el conjunto residual. Esto, que tiene un interés teórico evidente, comporta también numerosos riesgos: irracionalidad, etc. El problema queda planteado así: ¿cómo pasar de los conocimientos fragmentarios al conocimiento total?, ¿cómo definir esta exigencia de *totalidad*?

Se puede también suponer que la complejidad del fenómeno urbano no es la de un "objeto". Esta noción de objeto (de una ciencia), ¿está verdaderamente bien planteada? Cabe preguntárselo. Al menos en apariencia, este objeto como finalidad de conocimiento de la ciencia es más preciso, más riguroso que la noción de "ámbito" o "campo", pero encierra peligrosas complicaciones. El objeto se considera, o es considerado, como algo real, de cara al estudio y para el estudio. Se puede decir que no hay ciencia sin objeto ni objeto sin ciencia; pero ¿podemos afirmar que la economía política o bien la sociología o la historia investigan, poseen o construyen un objeto aislable? ¿Podemos decir que la economía urbana, la sociología urbana o la historia de la ciudad tienen su sujeto? Creemos que no, tanto más cuanto que el objeto "ciudad" sólo tiene existencia histórica. ¿Podemos concebir que el conocimiento del fenómeno urbano —o del espacio urbano— consiste en una colección de *objetos*, el de la economía, el de la sociología, el de la historia especializada, sin olvidar la demografía, la psicología y las ciencias de la naturaleza, por ejemplo la geología, etc.? No. La noción de objeto científico, cómoda y fácil, implica una voluntad simplificadora que esconde, quizá, otra voluntad: una estrategia de fragmentación que pretende proclamar un modelo unitario y sintético, por lo tanto autoritario. Un objeto se aísla, incluso si se le concibe como un sistema de relación al que se le añaden sus relaciones con otros sistemas. ¿No será la voluntad de sistema la que se oculta bajo el concepto, aparentemente "objetivo", de objeto científico? El sistema, al constituirse,

busca constituir su objeto y este objeto constituido es el que más tarde legitimará al sistema. Actitud tanto más inquietante cuanto que el sistema considerado puede ser concebido como un sistema *práctico*. En la actualidad, el concepto de ciudad ya no corresponde a un objeto social. Sociológicamente es, pues, un seudoconcepto. Sin embargo, la ciudad tiene una existencia histórica imposible de borrar. Existen todavía y por mucho tiempo ciudades pequeñas y medianas. Una imagen o representación de la ciudad puede prolongarse, sobrevivir a sus condiciones, inspirar una ideología y proyectos urbanísticos. Dicho de otra forma, el "objeto" sociológico "real" está constituido por la imagen y sobre todo por la ideología.

Hoy día la realidad urbana aparece más como un caos y un desorden —con su futuro orden potencial— que como un *objeto*. ¿Qué alcance tiene, cuál es la función de lo que llamamos urbanismo? Existen urbanistas, sean o no arquitectos. Si ellos conocen ya el orden urbano no necesitan una ciencia, su propio urbanismo contiene ya dicho conocimiento; toma el objeto y lo encierra en su sistema de acción. Por el contrario, si no conocen el orden urbano, oculto o en formación, necesitan una ciencia nueva, pero entonces ¿qué es actualmente el urbanismo? ¿Una ideología? ¿Una práctica incierta y parcial que pretende ser global? ¿Un sistema que implica elementos técnicos y cuenta con el poder para imponerse? ¿Un cuerpo pesado y opaco? ¿Un obstáculo en el camino? ¿Un modelo falso? Hay que preguntarlo y exigir una respuesta clara y concisa.

La realidad del fenómeno urbano sería la de un *objeto virtud*, más que la de un objeto dado que se ofrece a la reflexión. Si existe un concepto sociológico, éste es el de la "sociedad urbana" y, sin embargo, este concepto no es solamente sociológico.

La sociedad urbana, con su orden y su desorden específicos se halla en formación. Esta realidad abarca una serie de problemas: la problemática urbana. ¿Cuál es el alcance de este fenómeno? El proceso de urbanización, ¿hacia dónde arrastra a la vida social? ¿Qué nueva práctica global, o qué prácticas parciales implica? ¿Cómo dominar teóricamente el proceso y cómo dominarlo prácticamente? y ¿hacia dónde? Tales son los problemas que se le presentan al urbanista y que éste a su vez plantea a los especialistas, los cuales no saben responder, y cuando lo hacen no van más allá de la palabrería.

La práctica social, para llegar a ser global, para superar sus incoherencias, exigiría una síntesis. El mejor ejemplo lo tenemos en la práctica industrial que ha adquirido un alto grado de coherencia y eficacia

gracias a la programación y la planificación. La práctica urbanística quiere seguir su ejemplo. Pero la investigación interdisciplinaria, si procede analíticamente, debe ser prudente en el camino de la síntesis, en términos más exactos debe evitar las extrapolaciones. Se (¿quiénes?: los teóricos y los prácticos, los conceptualizadores y los utilizadores) pide voz en grito el hombre de síntesis. Nunca dejaremos de repetir que esta síntesis no puede ser obra de sociólogos, ni de economistas, ni de ningún otro especialista. Arquitectos y urbanistas, intentando eludir, como pragmáticos, el imperialismo de los especialistas pretenden para ellos este papel; ¿por qué?, porque dibujan, porque tienen *savoir-faire*, porque ejecutan en planos y proyectos. Pero su pretensión es excesiva. En realidad caen en la situación arriba descrita. El imperialismo de la técnica, del dibujo o del dibujante no tiene nada que envidiar al del economista o al del demógrafo, por no hablar del de los sociólogos. El conocimiento no puede reducirse a un *savoir-faire* ni a un conjunto de técnicas. El conocimiento o es teórico, provisional, revisable y discutible, o no tiene ningún valor. Ahora bien, el "algo" o el "alguien" existen. El saber escapa al dilema "o todo o nada". En cuanto a la pretensión de hacer una síntesis de cualquier técnica o práctica parcial (por ejemplo, la circulación de los coches, las mercancías o la información) basta formular esta ambición tecnocrática para que caiga en pedazos.

¿Podremos someter alguna vez a las computadoras todos los datos del problema? ¿Por qué no? Sin embargo, las máquinas sólo utilizan datos procedentes de cuestiones a las que se responde con un "sí" o un "no". ¿Quién osaría pretender que todos los datos han sido reunidos?, y ¿quién legitimaría la utilización de dicha *totalidad*? ¿Quién demostraría que el lenguaje de la ciudad, suponiendo que tenga alguno, coincide con el del algoritmo, sintol o fortrán, que es el lenguaje de las máquinas, y que la traducción no sería una traición? Por último, la máquina ¿no puede llegar a convertirse en un instrumento al servicio de los grupos de presión y de las ideologías políticas? ¿O acaso no se utiliza ya como instrumento al servicio de los que detentan el poder?

Se podría confiar la síntesis a una investigación de tipo *prospectivo*. Sin embargo, la prospectiva extrapola a partir de los hechos, de tendencias, de un orden ya conocido. Sabemos que el fenómeno urbano se caracteriza hoy en día por una *situación crítica*, en la cual no aparecen con claridad ni tendencias definidas, ni orden. ¿Sobre qué supuestos podemos fundar la prospectiva, es decir, el conjunto de investigaciones concernientes al porvenir, después de haber eliminado los elementos de previsión? ¿Qué

añadirían semejantes investigaciones a la hipótesis formulada anteriormente de la eventual urbanización global, y que, precisamente define la fase crítica en la que nos adentramos? ¿Qué puede añadir de nuevo la *prospectiva* a la *perspectiva* que muestra en el horizonte el encuentro de las líneas aisladas por las ciencias parciales?

Sabemos que estos conocimientos fragmentarios (especializados) tienden hacia lo global, que tienen pretensiones excesivas y que originan prácticas parciales, las cuales, a su vez, pretenden ser globales (por ejemplo, el urbanismo de circulación y vialidad). Sin embargo, estos conocimientos fragmentarios son fruto de la *división del trabajo* que en el ámbito teórico, científico e ideológico tiene las mismas funciones y niveles que en la sociedad. Una diferencia, sin embargo, surge entre la *división técnica* del trabajo (racionalmente legitimada por los instrumentos y el utillaje a través de la organización de la actividad productora en la empresa) y la *división social* que, de esta organización de funciones distintas hace surgir jerarquías y privilegios. Estos problemas no están desligados de la estructura de clases, de las relaciones de producción y propiedad y de las ideologías e instituciones. La división técnica tiene su modelo en la empresa. La división social no puede prescindir de un intermediario esencial: el mercado, el valor de cambio (la mercancía).

La división del trabajo científico se transforma en *instituciones* (científicas y culturales), con sus directivos y aparatos, sus normas y valores y las jerarquías correspondientes. Estas instituciones mantienen las barreras y la confusión. De esta forma el conocimiento descubre instituciones diferentes y también una entidad: la cultura. Nacidas de/en la división social del trabajo, es decir, en el mercado, estas instituciones la sirven, la adoptan al adaptarla. Literalmente trabajan para y en la división social del trabajo intelectual que disimulan bajo las exigencias "objetivas" de la división técnica, transformando en jerarquía de prestigio y de ingresos en funciones de gestión y dirección las relaciones "técnicas" de los distintos sectores y ámbitos, de los procedimientos y los métodos de los conceptos y teorías. Esta vasta operación está basada en las separaciones que ella acentúa al consagrarlas. En semejantes condiciones, ¿cómo alcanzar, o por lo menos pretender, la totalidad? El funcionamiento de estas instituciones culturales y científicas desborda en algunos casos la satisfacción de las necesidades inmediatas del mercado y de la demanda (en técnicos, especialistas, *etc.*), pero su "creatividad" no puede liberarse del dominio de las ideologías relacionadas con el mercado. Estas ideologías, ¿qué son?, igual que las instituciones *superestructuras* elaboradas durante un

determinado período: la industrialización en el seno de un marco social igualmente determinado (capitalismo concurrencial, neocapitalismo, socialismo). Anteayer el capitalismo concurrencial intentaba adaptar a la industrialización superestructuras marcadas por el largo predominio de la producción agrícola de la vida campesina. Ayer y hoy, el neocapitalismo continúa este esfuerzo, que es desbordado por la urbanización de la sociedad. Sucede, sin embargo, que llevando al límite la ilusión y la apariencia, esta institución quiere hacerse cargo de la totalidad, cuando lo que hace es alentar las separaciones y sólo las reúne en una confusión babélica. ¿No será este hoy en día el papel, el juego y la función del *urbanismo* con respecto a la sociedad urbana que aparece en el horizonte? La filosofía clásica y el humanismo tuvieron esta ambición y se mantenían alejados de la división del trabajo (técnica y social), de la fragmentación en conocimientos parciales y de los problemas inherentes a esta situación teórica. La universidad se propuso también, durante varios siglos, asumir la universalidad de acuerdo con la filosofía clásica y el humanismo tradicional. Pero ya no puede conservar esta "función" en la medida en que institucionaliza la división social del trabajo, preparándola, organizándola, insertándose en ella. Adaptar la división técnica del trabajo intelectual y del conocimiento a la división social del trabajo productivo, es decir, a las exigencias cada vez más imponderables del mercado, ¿no es ésta la función reservada hoy día a la universidad? La ciencia se convierte (igual que la realidad urbana) en medio de producción, y esto la politiza. En cuanto a la filosofía nacida de la división del trabajo material y del trabajo intelectual, y consolidada más tarde a pesar y/o en contra de esta separación, ¿puede todavía considerarse y pretender ser total?

Situación difícil. El pensamiento abstracto parecía que había atravesado las peores pruebas y las había superado con fortuna; parecía resucitar en el conjunto de ciencias después del Viernes Santo especulativo (Hegel) y la muerte del Logos encarnado en la filosofía clásica. Por esta razón, Pentecostés es todavía más sorprendente; la "intelligentsia" especializada recibe del Espíritu Santo el don de lenguas, la lingüística asume el papel de ciencia de las ciencias, papel abandonado por la filosofía que, a su vez, creía haber suplantado a la religión. La práctica industrial impone sus exigencias bajo la apariencia de una falsa unidad y de la confusión, que no excluye para nada la fragmentación y los cortes arbitrarios.

Conviene subrayar que el *positivismo* se opone todavía a la filosofía clásica y a sus prolongaciones. El positivismo se adhiere fuertemente a los

hechos que pueden ser estudiados por su ciencia, por su metodología. Se limita a comprobaciones y avanza prudentemente en medio de los conceptos; no confía en las teorías. Existe un positivismo físico, un positivismo biológico, económico o sociológico, dicho de otra manera, un fisicalismo, un biologismo, un historicismo, un economismo, un sociologismo, etc. ¿No existe también un positivismo urbanístico que acepta, que ratifica lo ya realizado?, ¿que constata esto o aquello sin plantear ni plantearse problemas, e incluso prohibiendo, si le es posible, la discusión? ¿No está unido a un tecnocratismo? El pensamiento positivista no se pregunta si las comprobaciones que realiza son fruto de unos cortes o de una iluminación, si tiene o no delante un "objeto". Hay hechos, clasificados y especificados como pertenecientes a tal ciencia o a tal técnica, y la tendencia positivista no ha prohibido jamás el salto del empirismo al misticismo, ni del lenguaje exacto a la jerga (más o menos esotérica). Además, esta tendencia, según la cual la filosofía carece ya de sentido, si es que lo ha tenido alguna vez, no es incompatible con un sólido imperialismo. El especialista afirma la validez exclusiva de su -ciencia, elimina las otras "disciplinas" o las reduce a la suya. De esta forma, el empirismo lógico-matemático quiere imponer a todas las ciencias modelos matemáticos, rechazando los conceptos específicos de estas ciencias. El economismo niega todo nivel de realidad que no sea el de la economía política, el de los modelos de crecimiento. Asistimos desde hace algún tiempo a una admiración por los modelos lingüísticos, como si esta ciencia hubiera adquirido un modelo definitivo o como si este modelo pudiera ser apartado de su lugar de origen, con objeto de conceder a otras disciplinas, la psicología o la sociología, un carácter epistemológico riguroso. Como si la ciencia de las palabras, ya que todo se dice o se escribe con palabras, fuera la ciencia suprema.

De hecho, esta interpretación se sitúa en un terreno preparado de antemano por la filosofía; es ya o todavía filosofía, aunque no en el sentido de la filosofía clásica. Cuando el positivismo quiere extender sus propiedades (su ámbito propio) y su actividad, cuando amenaza con invadir otros territorios, pasa de la ciencia a la filosofía. Utiliza, conscientemente o inconscientemente el concepto de *totalidad*. Ha abandonado lo fragmentario, lo parcelario, en una palabra, lo analítico. Desde el momento en que se exige la síntesis y la totalidad se prolonga la filosofía clásica, aunque separando estos conceptos (síntesis, totalidad) de los contextos y edificios filosóficos en donde surgieron y adquirieron forma. Lo mismo

sucede con los conceptos de sistema, de orden y desorden, de realidad y posibilidad (virtualidad), de objeto y de sujeto, de determinismo y libertad sin omitir la estructura y la función, la forma y el contenido. Transformadas por los conocimientos científicos, ¿pueden estas nociones separarse de toda su elaboración filosófica? Pero esto es asunto de la *metafilosofía*.

La filosofía ha buscado siempre lo total, pero cuando la filosofía ha querido alcanzar o realizar por sí sola la totalidad no lo ha logrado, ha fracasado perdiéndose en abstracciones especulativas. Sin embargo, es esta ciencia la que aporta este concepto y esta visión. Las otras ciencias toman de la filosofía este concepto cuando extrapolan a partir de un conocimiento más o menos adquirido que consideran definitivo y del que desean sacar una regla para conocer todo. El filósofo y la filosofía no pueden nada por sí solos, pero, ¿qué se puede hacer sin ellos? ¿No sería conveniente interrogar al fenómeno urbano partiendo de toda la filosofía, pero teniendo en cuenta los conocimientos científicos? ¿No sería de esta forma como se podría inspeccionar su proceso, su trayectoria, su horizonte y especialmente el "ser del hombre", su realización o su fracaso en la sociedad urbana que se anuncia? Es posible que durante este proceso la filosofía y su historia sean consideradas de otra forma: como proyecto (¿de quién?, ¿del "ser humano"?) la filosofía, ¿no ha sido ya considerada bajo otro aspecto por la industria y la práctica industrial en formación? ¿Por qué no puede adquirir de nuevo, superándolo, el sentido que tuvo en relación a la ciudad y a la urbe, separándose la *metafilosofía* de la filosofía, igual que la sociedad urbana surgió del estallido de la ciudad? Esta mediación no se sitúa fuera de la filosofía ni en la filosofía, sino más allá de la filosofía, como actividad especializada constituida e instituida. Esto es lo que define la *metafilosofía*.

Al situarse más allá de la filosofía, la metafilosofía se libera del discurso institucional que va ligado a la filosofía como institución (universitaria, cultural). En efecto, la filosofía a partir de Hegel se halla *institucionalizada*; es un servicio público al servicio del Estado, y su discurso sólo puede ser ideológico. La metafilosofía se libera de estas servidumbres. ¿Qué entendemos por esta palabra que parece enigmática (y que corresponde, en un terreno totalmente diferente, a la *metafísica* aristotélica)? En primer lugar, que el pensamiento considera los conceptos elaborados por *toda la filosofía* (desde Platón hasta Hegel) y no los conceptos pertenecientes a tal filosofía o a tal sistema. ¿Cuáles son estos conceptos generales? Podemos nombrarlos, enumerarlos: teoría y práctica, sistema y totalidad, elemento y conjunto, alienación y desalienación, etc.

El objetivo no es reconstruir el antiguo humanismo, sospechoso desde que Marx y Nietzsche lo sometieron a la más dura crítica teórica. El problema es saber si la sociedad urbana permite que se elabore un nuevo humanismo, ya que la sociedad llamada industrial, capitalista o no, ha destruido el antiguo. Es posible que la interrogación, planteada por la meditación metafilosófica a partir de la filosofía acabe en un nuevo fracaso. La problemática urbana no puede rechazar *a priori* esta posibilidad sin caer de nuevo en las viejas categorías llamadas idealistas de la fe y el reto.

¿Qué aporta el espíritu de la filosofía? En primer lugar, el espíritu mismo de la crítica radical. Después, una crítica radical de las ciencias fragmentarias. Este espíritu rechaza todo dogmatismo, tanto el de la totalidad como el de su ausencia, tanto las realizaciones de las ciencias parciales y su pretensión de abarcar todo y de iluminar todo, como la limitación de cada una de estas ciencias a un "objeto" claramente definido, a un "sector", un "campo" o "ámbito", un "sistema" considerado como propiedad privada. La crítica radical pretende, pues, un *relativismo* metodológico o teórico, un *pluralismo epistemológico*. Los "objetos" (incluido el *corpus* constituido por y para un estudio particular y, en consecuencia, el fenómeno urbano considerado como *corpus*) son afectados por este relativismo, igual que lo son los modelos, siempre provisionales. Ningún método asegura una "cientificidad" absoluta, teórica o práctica, especialmente en la sociología, sea o no urbana. Ni las matemáticas, ni la lingüística, garantizan un proceso perfecto y definitivamente riguroso. Existen "modelos", pero ninguno de ellos es un modelo acabado ni plenamente satisfactorio, ninguno puede ser generalizado, transportado, exportado o importado sin las mayores precauciones fuera del "sector" en el que ha sido construido. Se dice que la metodología de los modelos adopta y afina la metodología de los conceptos. Existen conceptos específicos, propios de cada ciencia parcial; ninguno define completamente un "objeto" trazando sus contornos, captándole en su totalidad. La realización de un objeto semejante comporta grandes riesgos, incluso si el analista construye "objetos", éstos son provisionales y fruto de una reducción. Existen, pues, múltiples modelos, que no componen un conjunto coherente y acabado. La construcción de modelos en general, cada modelo en particular, no escapan a la crítica. El modelo sólo vale si se le utiliza, y utilizarle consiste primero en medir la distancia entre los modelos, entre cada uno de ellos y la realidad. La reflexión crítica tiende, pues, a substituir la construcción de modelos por la

orientación, que abre *caminos* y descubre un *horizonte*. Esto es lo que nosotros proponemos: no construir un modelo, sino abrir un camino para llegar a él. La ciencia, o mejor, las ciencias, avanzan de la misma manera que se construyen carreteras o se conquista terreno al mar. ¿Cómo puede existir un "corpus" científico (*corpus scientiarum*), un solo "corps" definitivamente adquirido, núcleos inamovibles? Es confundir la formación y la axiomatización con la investigación experimental y teórica, empírica y conceptual utilizando, en consecuencia, *hipótesis* verificables, por lo tanto falsificables (cf. R. Boudon: *A quoi sert la notion de structure*, pp. 119 y ss.), por lo tanto revisable y con parte de ideología. Aquello que parece demostrado se transforma, aparece y/o aparecerá de otra manera, incluidos los axiomas y las formas que la reflexión deduce en toda su pureza. La crítica radical descubre tarde o temprano una ideología en cada modelo y quizá en la misma "cientificidad".

Hoy en día el espíritu de la filosofía permite destruir el *finalismo*. El finalismo tradicional procedente de la filosofía, y más exactamente de la metafísica, se hunde bajo los golpes de la crítica. Para el devenir histórico, y frente a la acción, no existe una meta definida, prefabricada, por lo tanto, alcanzada de antemano por un dios o en su nombre, por una idea o por un espíritu absoluto. No hay objetivo planteado como objeto y por tanto real desde el momento que se plantea. Por el contrario, no hay imposibilidad previa para una meta pensada, para un objetivo considerado racionalmente como sentido de la acción y del devenir. No existe síntesis realizada de antemano. No existe una totalidad original y final con relación a la cual cualquier situación, cualquier acto y cualquier momento relativos serían alienados-alienantes. - Por el contrario, nada que prohíba la exigencia, la voluntad y el concepto de lo total, nada que limite el horizonte, excepto la actitud alienante-alienada que decreta la existencia exclusiva, teórica y práctica, de una *cosa*. Lo urbano (la sociedad urbana) no es el fin prefabricado, el sentido de una historia que avanza hacia él, la historia prefabricada (¿por quién?) para realizar este fin. La sociedad urbana sólo aporta el fin y el sentido de la industrialización en la medida en que nace de ella, la engloba y la encamina hacia *otra cosa*. En este sentido, la finalidad deja de ser un concepto metafísico, ingenuamente histórico. ¿De quién y de qué puede nacer la totalidad? De una estrategia y de un proyecto que prolongan en un nuevo terreno la antigua filosofía. De esta forma, el filósofo (o mejor dicho, el *metafilósofo*) no pretende ya aportar la

finalidad, la síntesis, la totalidad. Rechaza la filosofía de la historia y de la sociedad en la misma medida que rechaza la metafísica y la ontología clásicas. Interviene para recordar la exigencia de totalidad, es decir, la imposibilidad de aceptar la fragmentación y ratificar la separación. Critica radicalmente el finalismo en general, pero también los finalismos particulares, el economismo, el socio-logismo, el historicismo. La filosofía transformada en meta-filosofía no muestra ya una realidad acabada o extraviada: el "hombre". Señala un camino, una orientación. Deja de ser el terreno en el que se realiza la marcha del tiempo, aunque provee de instrumentos conceptuales para trazar el camino hacia este horizonte. Muestra la amplitud de la problemática y sus contradicciones inmanentes, entre las que destaca la relación entre una racionalidad que se afirma, se desarrolla y se transforma, y la vieja finalidad que se derrumba. Ahora bien, la racionalidad parecía implicar el finalismo y, efectivamente, lo implicaba en las concepciones especulativas del universo. Si la racionalidad debe elevarse desde la especulación a la práctica racional global, desde la racionalidad industrial a la racionalidad urbana, será resolviendo esta contradicción inmanente. ¿La meta? ¿El fin? Se conciben, se proyectan, se declaran y sólo pueden ser alcanzados si permiten la más comprensiva estrategia.

Las discusiones actuales sobre el hombre, lo humano y el humanismo utilizan en términos poco originales los argumentos de Marx y de Nietzsche contra la filosofía clásica y sus implicaciones. El criterio que predomina en estas controversias, el de la coherencia racional que substituiría al de la armonía y al de la "escala humana", corresponde sin duda alguna a una necesidad. La sociedad actual desemboca en un caos tal, que reclama a voz en grito la coherencia. Pero no está demostrado que la coherencia racional logre resolver el caos. El camino que se abre es el de la reconstrucción de un humanismo en, para y por la sociedad urbana. La teoría desbroza el camino a este "ser humano" en formación, y por tanto, hecho y valor. Este "ser" tiene necesidades. Hace falta un análisis de estas necesidades, lo que no significa que se pueda elaborar una filosofía de la necesidad, aunque pretenda ser marxista, sociológica, psicológica o racionalidad industrial. Por el contrario, más que un estudio "positivo" de las necesidades a fin de constatarlas y clasificarlas, este conocimiento podría construirse a través del análisis de los errores, de los factores inadecuados, tanto en la práctica arquitectónica como en la ideología urbanística. ¿No sería más pertinente un método indirecto y negativo que el positivismo sociológico? Si bien es verdad que existen necesidades "funcionalizables", existe también el deseo,

o los deseos, al margen y más allá de las necesidades inscritas en las cosas y en el lenguaje. Además, las necesidades están conservadas, recibidas, clasificadas en función de imperativos económicos, de normas y valores sociales. Por tanto, la clasificación y denominación de las necesidades tiene un carácter contingente, paradójicamente, son instituciones. Por encima de las necesidades se alzan las instituciones que las gobiernan o las clasifican al estructurarlas. Al margen de las necesidades se sitúa, global y confusamente, "una cosa", que no es una cosa: impulsión, impulso, voluntad, deseo, energía vital, pulsión, como se quiera llamar. ¿Por qué no enunciar estas diferencias en términos de "esto", "yo", "super ego" social, considerando "esto" como deseo "yo" como compromiso y "super ego" como institucional. En efecto, ¿por qué no, aunque se corra el peligro de caer en la filosofía de la necesidad y en la ontología del deseo?

Al aproximarnos a la experiencia y al discurso cotidiano, constatamos que el ser humano es primero niño, después adolescente y más tarde adulto envejeciendo. Este prematuro, este inmaduro tiende hacia la madurez y este es su fin. De esta forma y en este momento acaba. La madurez le detiene, y esto es la detención de la muerte. La antropología dialéctica, en vías de elaboración a partir de la reflexión sobre lo urbano (sobre el habitar), encuentra su punto de arranque y su apoyo biológico en la teoría de la fetalización (Bolk). Los vivientes ovíparos abandonan sus criaturas al azar; ponen huevos, la mayoría de las veces en cantidades enormes, y de ellos sale el niño, correctamente constituido y supuestamente capaz de bastarse a sí mismo. La fetalización protege al niño, pero cuando nace es incapaz de bastarse a sí mismo. De ahí que sea necesario un largo período, la infancia y la adolescencia, durante el cual es a la vez informe, enfermizo, educable, e incluso "plástico". Esta miseria tiene su contrapartida: la educabilidad, aunque ésta también es inarmónica; por ejemplo, la madurez sexual no sigue a la madurez general, psicológica y social, por el contrario, la precede y esto es causa de trastornos (explorados por el psicoanálisis). El grupo humano incluye a seres informes, algunos de los cuales tienen posibilidades infinitas (indeterminadas), y a seres maduros, por lo tanto acabados. ¿Cómo constituir una forma, *el habitar* que ayude a este grupo a vivir? Este es el problema del *habitar* (de la arquitectura) formulado antropológicamente. Una concepción semejante rechaza (por fin) deliberadamente el finalismo filosófico, el del desarrollo humano sin contradicciones desgarradoras, el de la armonía preestablecida que todavía se conserva en algunas doctrinas confortables: el marxismo

oficial, la doctrina teilhardiana, la teología humanista. Sabemos que la lenta madurez del ser humano, que le hace depender de la familia, de la vivienda y del *habitar* del vecindario y del fenómeno urbano implica la educabilidad y tiene como consecuencia una sorprendente plasticidad. Existen en este "ser" que se desarrolla desigualmente, necesidades urgentes y necesidades diferidas. Existe en él aquello que le hace idéntico a sus antecesores, análogo a sus congéneres, y aquello que le hace diferente. Su miseria es su grandeva; sus disarmonías y disfunciones le empujan hacia adelante, hacia su fin. Jamás abandona la ambigüedad. El carácter dramático y conflictivo de las necesidades y los deseos tiene un carácter antropológico. Esta ciencia, todavía incierta, sólo puede constituirse dialécticamente, teniendo en cuenta las contradicciones. El ser humano "necesita" acumular y olvidar; tiene necesidad, simultánea y sucesivamente de seguridad y aventura, de sociabilidad y soledad, de satisfacciones e insatisfacciones, de desequilibrio y equilibrio, de descubrimiento y de creación, de trabajo y juego, de palabras y silencios. La casa, la mansión, el apartamento, la vivienda, la vecindad, el barrio, la ciudad, la aglomeración han respondido, responden todavía o ya no responden a una u otra de estas exigencias. Las tesis del "medio" familiar, del "medio" laboral, del "marco funcional" o "marco espacial" que se ofrecen a estas necesidades, son sencillamente monstruosidades dogmáticas capaces de fabricar monstruos con las larvas humanas que utilizan.

La realidad actual (social y urbana) muestra algunas necesidades fundamentales, no directamente, sino a través de los que las controlan respectivamente, las filtran, las oprimen o las desvían. Aparecen retrospectivamente. El pasado se comprende desde el presente y no el presente desde el pasado. Esto es lo que legitima una historicidad sin historicismo. Teoría y proceso indicados claramente por Marx. Una antropología dialéctica se elabora a partir de la problemática urbana. Este conocimiento aporta a su vez datos a la problemática y a la solución de los problemas inherentes a ella. No puede pretender ni plantear ni resolver por sí sola el conjunto de los problemas. Entra a formar parte de las disciplinas consideradas como importantes por el único privilegio de haber nacido al mismo tiempo que la problemática analizada.

Ésta antropología reúne algunos elementos o aspectos pertenecientes a la antigua filosofía. ¿Qué es lo que aprende?: que hay una especie de "materia humana" que no carece de leyes (biológicas, fisiológicas), pero sí de *forma preexistente* al nivel de la realidad llamada social o humana. Tiene como atributo una extraordinaria plasticidad, una educabilidad y una

adaptabilidad sorprendentes. Aparecen formas, concebidas y queridas, capaces de modelar esta materia según postulados y posibilidades diversos. Estas formas actúan a diferentes niveles. En el horizonte de lo posible, ¿la sociedad urbana no propone una nueva forma?

Los especialistas más decididos a llamarse sabios no desprecian acudir a la racionalidad. ¿Acaso ignoran que esta noción general no puede concebirse sin la filosofía, incluso y sobre todo si la razón filosófica no es más que un momento o un elemento de la racionalidad? Al proclamar la racionalidad sin contexto, en lo absoluto, se la mutila. Con objeto de mantener una controversia sobre este punto decisivo, he aquí el cuadro de las formas sucesivas de la razón. A la *razón lógica* formulada por el pensamiento griego (Aristóteles) sucedió la *razón analítica* (Descartes y la filosofía europea) y más tarde la *razón dialéctica* (Hegel y Marx, el análisis contemporáneo). Cada forma critica las anteriores sin destruirlas, aunque esto conlleve problemas. De la misma manera, a la *razón filosófica*? elaborada por toda la tradición occidental, sucedió la *razón práctica industrial* (Saint-Simón, Marx, etc.), que actualmente es superada por la *racionalidad urbana* en formación. En el plano ya no mental sino social, la racionalidad de *opinión* ha cedido el lugar a la racionalidad de *organización*, que no puede evitar plantear las cuestiones de finalidad y de sentido, lo que implica la racionalidad de *realización*. Desde este punto de vista, el de la finalidad y el sentido, el *humanismo abstracto* (liberal y clásico) no ha podido mantenerse como ideología sin antes pasar por la prueba del *humanismo crítico*; éste, a su vez, ha dado lugar al *humanismo concreto* desarrollado (por lo tanto buscando lo *total*). A la primera etapa del humanismo corresponde la imagen del ser humano, su proyecto abstracto presentado y representado por los filósofos. Al segundo momento corresponde la puesta en duda de la meta, del fin. Durante el tercer momento se elaboran el concepto y la voluntad de plenitud (finita, relativa, pero "total").

Razón y racionalidad

lógica	_____	filosófica	_____	opinión
analítica	_____	industrial	_____	organización
dialéctica	_____	urbana	_____	realización

Humanismo

humanismo abstracto	_____	imagen y proyecto
humanismo crítico	_____	puesta en duda
humanismo desarrollado	_____	finalidad (proyecto)

Ciertamente no es el *espacio* (social, urbano, económico, epistemológico) el que puede aportar la forma, el sentido y la finalidad. Sin embargo, por todas partes aparece esta tesis: el espacio como regla, norma, forma superior alrededor de la cual podría llegar a realizarse un consenso de sabios o quizá un "corpus" de ciencias. Ahora bien, el espacio es solamente un *médium*, entorno y medio, instrumento e intermediario más o menos apropiado, es decir, favorable. Nunca tiene existencia "en sí", sino que envía a otra cosa diferente. ¿A qué? al tiempo, existencial y simultáneamente esencial, desbordando estas determinaciones filosóficas, a la vez subjetivo y objetivo, hecho y valor, "bien" supremo de los que viven, fin al tiempo que medio. Pero ya ha pasado el tiempo de los filósofos y el de los sabios (físicos, psicólogos, historiadores, sociólogos). La articulación "tiempo-espacio", dicho de otra manera, la inscripción "tiempo en el espacio", se convierte en objeto del conocimiento. Pero, ¿es un objeto en la acepción admitida, aislable de un objeto dotado de contornos definidos? Por supuesto que no lo es. ¿Acaso es un objeto sociológico? Quizá, pero en cualquier caso negativamente, en tanto que factor de inadecuación. La relación entre tiempo y espacio, concediendo absoluta prioridad al espacio, aparece como relación social inherente a una sociedad en la que predomina una cierta forma de racionalidad controlando la duración, cosa que reduce e incluso llevada al límite, destruye la temporalidad. De esta forma la ideología y la ciencia se confunden. Esta relación forma parte de un mundo invertido, es necesario también "ponerla sobre sus pies".

Consideremos de nuevo las relaciones de las ciencias fragmentarias. Aparecen varias hipótesis:

a) *Convergencia*. Pero, ¿dónde?, ¿en qué punto?, ¿cerca? Esta es la esperanza y el mito de las reuniones interdisciplinarias, creen definir la convergencia en un punto cercano, como un cruce de caminos. Pero este cruce nunca se define ni se alcanza. Si existe alguna convergencia, ésta se

halla en el horizonte, en perspectiva, y además hay que decidir la "perspectiva". Nosotros no nos orientamos hacia el "hombre" tradicional, sino hacia el "ser humano" reconsiderado y reconstruido hacia el hombre de la sociedad urbana en formación.

b) *Integración* (de los fragmentos definidos por las disciplinas parcelarias). Pero, ¿en qué?, ¿en una de estas disciplinas erigida en dominadora? Inadmisibile. ¿En una *praxis*? Pero, tomado en este sentido, el concepto de *praxis* cae bajo los golpes de la crítica radical. Si no es una estrategia de clase, es un recurso, un fracaso. Sobre todo si consideramos los enojosos precedentes: por ejemplo, el fracaso del *econo-mismo*, ideología y práctica basadas en una concepción fragmentaria.

c) *Pragmatismo*. Es decir, utilización de la información dada aquí o allá por este o por aquel (sociólogo o cualquier otro). Esto sucede con bastante frecuencia. La cientificidad se transforma en su contrario: la falta de un criterio riguroso.

d) *Operacionismo*. Variante del pragmatismo. Se disfraza de una ideología, la de la tecnocracia y la burocracia con sus mitos ya denunciados. Únicamente se piden conceptos operativos. Ya no se demuestra la validez de los conceptos, se les exige tan solo capacidad clasificadora, es decir, *administrativa*.

e) *Jerarquización*. Sí, pero, ¿en nombre de qué valores? ¿Quién decretará que el sociólogo tiene más valor que el geógrafo o el demógrafo? Las normas serán las de las instituciones y las de sus rivalidades, últimos restos de libre concurrencia. Los sabios entregarán a los políticos las llaves de la ciudad científica. Estos serán los que decidan, los que declaren lo normal y su contrario: lo anómico (anormal, patológico) de acuerdo con su voluntad. Esta tesis puede ser defendida a partir de la noción (metodológica) de *nivel*. Pero, si cada especialista ocupa un nivel en una jerarquía, las cuestiones de prioridad se hacen esenciales, cosa que cuando menos es molesta.

f) *Experimentalismo*. El análisis aislará provisionalmente "objetos" abstractos; los estudiará con el concurso y ayuda de descripciones diferentes consideradas momentáneamente como auxiliares. Después confrontará en el terreno estos objetos con las experiencias (pruebas). Este procedimiento es factible, pero se abandona la totalidad, y con ella el objetivo, la meta, el sentido. Con la totalidad se pierde la finalidad, y sin duda la coherencia y racionalidad tan deseadas. Se corre el peligro de oscilar entre el utopismo abstracto y el realismo a corto plazo, entre la irracionalidad y el utilitarismo, sin olvidar el peligro de abandonar las

decisiones en manos de otros (que es inútil nombrar).

En términos racionales, ninguna de estas opciones puede considerarse satisfactoria. Solamente hemos llegado a un punto: es imposible reunir a los especialistas (de las ciencias parcelarias) en torno a una mesa en la cual se halle un "objeto" para ser conocido o construido; los más competentes serán los más peligrosos. Es imposible sumar los conocimientos especializados y dispersos, los análisis enunciados con diferentes vocabularios a partir de puntos de vista y perspectivas dispares, particularizados y limitados.

¿Qué se puede hacer? Planteemos ahora, aunque volvamos más tarde, la noción de estrategia urbana. Esto implica la distinción entre práctica política y práctica social, entre práctica cotidiana y práctica revolucionaria, dicho de otra manera, una *estructura de la praxis*. La práctica social se analiza en *práctica industrial* y *práctica urbana*. El primer objetivo de la estrategia sería arrancar la práctica social a la práctica industrial a fin de orientarla hacia la práctica urbana, de forma que ésta supere los obstáculos que se hallan en su camino.

Desde la primera página de la presente obra hemos presentado como hipótesis (científica) el concepto de "sociedad urbana". Podemos ahora considerarla de nuevo, pero a un nivel más elevado. Destaquemos que se ha ido enriqueciendo y afirmando a lo largo de nuestro estudio; en una palabra, que se ha desarrollado y que tiende a abandonar la condición y el papel de simple hipótesis para adentrarse en el conocimiento. Pero esta transformación no está terminada, ni mucho menos. Sería dogmatismo querer afirmarlo. Sería insertar el concepto de "sociedad urbana" en una epistemología de la cual sabemos que no podemos fiarnos, porque, es prematura y porque sitúa lo categórico por encima de lo problemático, ya que detiene y tal vez desvía la corriente que eleva el estudio del fenómeno urbano hasta el horizonte del conocimiento.

Poco a poco, el concepto de sociedad urbana se libera de los mitos y de las ideologías que lo encadenan: los unos procedentes de las regiones agrarias de la historia y de la conciencia; los otros de una exagerada extensión de las representaciones de la empresa (de la racionalidad industrial).

Los mitos pertenecen ahora a la literatura, pero su carácter poético y utópico no hace disminuir su interés. En cuanto a las ideologías, sabemos que en vano tratan de hacer del urbanismo un cuerpo doctrinal. Ha sido

necesario apartar este cuerpo opaco y pesado para seguir explorando el campo ciego, es decir, el fenómeno urbano en su totalidad.

A lo largo de este trayecto, el inconsciente (la frontera entre lo desconocido y el que desconoce) se manifiesta a veces como una aparición engañosa y cegadora de lo desfasado, a saber, lo rural y/o lo industrial, y a veces como una ausencia, la de la realidad urbana que nos huye.

Así se precisa la noción de fase o *zona crítica*. En esta zona, el terreno huye bajo los pies y la mirada; el suelo está lleno de trampas. Ya no sirven los antiguos conceptos, pero -se elaboran otros nuevos. No es sólo la realidad la que huye, sino también el pensamiento.

No obstante, hemos podido plantearnos un discurso coherente que puede pretender no ser ideológico y a la vez presentarse como discurso *de lo urbano* (dentro de lo que se forma) y *sobre lo urbano* (definiéndolo, trazando sus límites). Un discurso de esta índole no puede acabarse. Es indefinido por esencia. Se define como reflejo del futuro, pues implica operaciones en el tiempo y no sólo en el espacio. Así se explican *la transducción* (construcción del objeto virtual) y la exploración de lo posible-imposible. Vuelve triunfante la dimensión temporal marginada por la epistemología y la filosofía del conocimiento. Por otra parte, la transducción se diferencia de la prospectiva. Ya hemos de-, tectado y denunciado lo que tanto ésta como el urbanismo tienen de sospechoso. Al igual que el urbanismo, la prospectiva contiene una estrategia. Confunde la ideología y la cientificidad; o más bien, aquí como en todas partes, la cientificidad es una ideología, excrecencia que se fija sobre conocimientos reales, pero, no obstante, fragmentarios. También, la prospectiva, después de reducir, extrapola.

A lo largo de esta exploración, que todavía está en sus principios, hemos considerado el fenómeno urbano como algo distinto y algo más que una *superestructura* (del modo de producción). Lo subrayamos aquí en respuesta a cierto dogmatismo marxista muy caracterizado. La problemática urbana es mundial. Los mismos problemas y la misma ausencia de respuestas se manifiestan en el socialismo como en el capitalismo. La sociedad urbana sólo puede definirse como sociedad planetaria. Virtualmente, ocupa el planeta, re-creando la naturaleza, borrada por la explotación industrial de todos los recursos naturales (materiales y "humanos"), por la destrucción de todas las peculiaridades llamadas naturales.

Además, el fenómeno urbano modifica profundamente los dispositivos de la producción: fuerzas productivas, relaciones de

producción, contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Hemos subrayado que prolonga y acentúa, en un nuevo plano, el carácter social del trabajo productivo y su conflicto con la propiedad (privada) de los medios de producción. Pretende, pues, la "socialización de la sociedad". Queda claro entonces, que lo urbano no suprime las contradicciones de lo industrial. No las resuelve por el mero hecho de elevarse hacia el horizonte. Es más; los conflictos inherentes a la producción (en las relaciones de producción y de propiedad capitalistas, pero también en la sociedad "socialista") dificultan el fenómeno urbano; impiden el desarrollo de lo urbano reduciéndolo a un simple crecimiento. En particular, nos referimos a los conflictos derivados de la acción del Estado, tanto en el capitalismo como en el socialismo estatal.

También hemos podido poner de manifiesto la *complejificación de la sociedad*, cuando de lo rural pasa a lo industrial y de lo industrial a lo urbano. Complejificación múltiple (si mediante un pleonismo se puede así decir) que alcanza a la vez el espacio y el tiempo, pues la complejificación del espacio y de los objetos que lo ocupan va siempre acompañada de una complejificación del tiempo y de las actividades que tienen lugar en el tiempo.

Este espacio está ocupado por intrincadas redes, por relaciones que se afirman al interferirse. Su homogeneidad representa algo: por una parte, voluntades, estrategias unitarias, lógicas sistematizadas, y por otra, representaciones reductoras y, por consiguiente, simplificadoras. Pero al mismo tiempo, se acentúan las diferencias en la ocupación de este espacio que, en tanto que espacio abstracto, tiende hacia lo homogéneo (lo cuantitativo, el espacio geométrico y lógico). De ahí nace un conflicto y un extraño malestar. De un lado, *este* espacio tiende hacia un código único, hacia un sistema absoluto, el del intercambio y del valor de intercambio de la cosa lógica y de la lógica de la cosa, pero al mismo tiempo se llena de subsistemas, de códigos parciales, de mensajes y de significantes que no caben en el procedimiento unitario que, no obstante, este espacio formula, prescribe e inscribe.

Esta tesis de la complejificación parece filosófica. Lo es a veces, para ciertos escritores (Teilhard de Chardin, etc.). Aquí se inserta en el conocimiento científico parcial pero efectivo; teorías de la información, de los mensajes, de la codificación y del desciframiento. Podemos de nuevo declararla *metafilosófica*; a la vez global y basada en el conocimiento.

No hemos agotado el concepto de complejificación. Teóricamente se basa en la diferenciación entre *crecimiento* y *desarrollo*, diferenciación

impuesta por toda la época, por su experiencia, por la reflexión sobre los resultados. Marx distinguía entre crecimiento y desarrollo, porque trataba de no confundir lo cuantitativo con lo cualitativo; pero para él, el crecimiento (cuantitativo) y el desarrollo (cualitativo) de la sociedad podían y debían ir juntos. Una triste experiencia demuestra que no es así. Puede darse crecimiento sin desarrollo, y a veces desarrollo sin crecimiento. Desde hace medio siglo, casi en todas partes se observa el crecimiento pero conservando unas relaciones sociales y políticas-congeladas. Entre 1920 y 1935, la Unión Soviética conoció un período de intenso desarrollo, pero luego han tomado su revancha las fuerzas productivas dejadas atrás por aquella explosión "super-estructural" y por el crecimiento tomado como objetivo estratégico de un medio convertido en un fin. En suma, "los factores objetivos" se han desquitado. ¿No ocurre lo mismo en Francia, después de la explosión de mayo de 1968? A fin de tener en cuenta el conflicto, descubierto a lo largo del siglo XX, entre crecimiento y desarrollo, la ley de desarrollo desigual (Lenin) debe hoy ser ampliada, diversificada y formulada de forma distinta.

Pero la teoría de la complejificación anuncia y prepara el desquite del desarrollo frente al crecimiento. También lo anuncia y prepara la teoría de la sociedad urbana. Este desquite está sólo en sus principios. La proposición esencial, según la cual el crecimiento no puede ser indefinido y el medio no puede ser siempre tomado como fin sin llegar a la catástrofe, sigue siendo considerada como una paradoja.

Estas reflexiones evocan la prodigiosa extensión de "lo urbano" a todo el planeta, es decir, de la sociedad urbana con sus potencialidades y su horizonte. Está claro que esta extensión-expansión no seguirá produciéndose sin dramas. En particular, se confirma que el fenómeno urbano tiende a traspasar las fronteras mientras que los intercambios comerciales, así como las organizaciones industriales y financieras que parecían romper estos límites territoriales (a través del mercado mundial, las asociaciones supra-nacionales) parecen incluso consolidarlos. De todas formas, las rupturas que pueden producirse en el plano industrial y financiero (crisis de superproducción, crisis monetaria) serán acentuadas por la extensión del fenómeno urbano y por la formación de la sociedad urbana.

Hemos tropezado con la noción de "ciudad mundial", generalmente atribuida al maoísmo, cuando no a Mao Tse-tung. Esta noción implica restricciones. Extrapola a escala mundial la noción y la imagen clásicas de la ciudad; centro político de administración, de protección, de explotación

de una amplia zona rural. Es lo que conviene a la ciudad oriental, en el marco del modo de producción asiático. Ahora bien, la sociedad urbana sólo puede construirse sobre las ruinas de la ciudad clásica. Esta ha estallado ya en Occidente; este estallido (explosión-implosión) puede considerarse como el preludio de la sociedad urbana. Pertenece a su problemática y a la fase crítica que la anuncia. Sin embargo, una estrategia conocida, que precisamente utiliza el urbanismo, tiende a reorganizar la ciudad política como *centro decisorio*. Está claro que un centro de este género no se limita a reunir las informaciones ascendentes y a difundir las informaciones descendentes. No es sólo un centro de decisiones abstractas, sino un centro de poder. Ahora bien, el poder implica riqueza y la riqueza poder. Es decir, que el centro decisorio, en la estrategia que analizamos, será la raíz de un Estado altamente organizado y poderosamente sistematizado.

Antaño, todo el territorio metropolitano desempeñaba un papel *central* con respecto a las colonias y semi-colonias, absorbiendo todas las riquezas e imponiendo su orden y sus mandatos. Hoy en día, la dominación se fortalece desde un lugar, la capital (o el *centro decisorio*, que no coincide forzosamente con la capital). De tal forma que su dominación se ejerce sobre el conjunto del territorio nacional, el cual se transforma en semi-colonia. Dicho de otra forma, parte de este análisis parece corresponder a primera vista a la tesis atribuida a los maoístas sobre la "ciudad mundial", pero esta tesis encuentra muchas objeciones. No se excluye la posibilidad de que el establecimiento de centros de poder encuentre obstáculos y fracase. Además, las contradicciones ya no se sitúan entre la ciudad y el campo. La contradicción más importante se desplaza y la encontramos en el seno del fenómeno urbano: entre la centralidad del poder y las otras formas de centralidad, entre el centro "riqueza-poder" y las periferias, entre la integración y la segregación.

Mucho nos alejaríamos de los temas aquí planteados si examinásemos la fase crítica en su totalidad. Por ejemplo, ¿qué nos queda de la noción clásica de *historia* y de *historicidad*? La fase crítica no puede dejar de aludir a esta noción y a la realidad que le corresponde. Tanto la extensión del fenómeno urbano como la formación de un tiempo-espacio diferencial a escala mundial, ¿tienen todavía una relación con lo que se sigue llamando "historicidad"?

Esta fase va acompañada de complejas apariciones, las de las nuevas funciones y estructuras, sin que por eso desaparezcan las antiguas. Esto explica la necesidad de comprobar, y

de elaborar constantemente, el análisis de las relaciones entre *forma* y *contenido*. Hemos tenido que conformarnos aquí con un esbozo: un proceso e indicadores de dirección. Lo esencial consiste en mostrar que el *método dialéctico* se toma su propio desquite. El pensamiento dialéctico, después de haber sido marginado por la estrategia (ideológica e institucional) de la época industrial y por el racionalismo de empresa, reemplazado por la apología de lo operatorio, despreciado por los procedimientos reductivos-extrapoladores (el estructuralismo en particular), este pensamiento vuelve a imponerse. Hemos podido demostrar que el problema capital, tomando este término en su acepción más exacta y completa, el de la centralidad, no puede carecer de un análisis dialéctico. El estudio de *las lógicas del espacio* nos lleva al de las contradicciones del espacio (y/o del espacio-tiempo). Sin este análisis se podrán aportar soluciones al problema, pero sólo serán estrategias disfrazadas, cubiertas por una apariencia científica. En el plano teórico, uno de los mayores reproches que hemos hecho al urbanismo en tanto que cuerpo doctrinal (aunque fracasado) es el contener una socio-lógica y una estrategia, pues rechaza el pensamiento dialéctico en general y las corrientes dialécticas propias de lo urbano. Es decir, las contradicciones internas, tanto las antiguas como las nuevas (estas últimas acentúan y/o ocultan aquéllas).

¿Será acaso el *fenómeno urbano* ese *fenómeno social total* que tanto buscan los sociólogos? Nuestra respuesta puede ser afirmativa y negativa a la vez. Afirmativa en el sentido de que lo urbano tiende hacia una totalidad sin nunca alcanzarla, pues se muestra totalizador por esencia (*la centralidad*), pero esta totalidad no llega nunca a realizarse. Respuesta _ afirmativa también en el sentido de que ningún determi-nismo-parcial, ningún saber parcelario lo agota; es a la vez histórico, demográfico, geográfico, económico, sociológico, psicología), semiológico, etc. "Es" eso y aún otra (cosa o no-cosa), por ejemplo *forma*. Es decir, un vacío, pero un vacío que exige un contenido: llamada al contenido. Si lo urbano es total, no lo es de la misma forma que puede serlo una cosa, en tanto que contenido (éste o aquél) recogido aquí o allá. Lo es al igual que el mismo pensamiento que persigue indefinidamente su concentración, que no puede quedarse en ella ni mantenerla, que reúne sin cesar sus elementos y descubre lo que agrupa en una concentración nueva y diferente.

La centralidad define lo u-tópico (lo que no tiene lugar propio; pero que lo busca). Y lo u-tópico define la centralidad. La separación de los fragmentos y de los contenidos, o su reunión confusa, no pueden definir (y por consi- guiente, expresar) el fenómeno urbano. Es necesaria una *lectura*

total que reúne las lexias (es decir, las lecturas parciales) de los geógrafos, demógrafos, economistas, sociólogos, semiólogos, etc.

Estas lecturas se efectúan a distintos niveles. El fenómeno urbano no puede ser definido ni por la suma o síntesis de estas lecturas, ni por su superposición. En este sentido *no es totalidad*. Del mismo modo supera la separación "azar-necesidad" pero, admitiendo que pueda definirse, la síntesis de estos dos conceptos no puede darnos una definición del fenómeno urbano. Esto subraya lo paradójico que es el fenómeno urbano; su paradoja es comparable a la paradoja fundamental del pensamiento y de la conciencia, pues es sin lugar a duda idéntica. Lo urbano es *puntual*. Se localiza y se focaliza. Se identifica aquí o allá. No puede existir sin esta localización: el centro. También el pensamiento y la reflexión sólo tienen un lugar si se lo atribuyen. La puntualidad del hecho, del acontecimiento, es una regla. Y por consiguiente, es una regulación. Alrededor de un punto, tomado como centro (momentáneo), reina un orden próximo derivado de la práctica y captado por el análisis. Esto define una *isotopía*. Al mismo tiempo, el fenómeno urbano es colosal; su prodigiosa extensión-expansión no puede limitarse. Una vez englobado el orden próximo, un *orden lejano* agrupa las distintas puntualidades, las reúne en sus diferencias (heterotopías). Pero en todas partes y en todo momento, la isotopía y la heterotopía se enfrentan, se confrontan, suscitando de esta forma el otro lugar, la centralidad *diferente* que surgirá, se impondrá y desaparecerá en el tejido espacio-temporal. Así adquiere forma (es decir, que se manifiesta como forma) la corriente dialéctica de lo puntual y de lo colosal, del lugar y del no-lugar (del otro lugar), del orden y del desorden urbanos. Lo urbano no produce al igual que la agricultura y la industria. Sin embargo, por ser acto que reúne y reparte, es creador. De forma análoga, antaño, la manufactura se convirtió en fuerza productiva y categoría económica por el mero hecho de conjuntar obras y herramientas (técnicas) anteriormente dispersas. El fenómeno urbano consta, pues, de una *praxis* (práctica urbana). Su forma como tal se muestra irreductible a las demás formas (no isomorfa a las demás formas y estructuras). Sin embargo las recoge y las transforma.

Una vez realizado el proceso, el proceso de acceso a la realidad

urbana, en tanto que forma, se invierte. De esta manera la lingüística permite definir la isotopía y la heterotopía. Después de haber sido descubiertas en el texto urbano, estas nociones cambian de significado. ¿No será porque el lugar de habitación de los seres humanos que ocupan 'el suelo del planeta toma dicha forma, por lo que ésta se identifica en el discurso? Hay *discurso* y *recorrido* de lo urbano. ¿No es también por esta razón o causa formal por lo que existen diferentes discursos y recorridos en el lenguaje? Lo uno no puede separarse de lo otro. Siendo distintos, el lenguaje y el domicilio se unen de forma inextricable. Por eso no cabe asombrarse si hay un *paradigma*, tanto de lo urbano (lo alto y lo bajo, lo privado y lo público) como del habitar (lo abierto y lo cerrado, lo íntimo y lo próximo),¹ cuando- ni lo urbano ni el habitar pueden ser definidos por un simple discurso o por un sistema. Si bien hay una lógica inmanente a lo urbano y al habitar que aquél implica, no es esta la lógica de un sistema (ni la de un sujeto, ni tampoco la de un simple y puro objeto). Es la lógica del pensamiento (sujeto) que busca un contenido (objeto). He. aquí por qué para conocer lo urbano se exija simultáneamente que se borren las *ilusiones de la subjetividad* (de la representación y de la ideología) y *las ilusiones de la objetividad* (causalidad y determinismos parciales).

Si lo urbano logra reunir diferencias y diferencia lo que reúne, no por eso puede definirse como un sistema de diferencias. O bien la palabra "sistema" implica terminación y cierre, y también la inteligibilidad por el cierre; o bien, no significa sino cierta coherencia. Sabemos que el fenómeno urbano se manifiesta como una corriente. Por lo tanto no puede terminarse. La centralidad y la contradicción dialéctica que ésta implica excluyen el cierre, es decir, la inmovilidad. Incluso si la lengua puede ser considerada como un sistema acabado, el uso de la lengua y la producción de discurso descartan esta posibilidad. Así, pues, es imposible definir lo urbano

por un sistema (definido), por ejemplo, por apartados alrededor de invariables. Todo lo contrario, la sola noción de lo urbano prohíbe prescribir lo que reduce, lo que suprime las diferencias. Implicaría más bien la *libertad de producir diferencias* (de diferenciar y de inventar lo que diferencia). Lo urbano reúne. Lo urbano, como forma, transforma lo que agrupa (concentra). Hace diferir conscientemente lo que difería inconscientemente: lo que sólo era distinto, lo que se fundaba en peculiaridades en el terreno. Conjunta *todo*, inclusive los determinismos, las materias y los contenidos heterogéneos, el orden y el desorden anteriores. También reúne los conflictos y las comunicaciones y formas de comunicaciones preexistentes. En tanto que forma que transforma, lo urbano desestructura y re-estructura sus elementos, los mensajes y códigos procedentes de lo industrial y de lo agrario.

Por esta razón goza de un poder negativo que .fácilmente puede pasar por maléfico. La naturaleza, el deseo, lo que llamamos cultura (y que la época industrial disocia de la naturaleza, cuando, por otra parte, durante las épocas en que predominaba lo rural, la naturaleza y la cultura se confundían) vienen a reformarse ya reunirse en la sociedad urbana. Heterogéneos y hasta heteróclitos, estos contenidos son puestos a prueba. Igualmente, en una sencilla analogía, la explotación agrícola (la "finca") y-la empresa (constituída desde la época de la manufactura) sufren la prueba, se transforman, se insertan bajo nuevas formas en el tejido urbano. Esto define una creación (*poiesis*) en segundo grado, situándose la producción agrícola e industrial en un primer grado. Lo cual no quiere decir que sitúa al fenómeno urbano en un discurso de segundo grado, metalenguaje, exégesis, comentario de lo industrial. Ni mucho menos. El segundo grado de la creación, la naturalidad segunda de lo urbano, intervienen como *multiplicadores* y no como reducciones o reflejos de la actividad creadora. Subrayemos de paso el problema mal resuelto de la actividad que produce (que crea) *significados* utilizando elementos dotados ya de significaciones (y no de unidades comparables con los "fonemas", sonidos o signos desprovistos de significación). En esta

acepción, lo urbano crea situaciones y actos en igual o mayor medida que objetos.

No existe modelo para esta determinación de lo urbano en relación con sus elementos o condiciones (lo que reúne, es decir, contenidos, actividades). No pueden aceptarse ni los modelos energéticos (tomados de los dispositivos que captan energía en cantidad limitada, pero considerable), ni los modelos informacionales (que utilizan energía en cantidad mínima). Dicho de otra forma, si se buscan modelos el estudio analítico de lo urbano puede proporcionarlos. Ahora bien, en la práctica no se trata de modelos, sino de una vía (sentido y dirección, orientación y horizonte).

Esto subraya el hecho de que lo urbano, en tanto que forma y realidad, no tiene ninguna armonía. Agrupa también los conflictos, sin excluir los conflictos de clases. Es. más, sólo se concibe en oposición a la *segregación* que tiende a poner fin a los conflictos, separando los elementos en el terreno. *Segregación* que ocasiona una *disgregación* de la vida mental y social. Para eludir las contradicciones, para llegar a la famosa armonía, cierto urbanismo prefiere la disgregación del vínculo social. Lo urbano, al contrario, se presenta como lugar de enfrentamientos y confrontaciones, como unidad de las contradicciones. En este sentido, su concepto recoge el pensamiento dialéctico (profundamente modificado, es cierto, porque está más ligado a* la forma mental y social que a los contenidos históricos).

Podríamos, pues, definir lo urbano como *lugar de expresión* de los conflictos, invirtiendo la separación de los lugares en que desaparece la expresión, en qué" reina el silencio, en que se establecen los signos de la expresión. Podríamos también definirlo como *lugar del deseo*, lugar donde el deseo destaca sobre las necesidades, donde se concentra porque se conoce, donde tal vez (posiblemente) se hallan Eros y Logos. La naturaleza (el deseo) y la cultura (las necesidades clasificadas y las apariencias inducidas) se encuentran en él, a lo largo de una autocrítica mutua que mantiene diálogos apasionados. Así se formaría, eventualmente, el carácter inmaduro y prematuro del ser humano, librado a los conflictos del Eros y del Logos, sin que esta formación se imponga en nombre de la terminación (del estado adulto y completo). Lo urbano, en tanto que vía práctica, podría tener, paradójicamente, un papel pedagógico muy distinto al de la pedagogía habitual constituida a partir de una autoridad, la del Saber adquirido del Adulto realizado.

La época industrial (llamada o postulada "sociedad industrial") se muestra de forma distinta de la que creía ser. Se veía productora y creadora, dominando la naturaleza y sustituyendo la libertad de producción a los

determinismos de la materia. De hecho era en esencia radicalmente contradictoria y conflictiva. Pensaba dominar a la naturaleza, pero en realidad la destrozaba, la destruía totalmente. So pretexto de sustituir una racionalidad coherente al caos de la espontaneidad, separaba y disociaba todo lo que tocaba; al imponer un orden homogéneo, rompía lazos. Con ella, el medio se convertía en fin y el fin en medio: la producción en estrategia, el productivismo en filosofía, el Estado en divinidad. El orden y el desorden de la época industrial re-produjeron, agravándolo, el caos anterior: caos que es sangriento. Los ideólogos (los de lo urbano particularmente) todavía creen poder obtener de la época industrial y de su racionalidad el principio de una organización superior. Para ellos el problema consiste en sobrepasar este orden y este desorden a fin de crear un orden superior, pero tomando como base los principios ya establecidos. El querer extender a la sociedad como tal los principios de la empresa, es una estrategia hoy juzgada y condenada. Porque otra cosa se abre camino (una no-cosa distinta) que lo pone todo en duda y que constituye, también ella, un interrogante.

Entre las separaciones derivadas de la racionalidad industrial, subrayemos las de los sub-sistemas: valores, decisiones, modelos de acción y de conducta. ¿Podría recibir o crear cierta coherencia el pluralismo de estos sub-sistemas? La cohesión del conjunto parecía tener su origen en la ideología, en la ideología empresarial por una parte, y por otra parte en la ideología estatal. Pero, sin embargo, ¿no faltaba algo más para que funcionara esta yuxtaposición de *junciones* aisladas, la de decidir, la de desear y la de proyectar? Los sociólogos tenían razón cuando vislumbraban estos sub-sistemas, funcional y estructuralmente distintos. La causa de su fracaso fue el no mostrar cómo este orden, y el desorden que le es inmanente, estas unidades y sus disyunciones podían contener una auto-regulación y constituir un conjunto, cuando no una totalidad. Sería fácil mostrar ante qué obstáculos se han estrellado o se estrellan las reducciones de los ideólogos americanos y las de los soviéticos (en la medida en que sean conocidas). Ahora- bien, la cohesión inmanente no podía

proceder sino de una lógica. Esta socio-lógica estaba oculta detrás o debajo de la sociología. Era y aún es, por un lado la lógica de la mercancía y del mundo" de la mercancía, escondida (ausente) *como tal* en el lenguaje de la mercancía, pero, no obstante, presente en cada objeto comprado, vendido, consumible, consumido. Era y es-aún,.'; por otra parte, la implacable lógica del Estado, del poder -concebido o que se está concibiendo como omnisapiente y omnipresente. Lógica, que se halla también escondida como tal bajo el prestigio ético del Estado.

La lógica del espacio represivo establecía así la coherencia. De ahí la complicación y el malestar inherentes a una sociedad que, lenta pero ciertamente; es sustituida por *la sociedad urbana* con su *lógica transparente*, que basta con formular para que la captemos. Mientras que basta con formular las otras sociológicas para que éstas, por el contrario, desaparezcan (teóricamente, claro está).

Podemos ahora deducir y formular algunas *leyes de lo urbano*. No son leyes positivas, o sea, de un "orden de los órdenes", no son leyes de un modelo de equilibrio o de crecimiento a seguir o a imitar, no son las de una afirmación inicial cuyas consecuencias se deducirían, ni las de un análisis final que induciría enunciados. Son ante todo, e incluso esencialmente, leyes preceptos negativos:

a) Romper las barreras y los obstáculos que cierran el camino y mantienen el campo urbano en lo cegador-cegado (y en particular, en lo cuantitativo del crecimiento).

b) Acabar con todas las separaciones, las que separan las personas y las cosas que implican en el terreno unas segregaciones multiformes las que apartan los unos de los otros los mensajes, las informaciones, los códigos y sub-códigos (en suma, las separaciones que impiden el desarrollo cualitativo). Ahora bien, en el orden existente, lo que separa se siente resistente, lo que disocia se sabe fuerte. Lo que divide se cree *positivo*...

c) Anular también los obstáculos que acentúan la opacidad de las relaciones y los contrastes entre transparencia y opacidad, que reducen las diferencias a unas peculiaridades diferenciadas (separadas), que las obligan a figurar en un espacio prefabricado, que ocultan la polivalencia de los modos de vivir en la sociedad urbana (de las modalidades y modulaciones de lo cotidiano y del habitar), que, en suma, prohíben, las transgresiones a las normas y prescriben las separaciones.

Estas negatividades implican una positividad:

a) Lo urbano (la vida urbana, la vida de la sociedad urbana) implica ya una sustitución del contrato por la costumbre. El derecho contractual determina los marcos del intercambio y de la reciprocidad del intercambio; es el derecho que nace en las sociedades agrarias desde el momento en que intercambian los super-productos relativos y que culmina, cuando se desarrolla el mundo de la mercancía, su lógica y su lenguaje. Ahora bien, el uso, en lo urbano, consta de costumbres, las cuales tienen más influencia que el contrato. El empleo de objetos urbanos (acera, calle, travesía, alumbrado, *etc.*) es *habitual*, no contractual, al menos que se quiera llamar así a un cuasi-contrato o seudo-contrato permanente, que consistiría en repartir el uso de estos objetos, en reducir al mínimo la violencia, en no utilizar la violencia sino en caso de urgencia. Esto no impide perfeccionar o transformar el "sistema contractual".

b) La concepción de lo urbano tiende también hacia la *re-apropiación* por parte del ser humano de sus condiciones en el tiempo, en el espacio, en los objetos. Condiciones que le eran y le son expropiadas para sólo recobrarlas después de comprar y vender. ¿Podríase decir que el tiempo (lugar de valores) y el espacio (medio de intercambio) pueden reencontrarse en una unidad superior, lo urbano? Sí, pero a condición de que se especifique bien lo que ya todos sabemos: que se trata de una u-topía, de un no-lugar, de un

posible-imposible. Pero es un lugar que da significado a lo posible, a la acción. El espacio de los intercambios y el tiempo de los valores, el espacio de los bienes y el bien supremo (a saber, el tiempo), no se articulan sino que van cada uno por su lado. Verdadera incoherencia, entre otros absurdos, de la sociedad llamada industrial. Crear la unidad espacio-temporal es, en efecto, una definición posible, entre otras, de lo urbano y de la sociedad urbana.

c) *Políticamente* no puede concebirse esta perspectiva sin auto-gestión que abarque desde la producción y las empresas hasta las • unidades territoriales. Difícil abanico. El término "políticamente" es ambiguo, porque la auto-gestión generalizada implica el empobrecimiento del Estado y el final de lo político como tal. En este sentido, la incompatibilidad entre lo estatal y lo urbano es radical. Lo estatal sólo puede impedir la formación de lo urbano. Al Estado le incumbe dominar el fenómeno urbano, no para llevarlo hacia su realización, sino para hacerle retroceder: hacia las instituciones que, a través del intercambio y el mercado extienden a la sociedad entera los tipos de organización y de gestión procedentes de la empresa (instituciones elaboradas durante el crecimiento) en las que prevalecen los objetivos cuantitativos (cuantificables). En cuanto a lo urbano, sólo puede constituirse y servir "el habitar", derribando el orden estatal y la estrategia que organiza de manera opresora y homogeneizante el espacio globalmente, absorbiendo en consecuencia los niveles subordinados, lo urbano y el habitar.. ¿He ahí por qué nos hemos visto obligados a denunciar el urbanismo como un disfraz y como un instrumento al mismo tiempo: disfraz del Estado y de la acción política, instrumento de los intereses ocultos en una estrategia y en una socio-lógica. El urbanismo no trata de moldear el espacio como una obra de arte. Ni según razones técnicas, tal y como lo afirma. Lo que modela es un espacio político.

10. Conclusión

¿La problemática urbana? Nuestro estudio lo ha esbozado, delimitado, ha trazado sus contornos. Llegamos ante uno de los problemas más asombrosos: la extraordinaria *pasividad* de los que están más interesados y preocupados por los proyectos y más puestos en entredicho por las estrategias. ¿Por qué este silencio de los "usuarios"? ¿Por qué estos balbuceos informes de las "aspiraciones" cuando se dignan consultarles? ¿Cómo explicar esta extraña situación?

Hemos tenido que acusar *al propio urbanismo* en su doble aspecto: ideología e institución, representación y voluntad, presión y represión, establecimiento de un espacio represivo representado como objetivo, científico, neutro. < ..,

Es evidente que, aunque necesaria, esta explicación no es > plenamente satisfactoria. No es más que un elemento de; explicación o de interpretación de un hecho paradójico, entre tantas paradojas. Para concluir trataremos de completar la argumentación y de aportar

algunos nuevos elementos;;

1. ¿No podría compararse la pasividad de los que habitan y que podrían y deberían "habitar como poetas" (Hölderlin), con el extraño bloqueo que frena el pensamiento arquitectónico y urbanístico? Los proyectos reciben una especie de maldición. No pueden ir más allá de la utilización de algunos procedimientos gráficos o tecnológicos. No se permite a la fantasía que se exalte. Evidentemente los autores de proyectos no logran la síntesis de estos dos principios opuesto.s: a) No puede haber- pensamiento sin u-topía, sin explotación de lo posible, del otro lugar, b) No puede haber pensamiento sin referencia a una práctica (aquí la práctica *del habitar* y del uso; pero ¿qué práctica es posible si permanecen mudos el habitante y el usuario?).

La intervención masiva de los interesados cambiaría la situación. ¿Podrían, gracias a ella, vencer el obstáculo que los paraliza tanto la investigación y las reflexiones como los proyectos? Tal vez. Ahora bien, esta intervención nunca tuvo lugar. Apenas si se pueden hacer resaltar aquí o allá algunos indicadores de que se despierta un nuevo interés. No ha habido en ninguna parte una corriente *política*, es decir, una corriente capaz de politizar los problemas y los objetivos de la "construcción".

¿De dónde proviene el bloqueo? En esto precisamente reside el problema. En el plano teórico, se vislumbra bastante bien el mecanismo. Se sustituye un espacio abstracto al espacio concreto. El espacio concreto es el *del habitar*: gestos y recorridos, cuerpo y memoria, símbolos y sentidos, maduración difícil de lo inmaduro-prematuro (del "ser humano"), contradicciones y conflictos entre deseos y necesidades, etc. Este contenido concreto, tiempo cercado en un espacio, *poiesis* inconsciente que desconoce sus propias condiciones, es, a su vez, desconocido por el pensamiento reflexivo. Se eleva en el espacio abstracto de la visión, de la geometría. El arquitecto que dibuja, el urbanista que compone el plano-masa ven

desde arriba y desde lejos sus "objetos", edificios y vecindad. En tanto que creadores y proyectistas se mueven en un espacio de papel, de escrituras. Después de esta *reducción* casi total de lo cotidiano vuelven a la escala de lo "vivido". Crean re-encontrarlo, cuando por el contrario *ejecutan* sus planes y proyectos en una abstracción al segundo grado. Pasaron de lo "vivido" a lo abstracto

para proyectar esta abstracción a nivel de lo "vivido". He aquí una doble sustitución, una doble negación que establece una afirmación ilusoria: la vuelta a la vida "real". De esta manera funciona lo cegador-cegado en el campo que parece iluminado y es solamente un campo ciego.

¿Cómo acabar con esta *ideo-lógica* de la sustitución, ocultada por razones técnicas, argumentadas, justificada por las competencias, sin llegar a la rebelión de lo "vivido", de lo cotidiano, de la *praxis*? ¿Saben las gentes "en acción" técnicos y especialistas, que su espacio "objetivo" es en realidad ideo-lógico y represivo? No.

2. Existen también *razones históricas* de esta situación. Durante mucho tiempo la gente se interesó por su ciudad, por su urbe. Las personas tenían entonces el espíritu de campanario (el campanilismo). Por eso, sólo se preocupaban por la organización del espacio, constituían grupos que producían un espacio. En general se trataba de "notables" que "se interesaban" muy naturalmente por el cuadro morfológico y social de sus "intereses". Esta actitud no ha desaparecido todavía de las ciudades pequeñas y medianas, ni mucho menos. Sin embargo, está decayendo, o más bien pierde sus motivaciones y razones más importantes. Era una actitud ofensiva, productora (de espacio y tiempo sociales, es decir, de horarios), y actualmente se convierte en actitud defensiva, en pasividad. Se protesta contra las usurpaciones de las autoridades centrales, contra las presiones del Estado, pero se sabe bien que los problemas principales residen en otra parte, que las decisiones importantes se toman en otro sitio. De ahí nace una desilusión hacia la realidad urbana, porque esta realidad de la ciudad pequeña o mediana se revela un tanto arcaica y cae en el ridículo. ¿Cómo pasar de la ciudad, que defiende su imagen, que tiene un corazón, un rostro, un "alma", a *sociedad urbana*, sin un largo período de aprendizaje?

Entre 1920 y 1930, la URSS conoció una inmensa efervescencia creadora. Esta sociedad, transformada por la revolución, produjo de manera asombrosa superestructuras totalmente nuevas (surgidas, de las

profundidades). Y esto en todos los campos, incluso en la política, en el urbanismo y , en la arquitectura. Estas superestructuras surgían antes que las estructuras (relaciones sociales) y la base (fuerzas productivas). Hubiera sido necesario que estas estructuras y esta base siguiesen, que paliasen el atraso, que se pusiesen al nivel de las superestructuras nacidas de la facultad creadora revolucionaria. Este fue para Lenin *el problema* durante sus últimos años. Ahora bien, ¿hoy día quién lo ignora? Las estructuras y la "base" no han sabido seguir. Las superestructuras, productos de la genialidad revolucionaria, se hundieron, cayeron en ruinas sobre "la base" (campesina, atrasada) mal e insuficientemente reformada. ¿No será este el gran drama de nuestra época? El pensamiento arquitectónico y urbanístico no puede ser producto del solo esfuerzo de la reflexión, de la sola teoría (urbanística, sociológica, económica, *etc.*). Nace en el curso de este *fenómeno total* una revolución. En la Unión Soviética, las creaciones de la época revolucionaria no tardaron en desaparecer aplastadas y olvidadas. Es bastante asombroso el haber tenido que esperar cuarenta años, en nuestra época (que según dicen algunos es sólo velocidad, aceleración, vértigo), para que los trabajos de A. Kopp restituyan al fin las conquistas del pensamiento y de la práctica arquitectónicas y urbanísticas en la Unión Soviética. Pese a las circunstancias favorables (hubo ~ en 1968, en Francia, un "fenómeno total" en cierta medida comparable con los fenómenos rusos entre 1920 y 1930) no es seguro que estas adquisiciones sean asimiladas. Vivimos de las consecuencias: las de las revoluciones, las de la técnica. Y éstas cubren aquéllas.

La pasividad y el bloqueo tienen razones históricas muy-diversas. ¿No estamos hoy, ante el fenómeno urbano, en una situación parecida a la de las personas que, en el siglo pasado, consideraban los fenómenos de la industria? Las que no *' habían leído a Marx podían sólo percibir caos, hechos sin correlaciones. Y no se trataba sólo de-las personas "vulgares", sino también de las personas "cultas" e incluso de los economistas. Ofrecíanse, según ellos, sólo unidades esparcidas, las empresas, cada una de ellas sometida a su dirigente(patrono, propietario, empresario). Ante ellos, ante su reflexión y su mirada, la sociedad se atomizaba, dividida en individuos y fragmentos. El mismo mercado sólo podía ser considerado como una serie o una suma de azares sin vínculos. Puesto que la totalidad no cabía en un pensamiento ni en una acción, que el concepto de *planificación* no se había librado del limbo, la visión atomística y molecular de lo social no levantaba ninguna objeción. No se sabía cómo considerar los hechos, cómo actuar sobre ellos. ¿No pasará lo mismo hoy con el

fenómeno urbano y la sociedad urbana? No sabemos por dónde tomarlos. Sólo los espacios vacíos y el vacío del espacio pueden ser objetos del estudio y de la acción. Lo lleno resiste. No se alcanza. O más bien se fragmenta indefinidamente ante la reflexión y ante la acción que quieren adueñarse de él. El pensamiento flota entre lo lleno que se pulveriza y lo vacío que le desafía.

Así, pues, las razones políticas de la pasividad son graves. Ejércese una potente presión sobre las conciencias para mantenerlas en marcos limitados. Ideológica, técnica y políticamente lo *cuantitativo* se erige en regla, en norma, en valor. ¿Cómo salir de lo cuantificable? Incluso en las empresas, los organismos representativos de la clase obrera mantienen sus reivindicaciones y aspiraciones a nivel de lo cuantificable: salario, horarios. Lo cualitativo se limita. Se trata de cortar lo que sobresale. El terrorismo generalizado de lo cuantificable acentúa la eficacia del espacio represivo." La multiplica, sobre todo que tiene sus propias razones (ideo-lógicas), su cientificidad aparentemente ¡sin miedo ni, reproche! En esta situación, al no poner en cuestión lo cuantitativo, *la clase obrera* no tiene alcance político, no propone nada importante en materia de urbanismo.

Pese a su impotencia para instituirse en un cuerpo doctrinal, pese a sus disensiones internas (entre; humanistas y tecnócratas, promotores privados y representantes del Estado), el urbanismo refleja esta situación global y participa activamente en esta presión ideo-lógica y política. Esto es lógico. Sólo lo podría evitar mediante una constante autocrítica.

3. Llegamos a las razones teóricas de la pasividad. Hállame exactamente en *la fragmentación del fenómeno urbano*. Hemos explorado su paradoja: sólo puede pensarse como totalidad, y este carácter total no se deja captar. Huye. Está siempre en *otra parte*. Poco a poco, hemos aclarado esta paradoja. Quiere decir: centralidad y dialéctica de la centralidad. Quiere decir: *praxis* urbana. Y, en fin, quiere decir: revolución urbana. Este triple carácter, que ni la ideología ni la pseudo-cientificidad "positiva" quieren aceptar, justifica la fragmentación más extremada y origina las parcelaciones más cínicas. El pseudo-concepto de *entorno*. ¿Qué designa? ¿La naturaleza? ¿El medio? Es claro pero banal. ¿Lo que rodea? ¿A quién y qué? No se sabe. Existe el entorno de la ciudad: es el campo. Está el entorno del individuo: es la serie de capas, mondaduras o "conchas" (A. Moles) que le encierran, desde sus vestidos hasta su vecindad. ¿El islote? ¿El barrio? Tienen sus entornos y lo son a la vez. ¿Qué es lo que llamamos 'medio ambiente'? ¿El horizonte de la ciudad o la ciudad como horizonte?

Por qué no. Pero, ¿es indispensable? En cuanto se quiere precisar más, es necesario llamar a un especialista, a un técnico. Existen por tanto el entorno geográfico, sitio, paisaje, eu-sistema. Existe el entorno histórico, el entorno económico o sociológico. El semiólogo describirá los sistemas simbólicos y los signos que rodean a los individuos y grupos. El sico-sociólogo describirá a los grupos que rodean a los individuos. Y así hasta el final, en que se dispondrá de una suma de descripciones parciales y de enunciados analíticos. Se extenderán en la mesa O se pondrán todos en el mismo saco. Esto será el entorno. En realidad, se trata de una imagen tomada de la descripción ecológica y morfológica, es decir, una imagen limitada que se extiende desmedidamente porque es fácil y manejable. Utilízase para operaciones clásicas y conocidas (aunque oficialmente todavía desconocidas como tal) de reducción-extrapolación.

Más técnica, la noción de *acondicionamiento* tiene el misino, resultado: las funciones aisladas, proyectadas separadamente sobre el terreno, fragmentos analíticos de una realidad global que destruye este proceso. Localizariase la vida urbana en los acondicionamientos diversos y diversificados, soluciones de todos los problemas. De hecho, la localización funcional deja escapar elementos tan numerosos, son tan pocas las *veces* que alcanza sus objetivos, que apenas se necesita volver a criticarla en el plano teórico. Igualmente, basta con mencionar la multiplicación de las autoridades, de las competencias, de los servicios, de las oficinas que implican "elementos" separados que componen la realidad urbana. También aquí, el burócrata y la fragmentación burocrática no encuentran sino límites internos. Cesa su proliferación al cesar su funcionamiento, en el enredo inextricable de las competencias también localizadas en oficinas. Esta situación sería cómica si no implicase una práctica: la segregación, al proyectar sobre el terreno, separadamente, *todos* los elementos aislados del *todo*.

4. He aquí, para terminar, algunas razones sociológicas del fenómeno considerado, o sea, la pasividad (la ausencia de "participación") de los interesados, pasividad que la ideología de la participación no podrá, seguramente, conmovir. En efecto, ¿no tiene ya la larga "costumbre de delegar sus intereses en sus representantes? Los representantes políticos no siempre han llevado su papel a cabo y hasta a veces, este papel se ha esfumado. ¿A quién, pues, confiar la delegación de poderes y más aún la representación de la existencia práctica y social? A los peritos, a los componentes. A ellos, entonces, el discutir y el pronunciarse sobre todo lo que concierne el "lugar de habitación" funcionalizado. El *habitar* y el

habitante se retiran de este juego. Ceden a los "decisores" el cuidado y la preocupación de decidir. La actividad se jubila en lo cotidiano, en el espacio congelado, en la "reificación" primero soportada y luego aceptada.

¿Cómo no se va a sentir el usuario como *el tercer excluido* en el encuentro y en el diálogo (si hay diálogo y encuentro) entre el arquitecto y el urbanista? A veces estos coinciden en el mismo personaje. A veces se separan y se combaten con más o menos violencia. Muchas veces tienen. - un contrato entre ellos, un cuasi-contrato o un *gentleman agreement*. ¿Cuál es la mejor coyuntura para el usuario? El conflicto, no muy violento, entre las dos competencias. Pero, ¿cuántas veces está presente el usuario para aprovechar esta circunstancia? Muy pocas. En este caso se le evoca⁷ se le invoca, pero casi nunca se le convoca.

¿Quién es el *usuario*? Todo ocurre como si se (los competentes, los "agentes", las autoridades) apartase tanto *el ' uso* en favor del *intercambio* que al final este uso llega a confundirse con la *usura*. A partir de este momento, ¿cómo se ve al usuario? Como a un personaje bastante repugnante que mancha lo que se le vende nuevo y fresco, que deteriora, que estropea, y que, por lo menos, cumple una función: hacer inevitable la sustitución de la cosa, justificar la obsolescencia. Lo que apenas le justifica.

1. De la ciudad a la sociedad urbana

¹ Actualmente, la bibliografía es considerable, ya que el problema se ha vuelto a plantear a partir de un célebre artículo firmado «Asiaticus» (in *Rinascita*, Roma, 1963). Cf. los artículos de J. Chesneaux . (*La pensée*, núms. 114 y 122) y M. Godelier (*Les temps modernes*, mayo 1965). La obra básica sigue siendo la de K. A. Wittfogel, *Wirtschaft und Gesellschaft Chinas*, Leipzig, 1931, traducción francesa en 1964 bajo el título: *Le despotisme oriental*. Textos de Marx en los *Grundrisse* y en *El Capital*.

² *N. del T.* «Creadas bajo el poder del rey a raíz de la guerra franco-inglesa, en la Edad Media» (Larousse).

³ *N. del T.* «Aglomeración formada por una ciudad y sus satélites, a veces formada por varias ciudades que se han unido al desarrollarse» (Larousse).

2. El campo ciego

¹ En inglés en el original.

² Véase, fundamentalmente, el libro de J. T. Dcsanti sobre las *Ideali--dadef matemáticas*. Ed. Seuil, 1968.

³ La isotopía se define como «conjunto redundante de categorías semánticas que permite la lectura uniforme del relato, tal y como éste resulta a través de las lecturas parciales de los enunciados, una vez aclaradas sus ambigüedades. Dicha resolución pretende lograr la lectura única» (Greimas, «Eléments pour une théorie de l'interpretation du récit», en *Communication*, núm. 8, p. 30; véase también *Sémantique structurale*, p. 96). El concepto se halla, pues, ligado a una lectura del espacio (y del tiempo inscrito en dicho espacio) urbano. Este espacio, más o menos legible en la imagen y en los planos de la ciudad, puede

ser leído de varias formas. Igualmente, suscita varios léxicos y varias formas discursivas, en la misma medida que incita a realizar diversos itinerarios. El término «isotopía» y su correlativa «heterotopía» indican que se puede agrupar, situándolos, la diversidad que hay en los léxicos y en los discursos. Destaquemos entre aquellos discursos que pueden suscitar itinerarios las formas, las funciones y las estructuras urbanas. ¿Quién habla? ¿Quién actúa? ¿Quién se mueve en el espacio? Un sujeto (colectivo o individual) que se introduce en las relaciones sociales (de propiedad, de producción y de consumo). Así, pues, la descripción de las isotopías y de las heterotopías se desarrollará al tiempo que el análisis de los actos y situaciones de dichos sujetos, así como de sus relaciones con los objetos que pueblan el espacio urbano. Lo cual nos lleva a un descubrimiento, o mejor, a un reconocimiento: el de *la. presencia-ausencia* que contribuye a poblar el espacio urbano, el de *lo exterior*⁴ el de *la u-topia* (lo que no tiene un lugar, lo que no tiene lugar).

⁴ Utilizando ahora unos conceptos y una terminología que no nos pertenecen, diremos que *lo urbano* (frente al urbanismo, cuya ambigüedad se hace patente) se perfila en el horizonte, cubre lentamente el campo epistemológico y se convierte en el epistema de nuestra época. La historia y lo histórico se alejan, el psicoanálisis, la lingüística y, también la economía política comienzan, pasada su época de apogeo, a declinar. Lo ascendente es lo urbano. Sin embargo, la tarea más importante no es la de dosificar los campos, los ámbitos y las «topías» del conocimiento, sino la de incidir sobre la corriente que se precisa. Llámese a esta acción si se quiere; «práctica teórica», pero nada tiene de común con una cientifidad erigida en criterio y que ignora tanto, «lo vivido» como *la. Praxis*

3. El fenómeno urbano.

¹ Se puede ya señalar que el *centro urbano* ofrece estos rasgos característicos: simultaneidad de los elementos del inventario urbano (objetos, gentes) fijados y separados en la periferia siguiendo un orden (redundante), encuentro de estos elementos, por lo tanto, desorden e información máxima: complejificación con respecto a la periferia, pero también riesgos y peligros que provienen de dicha corriente. El estudio analítico y formal (matemático) de estos fenómenos tiene el peligro de ocultar la llamada *dialéctica del centralismo*. Ningún centro es autosuficiente, ni puede ser suficiente. La saturación lo imposibilita. El centro desplaza a *otro*, de una centralidad a *otra* (cf. *Infra*).

² He aquí el obstáculo mayor para el desarrollo de la lingüística después de Saussure y del modelo saussuriano con la teoría de los mitos y de la mitología, de la literatura y del relato, etc. Cf. los trabajos de Lévi-Strauss y de Roland Barthes. De ahí la necesidad de buscar otros modelos.

4. Niveles y dimensiones

¹ Esta red ha sido construida y verificada a partir del notable espacio urbano de Kyoto (Japón), donde los servicios de arquitectura y urbanismo han facilitado al autor todas las informaciones útiles: históricas, catastrales, demográficas, etc. A lo largo de una muy breve estancia en el Japón (alrededor de dos meses) intenté, a modo de ensayo, un estudio arquitectónico y urbanístico de este país, partiendo de categorías analíticas occidentales. Las premisas de tal estudio, que implican por una parte el entendimiento de los ideogramas y del tiempo-espacio asociado, y, por otra parte conocer el modo de producción asiático y sus variantes, lo que implica la comprensión de China, etcétera, han sido apenas esbozadas. Se

trata de un espacio histórico anterior al capitalismo y a la industria, pero también muy complejo.

El trabajo que ahora anunciamos, consagrado a la analítica del espacio (mejor del tiempo-espacio), desarrollará lo siguiente:

- a) El principio de interacción, de interpretación y de *superposición* de espacios (y de trayectos)
- b) Los conceptos de *polifuncionalidad* y de *iransfune tonal*
- c) La dialéctica de la centralidad
- d) Las contradicciones del espacio
- e) El concepto de *la producción* del espacio (tiempo-espacio), etc.

Después de este proceso, que va de lo abstracto a lo concreto, de la logística a la exploración dialéctica de las contradicciones del espacio, ¿se podría hablar de una epistemología urbanística? Quizá, pero con -reservas. La constitución de canales o de centros pretendidamente definitivos del saber no está exento de peligros. Solidez y «pureza» racionales tienden a una curiosa segregación en el plano de la misma teoría.

² A. Kopp: *Ville et révolution*. Editions Anthropos, 1968.

³ Textos del Manifiesto de 1919, del catálogo y de la revista de Bauhaús (núm. 4, 1928), recogidos durante la exposición consagrada a Bauhaus por el Museo de Arte Moderno. París, 1969.

⁴ Estas objeciones apuntan tanto a R. Garaudy y su «humanismo marxista» como a L. Althusser (*Pour Marx*) y L. Séve (*Marxisme et théorie de la personnalité*), etc. Es particularmente curioso seguir en el pensamiento marxista (llamado marxista) las consecuencias de la actitud filosofante, los esfuerzos por mantenerla y defenderla, por conservar -su abstracción como *propiedad privada* de un aparato, que mantiene así la propiedad privada de las ideas.

Estudiar las relaciones sociales sin considerar los lugares (ocupados por estas relaciones) y la morfología (material), ¿no será puro *idealismo*? La actitud de estos filósofos que se llaman materialistas sólo puede explicarse por el poder ideológico del aparato.

5. Mitos de lo urbano e ideologías

¹ No insistimos más sobre el problema ya señalado y dejado en suspenso. ¿Cómo unidades ya de por sí significantes entran en otras unidades? ¿Hay transformación, invención, creación de sentido. O solamente metalenguaje, discurso sobre el discurso inicial? Nos inclinamos por la primera solución, en la relación texto-contexto.

6. La forma urbana

¹ Esta teoría de la forma comprende y desarrolla el análisis del *Droit à la ville* (Ed. Anthropos, 1966), *El derecho a la ciudad*, edición castellana en Ediciones Península, 1969.

En este libro la ciudad se entiende como:

- a) *Objeto* (espacial)
- b) *Mediación* (entre el orden cercano y el orden lejano)
- c) *Obra* (análoga a la obra de arte, fabricado por un grupo)

Aquí ya la forma unifica estos tres aspectos. Aquí el «derecho a la ciudad» se convierte en el derecho a la centralidad, a "no ser marginado de la forma urbana, excepto en aquello que concierne a las decisiones y acción del poder.

En otra parte hemos señalado que *el árbol*, es decir, el grafo del *árbol*:

- a) Es una estructura rigurosa, apremiante, que sólo permite re- -corridos determinados
- b) Que esta estructura es a la vez mental y social
- c) Que proyecta en el terreno un concepto burocrático (jerárquico) de la sociedad
- d) Que su «cientificidad» disimula una ideología ■ '(
- e) Que su esquema es *reductor* de la realidad urbana -■'
- f) Que, generalmente, es adoptado por los urbanistas como re-,'■ representativo del orden urbano, cuando en realidad es segregativo

Estos temas serán tratados de nuevo en el libro anunciado **bajo** el título *Théorie de l'espace urbain* (Teoría del espacio urbano).

1. De la ciudad a la sociedad urbana.....	7
2. El campo ciego	29
3. El fenómeno urbano.....	53
4. Niveles y dimensiones	84
5. Mitos de lo urbano e ideologías.....	109
6. La forma urbana.....	121
7. Hacia una estrategia urbana	140
8. La ilusión urbanística.....	156
9. La sociedad urbana.....	170
10. Conclusión	186
11. Notas	95

Volumen intermedio

HENRI LEFEBVRE es una de las personalidades más originales y complejas de la cultura europea contemporánea. Teórico oficial del partido comunista francés en la inmediata postguerra, sería expulsado de sus filas durante el agitado período abierto en 1956 por las sensacionales revelaciones del XX Congreso; a partir de ese momento su programa intelectual ha sido explorar las posibilidades de la dialéctica que *una* escolástica dogmática ha cercenado, trascender la compartimentación disciplinaria que los intereses creados académicos pretenden hacer inviolable, y devolver al pensamiento especulativo los derechos y las ambiciones que un empirismo estéril trata de arrebatarle. Como en el caso de otros críticos vinculados con los movimientos de protesta surgidos en la última década, Lefebvre se enfrenta con la doble tarea de analizar las nuevas tendencias del capitalismo avanzado (que no se dejan explicar 'ya por'.los conceptos y categorías tradicionales) y de buscar un modelo de socialismo posible, alejado de los sistemas de corte soviético y adecuado a las necesidades y aspiraciones de sociedades altamente tecnificadas y con una vigorosa tradición humanista y democrática. LA REVOLUCIÓN URBANA es un adecuado resumen de sus reflexiones sobre uno de los temas centrales de nuestra época: las características de la sociedad urbana, resultado de un largo proceso que culmina en la era post-industrial y que ha sido errónea e insuficientemente estudiado por la ideología urbanista académica. Una obra posterior de Henri Lefebvre publicada en esta misma colección —«La vida cotidiana en el mundo moderno» (LB 419)— se ocupa de otro importante aspecto de nuestro tiempo: los diversos materiales (el trabajo profesional, el ocio, las relaciones sexuales, el alojamiento, el transporte, la vivienda) que forman el tejido de la cotidianidad, espacio social del consumo organizado y marco de la pasividad impuesta por los mecanismos superestructurales del terrorismo cultural.

